



LA HIJA DE VALENZUELA.

I.

El real monasterio de San Lorenzo del Escorial se destacaba sobre el cielo gris de una tarde de invierno, y la nieve que caía en blanquísimos copos parecía querer cubrir con piadosa mortaja el inanimado cuerpo de aquel gigantesco cadáver de piedra.

¡Cadáver, sí! En vano Juan de Herrera ha multiplicado las ventanas y ha prodigado las puertas en su obra maestra para que el sol y la vida exterior se difundiesen en su recinto: el Escorial nació muerto, y por lo tanto el previsor afán del arquitecto ha resultado completamente inútil. Por el contrario, la monótona aridez del paisaje, la severa uniformidad de las líneas que lo constituyen, la miserable vegetación de aquellos contornos han debido ser consecuencia de la erección del piadosísimo monumento. El cielo siempre azul de España se cubrió de sombra; las piedras del Guadarrama debieron sentir honda tristeza al ser arrancadas de su secular soledad para convertirse en losas funerarias del panteón real, ó lo que era más triste aún, para servir de asiento al hombre que dominaba dos mundos y no dominó jamás á un sólo corazón; al hombre que se enorgullecía de que el sol no se pusiese en sus Estados, sin atender á que así alumbraba siempre algún rincón de tierra suya en que se cometía alguna infamia, sancionada por estas palabras que no se oían nunca sin terror: *¡De órden del Rey!*

Hay quien pretende que el alma de Felipe II anima su obra favorita.

El verdugo de las libertades aragonesas no tenía alma. Sólo así puede explicarse que aquel gran tostador de criaturas humanas haya pensado sin extremecerse en dar al edificio la forma de unas *parrillas*.

El monarca que había dedicado su vida entera á ahogar el pensamiento humano en todas sus manifestaciones, no podía consentir que aquellas piedras expresasen idea alguna, ni siquiera la idea religiosa que encontrareis en toda su sublime grandeza en la catedral de Búrgos ó en la Aljama de Córdoba; pero que en vano tratareis de buscar en el Escorial.

La impresion que en el alma produce su contemplacion, puede resumirse en esta palabra apocalíptica: *frio*.

El Escorial jamás envejece ni envejecerá, porque Felipe II y el Escorial no han tenido infancia jamás.

Detrás de los ángeles del coro, entre las áureas alas de los celestes mensajeros de la luz, á la hora del crepúsculo vespertino, se proyecta una sombra que empaña el rústico resplandor de sus frentes: la sombra del *demonio del Mediodía*. Las bóvedas de la iglesia parecen guardar todavía con horror el apagado eco de las hipócritas plegarias del hijo de Carlos V.

Las víboras de la montaña no bajan á beber al arroyo por temor de encontrarse con aquella mirada fria y sesgada del segundo Felipe que produjo la muerte del secretario Santoyo.

El emperador se bajó un dia á recoger el pincel caido de las manos del Ticiano: su hijo besaba humildemente todos los dias las de otro hombre: las del inquisidor general de Castilla.

Felipe II amó á una mujer una vez en su vida; pero su pasion por la princesa de Éboli no era más que el deseo lúbrico y feroz que siente hácia su compañera el tigre de Bengala, y nada tenía de comun con el afecto más grande y noble de la tierra, con el amor, que aún en sus mayores extravíos conserva siempre el sello de pureza, indicio de su celeste origen.

Bajo las sombrías bóvedas del panteon del Escorial procura hace siglos hallar el reposo de los muertos. En vano:

sobre el mármóreo borde de su tumba se inclina para maldecirle la trágica sombra de Lanuza.

.....
Nuestro objeto al escribir las líneas precedentes no ha sido otro que el de preparar el ánimo de los lectores á recibir la penosa impresion que se experimenta al penetrar en el Escorial, pues al famoso monasterio nos dirigimos, albergue en la tarde del 6 de Enero de 1677, en que comienza nuestro relato, del famoso favorito de la madre de Cárlos II, el tristemente célebre D. Fernando de Valenzuela.

Pero ántes debemos hacer una ligera reseña de los acontecimientos verificados en aquel desgraciado período de nuestra historia, en todos los cuales tomó parte activa nuestro héroe, el recluso del Escorial.

II.

A la muerte de Felipe IV España habia dejado de ser la reina de las naciones, la señora del mundo, y apenas le quedaba otra cosa que el recuerdo de sus pasadas grandezas. Las conquistas guerreras y diplomáticas de los dos primeros reyes de la casa de Austria, habian comenzado á perderse en el reinado del devoto Felipe III, y casi todas perecieron más tarde miserablemente entre las manos del voluble amante de *la Calderona*. El primero atendia solamente á la salvacion de su alma y cuidaba de rezar el mayor número posible de rosarios al dia, dejando abandonada la suerte de la monarquía á la inepta administracion del de Lerma y á las malas artes del de Siete-Iglesias. En cuanto á Felipe IV, se entretenia en hacer madrigales galantes el mismo dia en que estalló la sublevacion de Portugal. A su muerte, el cetro de Isabel I quedaba en manos de un niño enfermizo y apocado, que no conservaba en sus venas austriacas una sola gota de la sangre de Cárlos V.

Este habia sabido reinar; su hijo, aborrecer; su nieto, rezar; hacer versos, su biznieto: ¡el último vástago del tronco imperial no supo siquiera morir! Sus hechos personales se reducen á haber asistido á un número razonable

de autos de fé, y á haber recibido sobre su cabeza más agua bendita de la necesaria para regar los dilatados dominios españoles.

En tanto no alcanzaba la mayor edad, el pobre niño quedó bajo la tutela de su madre, capaz de sacrificarle á su indomable orgullo teutónico, rígida y severa con todos cuantos la rodeaban, dulce y afable sólo con su confesor, aleman tambien, y además jesuita, el reverendo padre Juan Everardo Nithard. Al cabo de una série de intrigas palaciegas que nos daria vergüenza referir, Mariana de Austria consiguió para su favorito el cargo de inquisidor general, y, como consecuencia del mismo, una plaza en el consejo de regencia. Creíase entónces como artículo de fé que el buen padre habia sido ardiente luterano en sus mocedades, y alegaban los que tal creian, como fundamento de su opinion, la prisa que el flamante inquisidor se daba á quemar sus antiguos correligionarios, demostrando así la verdad de nuestro antiguo y filosófico adagio: *no hay peor cuña...*

Vivia entónces en la córte un hidalgo sin más fortuna que su espada y un puñado de viejos pergaminos, pero que tenia una cualidad preciosa en las monarquías dirigidas por mujeres, una hermosura poco comun, realzada por cierto aire de superioridad que encantaba á las damas y hacia fruncir el ceño de sus maridos. Sabia, además, componer versos amatorios, tenia treinta y una maneras distintas, aunque todas admirables, de retorcer el artístico bigote y hasta cincuenta y siete formas diversas de ajustar con gracia los pliegues de su ropilla.

Con tantas y tan brillantes prendas, D. Fernando de Valenzuela, que así se llamaba nuestro hidalgo, no podia ménos de abrigar ideas ambiciosas, y, en efecto, su sueño de todos los dias y de todos los instantes, era llegar á ser lo que en aquella época se entendia por un *hombre de Estado*. Hasta entónces, sólo habia conseguido ser paje del duque del Infantado, y á la muerte de su protector, vióse en Madrid sin más recursos que su ingenio y su buena suerte. Como veremos, la fortuna no fué para él la diosa ciega y sorda que todos conocemos.

El padre Nithard era omnipotente entónces, sin que para sostenerse á tal altura necesitase mayores esfuerzos que el de halagar siempre los gustos de la reina y rumiar de cuando en cuando algunas sentencias latinas en las raras deliberaciones del consejo de regencia.

Pero el padre Everardo tenia un enemigo, y su recuerdo no le dejaba saborear sin zozobra las dulzuras del poder. Hemos dicho un enemigo, cuando debiéramos haber dicho un rival. Hermano natural de Cárlos II, era un príncipe real, aunque de la mano izquierda: jóven y audaz, sabia pensar como viejo aquello que ejecutaba como jóven. Era, en suma, un temible contrario y casi, casi, un hombre de gobierno. Pero llevaba un nombre que le agoviaba con la inmensa pesadumbre de su grandeza; llamábase *Don Juan de Austria*, y el recuerdo del vencedor de Lepanto dañaba sobremanera al pobre pretendiente, que acaso sin esta circunstancia hubiera pasado á la historia con el deslumbrador epíteto de grande hombre.

En lo más encarnizado de la lucha sorda é implacable entablada entre el fraile y el bastardo, tuvo D. Fernando la inspiracion repentina y excelente de presentarse á ofrecer sus servicios al contendiente, entónces más fuerte, al dueño de la conciencia de la reina, al receloso inquisidor mayor. Este aceptó sonriendo la alianza del pobre diablo y le utilizó como espía en el interior del palacio real. Con tan buen celo desempeñó el neófito las funciones propias de su honroso oficio, que á poco fué conocido por dueñas y pages con el significativo nombre de *duende de la córte*. Mientras tanto, no descuidaba sus propios negocios, y dos ó tres docenas de discretos suspiros acompañados de otras tantas miradas tiernas, bastaron para hacerle dueño del corazon y la mano de doña María de Uceda, camarista de la reina.

Valenzuela fué nombrado caballero, y su protector desterrado de la córte. El esposo de doña María sirvió de intermediario entre el padre y su amante hija de confesion, con la cual celebró largas conferencias nocturnas que dieron pábulo á las murmuraciones de los cortesanos, y que acabaron por llegar á oídos del buen pueblo castellano, que rugió de ira al

saber la noticia, pues en todos tiempos los españoles no han podido ver con indiferencia descansar la diadema régia en la manchada frente de una mujer de equívoca conducta. ¡Las reinas de España deben ser como la mujer de César!

El nuevo favorito creció como la espuma, y á los pocos meses llegó á ser caballero mayor, dos veces marqués, y por último, primer ministro, ó como entónces se decia, valido sin título.—Dicho se está, que el pobre padre Everardo habia sido sacrificado y hasta lanzado del reino.—Pero ¡ay! el engreido hijo de Ronda tenia muchos y muy poderosos enemigos.

La nobleza castellana, aún no repuesta de su asombro, le media altivamente de piés á cabeza antes de decidirse á obrar contra el intruso. El populacho le aborrecia cordialmente y esperaba tambien derrocarlo, contentándose, mientras tanto, con cubrir diariamente de pasquines injuriosos á su persona las puertas de Palacio. Para colmo de infortunios, dióse Valenzuela á repartir mercedes con mano pródiga, sistema muy poco hábil, que dió por resultado crearse una formidable turba de quejosos, sin hacerse entre los agraciados un sólo partidario.

En el fondo del cuadro, cuyas negras tintas no hemos hecho más que bosquejar, se percibia una figura satisfecha, pero no resignada: la de Don Juan de Austria, nombrado virey de Aragon, y que tenia la mirada fija siempre en las orillas del Manzanares, á donde pensaba ser llamado en un plazo breve por el débil é irresoluto monarca.

Sus esperanzas se realizaron. Despues de muchas peripecias que no podemos apuntar siquiera, por no salirnos de los estrechos límites de un cuento, y en una sombría mañana de Diciembre de 1676, llegaba al Escorial el prior del monasterio, acompañando á un caballero que recataba su semblante bajo el embozo de su capa.

Era el marqués de Villasierra y de San Bartolomé de Pinares, D. Fernando de Valenzuela, que buscaba un refugio contra las iras del de Austria que llegaba á las puertas de Madrid.

III.

Cuatro días habían trascurrido desde la llegada de Valenzuela al convento, sin que hubieran podido desvanecerse los recelos del exprivado con las vehementes exhortaciones del prior del Escorial Fr. Márcos de Herrera, quien bajo sus pardos hábitos de monje, ocultaba un alma llena de varonil entereza, y un carácter firme y enérgico hasta lo inverosímil. Provisto de una orden escrita de puño y letra del monarca, en que se le mandaba amparar y proteger á D. Fernando de Valenzuela, el prior esperaba tranquilamente los sucesos, decidido á no apartarse ni una línea de lo que él creía el cumplimiento de su deber. Las vivas instancias de su prisionero voluntario le habían obligado á habilitar para él un escondite detrás del altar mayor, donde iremos á buscar á nuestro héroe seguros de encontrarle, pues apenas lo abandonaba un solo instante.

Figuraos un miserable escondrijo apenas alumbrado por la escasa claridad que se filtraba á través de las columnas y follajes del retablo, dotado de la humedad malsana de los lugares subterráneos, desprovisto de todo adorno, nauseabunda guarida de ratones y murciélagos, y tendreis una idea de aquella tumba anticipada, donde agonizaba el hombre que había pisado con planta desdeñosa régias alfombras, y que había tenido por morada las habitaciones del príncipe Baltasar, indudablemente las mejores del real alcázar.

En el sér de inculta barba y de raído traje que se veía en el fondo del aposento sentado en un humilde escaño de madera, ningun cortesano hubiera reconocido al pulcro y atildado galan del Buen Retiro, al amable y travieso duende de la córte. Su mirada tenía la expresion sombría y recelosa de la fiera cogida en la trampa; un estremecimiento nervioso agitaba todo su cuerpo, cuando á sus oídos llegaba el levísimo rumor producido por el chasquido de la nieve al caer en las baldosas de mármol del vecino patio, y la demacracion extremada de su semblante y sus párpados enrojecidos, de-

mostraban elocuentemente que el dolor habia para siempre expulsado al sueño de su asilo.

En aquel momento, descansaba sobre sus rodillas una niña, cuyo semblante pálido y bello, sombreado por magníficos cabellos rubios que se esparcian al azar por sus hombros, y que la niña tenia gran trabajo en remover con sus esculturales manecitas, hacia pensar vagamente en que alguno de los querubines del altar, movido á compasion por los infortunios del marqués, habia querido bajar hasta él para consolarle, participando de sus miserias y dolores.

La niña fijaba sus grandes ojos azules en el melancólico rostro de Valenzuela, y señalando á un ángulo del cuarto donde se veia una pequeña cesta llena de diversas viandas, le decia con adorable tono de enfado:

—¡Tampoco habeis querido probar hoy los manjares que os he traído! Eso está muy mal hecho..... Si no quereis que os siga regañando, comed al ménos la mitad, la mitad solamente de lo que os traigo.....

El prisionero se limitó por toda respuesta á mover negativamente la cabeza.

—Sois muy malo para conmigo, D. Fernando. Hace tres dias que apenas tocais la comida que os presento, lo cual me prueba que no me teneis cariño ninguno; sí, ninguno, puesto que os complaceis en hacerme llorar.

Y la niña enjugó apresuradamente una gruesa lágrima que pendia al extremo de sus larguísimas pestañas.

Casi sin transicion borróse la dolorida expresion de su angelical semblante, serenóse su pura y dilatada frente, entreabrió su boca una jovial sonrisa que iluminó con un rayo de alegría el fétido calabozo, y dijo rápidamente:

—He tenido un miedo grandísimo al atravesar el corredor grande... Al olor de las provisiones que os traia, salia de su agujero un raton muy grande, tan grande como la campana mayor del convento, y se puso á enseñarme los dientes como dándome á entender que no habia almorzado ni esto.... (la niña apoyó el rosado pulgar en su dentadura de marfil). Estuve por volverme atrás, pero me dió vergüenza y además no quise haceros esperar más tiempo. Así, que me armé

de valor, avancé resueltamente hasta el pícaro ratonazo y le dije: «No puedo darte nada de lo que contiene esta cesta, porque es para un pobrecito señor á quien quiero mucho, porque siempre está llorando.» El raton escuchó con mucha atencion lo que yo le decia, y debí convencerle, porque en seguida se volvió á meter en su agujero.

En los lábios del prisionero se dibujó una sonrisa: acaso la primera que alegraba su fisonomía despues de su caída.

La niña batió palmas, fué á buscar la cesta, y con sus propias manos hizo comer á Valenzuela algunos fiambres. Pero poco á poco volvió éste á quedar sumergido en su habitual estado de silenciosa meditacion, y sólo pronunció con manifiesta distraccion estas dos palabras:

—Gracias, María.

—¿Por qué me dais gracias? ¿Teneis ganas de hacerme llorar otra vez?

Y viendo que no obtenia respuesta, la niña se enlazó á su cuello con sus delgados bracitos y murmuró á su oido:

—Ya sé en lo que estais pensando... Estais pensando en vuestra madre... Yo la he perdido hace mucho tiempo... mucho tiempo... y pienso siempre en mi madre.

El ex-caballerizo mayor sintió deslizarse una lágrima por sus mejillas; pero aquella lágrima no dejaba en pos de sí la abrasadora huella de las otras; dejóla correr dulcemente mirando á la niña y sintiendo una extraña conmocion en el fondo de su alma.

La puerta del escondite se abrió silenciosamente y la reposada figura del prior apareció en el dintel.

La niña se desprendió con pesar de los brazos de su amigo, y salió haciendo al recien llegado una graciosa reverencia.

IV.

Fray Márcos de Herrera contemplaba con gesto mitad irónico, mitad compasivo, la actitud de Valenzuela, que con los brazos caidos y los ojos entornados ofrecia á los del prior la imágen más perfecta y acabada del abatimiento.

—¡Desdichado aquel á quien la felicidad engrie, porque

no sabrá resistir los golpes de la adversa fortuna! murmuró con filosófica conmisericordia.

Y viendo que su presencia no había sido siquiera advertida por su ensimismado huésped, se decidió á tocarle en el hombro con el extremo de su larga y huesosa mano.

Valenzuela, entónces, incorporóse sobresaltado.

—Tranquilizaos, amigo mio. Soy yo...

—¡Ah! ¿Sois vos, mi único amigo, mi sola esperanza en la tierra?

—¿Y vuestra esposa, D. Fernando? ¿Nada esperais de la compañera de vuestra vida?

—¡Mi esposa! Háme prometido venir á compartir mis penalidades como compartió en época más feliz mis triunfos, y... ya lo veis... ¡no ha venido!

—Vendrá, dijo gravemente fray Márcos.

—Pero entre tanto solo cuento con vos... y con nadie más.

—¡Conmigo y con Dios!

—Padre mio, Dios se ha olvidado de mí, con lo cual no hace más que pagarme en la misma moneda.

—¡Desgraciado, no blasfemeis!

—He sido muy criminal... Dios no puede tener piedad de mí... Merezco mi desgracia. ¿No es verdad que en el fondo de vuestra alma debeis despreciar al que veis tan humillado y que es el mismo que en los dias de prosperidad llevó la insolencia al extremo de presentarse en una justa con la soberbia divisa *A mí solo es permitido?*

—Eso no ha pasado de ser una ligereza censurable, pero nada más. La reputacion de la reina estaba demasiado alta para que pudiese hallar nadie una alusion en tan equívocas palabras.

—No conoceis la malicia de los cortesanos. Las creyeron un miserable alarde de vanidad y dieron en llamarme *Villamediana de caballeriza*.

—¿Y es el recuerdo de esa imprudencia lo que os atormenta?

—No. Me he librado de muchos importunos por medio de la daga de mis servidores, y tales hechos jamás acuden á mi

memoria, porque he olvidado hasta los nombres de esas pobres víctimas de la implacable razón de Estado. He acabado con la vida de muchos hombres y he matado la reputación de muchas mujeres en interés del reino y en el mío sin que por ello se turbase mi sueño ni un solo instante... ¿Sabeis en qué pensaba cuando habeis llegado? Voy á referiros esa historia, que si es bastante triste, es tambien muy corta.

Cuando estuve en Sevilla hace ya muchos años, despues de muerto mi amo el bondadoso duque del Infantado, conocí á una niña hermosa como el placer y pura como la luz, á la que enamoré con tal empeño y tanta fortuna, que á los pocos meses habia conseguido introducirme furtivamente todas las noches en su cuarto, de donde al rayar la aurora me alejaba sonriendo, mientras la niña quedaba llorando.

El padre de María era noble, pero sumamente pobre; yo era ambicioso y soñaba en casarme con una duquesa millonaria... Huí de Sevilla y me vine á la córte.

Allí supe de una manera vaga que mi amada habia muerto al dar á luz el fruto de nuestros amores, y no volví á pensar en la muchacha; apenas tranquilicé mi conciencia, haciendo decir unas cuantas misas por el eterno descanso de su alma.

Pero ahora que se han desvanecido como humo mis sueños ambiciosos, ahora que me encuentro proscripto y abandonado por todos, la imágen de María me visita á menudo en mis largas noches de cautiverio, y me estremezco al pensar que en su agonía habrá maldecido al causante de su muerte.

Y con exaltación extraordinaria, añadió oprimiendo angustiosamente las manos del prior:

—¿No es verdad que María ha debido maldecirme?

—Calmaos, amigo mío. La falta de alimento y de sueño ha conturbado vuestra mente y os hace ver visiones en todas partes. Análogas historias se ven todos los días... Sin ir más léjos, la niña que acaba de salir es hija de un extravío de la misma naturaleza. Llegó á nuestro monasterio una tarde conducida en brazos por un anciano moribundo que debia venir de muy léjos, á juzgar por el polvo y los girones de sus vestidos. Dos días permaneció el desconocido en nuestro

hospital, y el delirio de la fiebre que padecía le impidió decirnos su nombre y su patria. Sólo pudimos colegir por algunas palabras suyas que una hija del desventurado había sido seducida y que se dirigía á la córte en busca de su traidor amante, á quien inútilmente había procurado encontrar en Valladolid... El viejo murió y el monasterio recogió á su nieta, poniéndola al cuidado de una buena mujer de las cercanías. Un pequeño pergamino...

El anciano prior se detuvo al observar que, rendido por la fatiga, había concluido Valenzuela por cerrar los párpados, y se retiró marchando en las puntas de los pies para no despertarle.

V.

Circulaba por Madrid el rumor de que Valenzuela había buscado un refugio detrás de los muros del Escorial.

Sus enemigos se agitaban para conseguir una orden de prision, y mientras tanto, algunas partidas de soldados vigilaban el edificio y penetraban con diversos pretextos dentro del monasterio, que registraban escrupulosamente, sin que el mal éxito de sus pesquisas fuese parte á impedirles el renovarlas diariamente.

El terror de Valenzuela había llegado á su colmo. Para evitar el que llamasen la atención de algun espía las entradas y salidas de la niña encargada de cuidarle, había decidido encerrarla consigo dia y noche y abastecerse ámpliamente de provisiones, para no necesitar su cotidiana y peligrosa renovacion. El prior no se opuso al proyecto de D. Fernando, pues sabia que sólo aquel ángel tenia el privilegio de consolarle un tanto, y por otra parte, ella aceptaba más que con abnegacion, con indecible júbilo su destino de compañera de prision del infortunado favorito.

Al amanecer del dia 4 de Enero de 1677, veíase en un ángulo del escondite la incierta figura de D. Fernando, que velaba en su pobre lecho, mientras en el opuesto lado dormitaba el ángel del calabozo, con ese sueño lleno de mística dulzura peculiar de los ángeles y de los niños.

De pronto, turbó el silencio de muerte que allí reinaba el rumor de unos pasos que parecían acercarse cada vez más acompañados del inequívoco ruido que producen al chocar con el pavimento las culatas de los fusiles.

Don Fernando se creyó perdido, y pálido y con los cabellos erizados, se arrojó de su lecho y buscó á tientas su espada por todos los rincones.

La fatalidad quiso que tropezara con el cuerpo de la niña y que ésta despertase repentinamente.

Sobrecogida de terror al percibir la lúgubre figura de Valenzuela, que parecia en aquel momento la realizacion de todos los siniestros cuentos de su nodriza, la pobre niña comenzó á dar gritos desesperados.

—¡Calla, desgraciada! murmuró Valenzuela con voz espantosa, perdiendo completamente la razon.

Su mano oprimió maquinalmente el cuello de María, y á los pocos segundos ésta cayó como una masa inerte, á pesar de lo cual sólo la soltó cuando sintió un frio glacial al contacto de su rígida garganta.

El ruido habia cesado por completo.

D. Fernando trató de reanimarla, despojándola de sus vestidos, que no habia abandonado al acostarse, y entónces tropezó con una cajita colgada al cuello de la niña.

La caja encerraba un pergamino, donde leyó Valenzuela las siguientes líneas que le parecieron escritas con caracteres de fuego:

«Fernando mio, me muero y te bendigo. Si alguna vez encuentras á nuestra hija en tu camino, besa su frente en memoria mia.

MARÍA.»

El desgraciado se bajó lentamente y depositó un beso en la lívida frente de su hija.

Despues se acercó á la puerta y la abrió de par en par.

Dirigióse á los soldados que exploraban afanosamente los ángulos del altar mayor y,

—Quiero morir. Yo soy el que buscais, dijo Valenzuela.

El jefe de la tropa avanzó hasta él, le miró minuciosamente y dijo con frialdad:

—No os reconozco, buen viejo. Vos no sois D. Fernando de Valenzuela.

El infortunado tenía los cabellos blancos.

JESÚS MURUAIS.



SONETO.



Morirá cuanto abarca en lo profundo
La vista audaz, y el universo mismo
Trastornará su extraño mecanismo:
Ni nombre, acaso, quedará del mundo.

Mas si el destino, en arruinar fecundo,
Barrera no ha de hallar á su heroismo,
Tambien, por ley fatal, caerá al abismo
El ciego error, con ímpetu iracundo.

¿Qué diabólica risa me desmiente?
¿Quién eres tú, fantasma del averno,
Que descubres en tí yerro y torpeza?
¿Qué me anuncia tu aspecto sonriente?
¿Que eres error, y vivirás eterno?
¿Cuál es tu nombre, pues?—Naturaleza.

LUIS CALVO REVILLA.



LA HISTORIA DEL MATERIALISMO. (1)

LA ESCUELA DE ATENAS.

Tres grandes nombres, Sócrates, Platon y Aristóteles, representan en la antigüedad la reacción contra el materialismo y el sensualismo.

Habia tenido el materialismo á todos los fenómenos de la naturaleza por reducibles á leyes generales y necesarias: los filósofos de la escuela de Atenas opusieron á la necesidad una Razon creada á semejanza de la del hombre, introdujeron en el mundo la lucha de esos dos principios, y destruyeron hasta el fundamento de toda ciencia del universo. Así, en el *Timeo*, la Inteligencia y la necesidad son á un tiempo mismo la causa divina y la natural del mundo: «superior á la necesidad, la inteligencia la *persuadió* á que enderezara hácia el bien la mayor parte de las cosas que nacen, y por dejarse persuadir la necesidad con los consejos de la sabiduría, fué como en un principio se formó el mundo.» (2) El materialismo concebía la conformidad con el fin, es decir, la capacidad meramente mecánica de adaptación que permite existir á los seres, como la flor siendo la expansión de la naturaleza, sin sacrificar nada de su principio de explicación; la reacción combatió con fanatismo en favor de una teleología que disimula muy poco un «antropomorfismo.» Por último,

(1) V. REVISTA CONTEMPORANEA, núm. 2.

(2) Tim. 48.

el materialismo habia, sobre todo, cultivado las matemáticas y la física, sólo campo en que el hombre hubiera podido adquirir conocimientos de valor permanente, y la reaccion espiritualista sacrificó el estudio de la naturaleza al de la moral, y cuando Aristóteles en su enciclopédica obra criticó todos los antiguos problemas de la física jónica, los falseó para siempre con la intrusion de la ética en la física.

De acuerdo con Lange, creemos que el retroceso no es en modo alguno dudoso; y que sí lo son en cambio los progresos que se atribuyen á la escuela de Atenas. Se debe á Sócrates la ilusion de las definiciones, que suponen un acuerdo quimérico de las palabras con las cosas; á Platon, el método que amontona hipótesis sobre hipótesis y sólo espera alcanzar la certeza suprema, la plenitud del sér mismo, en las más vanas de las abstracciones, es decir, en la nada; á Aristóteles, por fin, «la fastasmagoría» de la cosa en potencia y en acto, y la artificial construccion de un sistema cerrado y de una vez para siempre acabado, de una enciclopedia que encierra en sí todo el humano saber. No se niega la inmensa influencia de la escuela de Atenas sobre la educacion de la parte más importante de la especie humana, desde el siglo de Alejandro, hasta los dias de Hegel. ¿Esa influencia ha sido venturosa ó funesta para la razon del hombre? Hé aquí la cuestion por Lange investigada.

Atenas era una ciudad santa, y Sócrates un hombre del pueblo. A pesar de su independencia, su concepcion de las cosas no fué ménos esencialmente religiosa; además no hay figura más singular. Dos mil años han pasado sobre esa máscara de sileno de ojos de toro de enorme rictus, y ni una arruga han borrado los siglos. Siempre le vemos como en tiempos de Alcibiades en los gimnasios y paseos de Atenas desde la mañana, bajo los plátanos del Agora en los momentos en que está lleno de gente, y el resto del dia en los lugares más frecuentados por la multitud. Quien queria oirle, escuchaba, porque sin cesar discutia y probaba á las gentes que erróneamente se habian creido buenas, justas y virtuosas, ignorando lo que eran bondad, justicia, virtud. Bajo el mísero y agujereado manto que invierno y verano le

cubria, se destacaba un cuerpo fornido y sano, flexible por los ejercicios del gimnasio. Era un buen hoplito y excelente ciudadano ese sábio al aire libre. Amenudo se detenía, inmóvil, en medio del camino, pareciendo escuchar el lenguaje de interiores voces. El ruido de las calles ó la frescura de la tarde le sacaban de su éxtasis; entraba en su pobre morada, tomaba un poco de agua de una ánfora de arcilla sobre la tierra posada, mascaba algunas olivas, envolvía su cuerpo en el manto, y se recostaba sobre un cofre. Esas voces, ese demonio, ese Dios que Sócrates escuchaba, no eran su conciencia: la voz era real y sólo el oído podía escucharla. Presa «de un mal divino,» de esas «demoniacas extravagancias» de que habla la órden de acusacion, los sentidos y el espíritu de ese gran alucinado creaban concepciones delirantes que al modo de las de Jesús ó Mahoma, han ejercido más influencia en la humanidad que las graves y doctas enseñanzas de un Demócrito ó un Epícuro. Es que despues de todo, nuestra especie está mucho más próxima de la locura que de la razon. Sócrates ha sido el revelador del Dios de Occidente.

La frívola creencia en las causas finales, la fé exaltada hasta el fanatismo en una constitucion teleológica de la naturaleza, es en verdad lo que mucho mejor que el convencimiento de sí mismo y la pretendida ciencia de las definiciones puede servir para caracterizar en Sócrates al adversario de las antiguas tradiciones de la filosofía griega. Todos saben con qué amargura el Sócrates del *Phedon* cuenta todo su desencanto cuando al abrir los libros de Anaxágoras «vió un hombre que no hacia uso alguno de la inteligencia», que no daba razon del bello órden del universo, ó más bien le atribuía causas como el aire, el éter, aguas y otras tantas cosas no ménos absurdas. Había al principio tenido un vivo placer con la idea de que iba á leer en Anaxágoras que la «Inteligencia es la causa de todo.» Si así había sido, ella debía haber dispuesto y ordenado las cosas todas en vista de lo mejor y más útil, y el fin de las investigaciones del hombre en la naturaleza debía ser descubrir por todas partes las huellas de ese plan. Despues de haberle dicho que la tierra era redonda ó plana,

debía Anaxágoras explicarle la causa y su necesidad, demostrándole que esa forma era la que mejor á la tierra convenia. Y si tambien Anaxágoras le enseñaba que ésta se encontraba en medio del mundo, era menester que le mostrase que ese sitio era el mejor posible. En una palabra, las explicaciones de la física no debian tender más que á hacer conocer lo que para cada cosa es lo mejor y el bien de todas en comun. Nada muestra mejor que la teleología tiene un origen *ético* y que se resuelve en el fondo en un antropomorfismo. El arquitecto del mundo es una persona inteligente y moral. El universo es obra de una inteligencia concebida á semejanza de la del hombre. El mundo se explica por el hombre y no el hombre por el mundo. Sócrates advierte en los fenómenos naturales un pensamiento y acciones reflejas, un plan é intenciones que se realizan, segun en su propia conciencia observa. Primero un término ó un fin de cada cosa y de todas: he ahí la necesaria suposicion; y despues una materia y una fuerza que manifiestan en el universo lo que ha sido pensado y querido. Ahí está ya la oposicion aristotélica de la materia y de la forma con la doctrina de la finalidad. Sin ocuparse de física, dice Lange, muestra Sócrates las vías en que habia de entrar esta ciencia y permanecer tanto tiempo. En verdad la teleología de Platon no será tan groseramente antropomórfica como la de Sócrates, que cree haberse hecho todo por una causa inteligente para utilidad del hombre; en Aristóteles el progreso es todavía más sensible, aunque como Lange ha observado, gran número de nociones éticas y tomadas de la naturaleza humana hayan sido introducidas por él en el estudio y concepcion del mundo. Siempre, sin embargo, es la teleología en estos tres grados de desarrollo igualmente inconciliable con la ciencia verdadera y desinteresada de la naturaleza.

Nadie ha insistido más que Sócrates en la quimérica distincion de cosas divinas y humanas. Creia que los dioses se revelan á los que favorecen, y los interrogaba por medio de la adivinacion. Llega hasta atribuir su enfermedad (*δαιμονία*) á los que son locos, dice él, hasta el punto de atribuir á la prudencia humana, y no á la voluntad de los dioses, aconte-

cimientos como estos: «El hombre que toma por esposa una bella mujer para ser dichoso, no sabe si ella será su tormento; el que se alía á los poderes de la ciudad, ignora si éstos le desterrarán algun dia» etc. Discurria sin cesar «sobre todo lo que es del hombre.» Las relaciones, los deberes, las acciones y sufrimientos de los hombres, son el objeto favorito de sus eternas interrogaciones, de sus dialécticas sutilidades, infinitamente ménos instructivas que las de esos sofistas en quienes pretende combatir la apariencia y la opinion del saber sin la realidad. ¿Y él, qué sabia de la realidad? Comenzó por desterrar toda investigacion sobre la naturaleza y origen del Universo, sobre las mismas leyes de los fenómenos celestes: dominio reservado á los dioses. Sócrates hacia una objecion, que hoy todavía se escucha constantemente en boca de los paletos ignorantes y groseros: sabidas ya las leyes de los fenómenos, ¿es posible variar los vientos, la lluvia y las estaciones? Que se diera el científico por satisfecho con conocer la manera como se producen los fenómenos, sin pretender dirigirlos, «que amara la ciencia por la ciencia misma, cosas son que este hombre práctico ni siquiera imaginó.» En general, considera todas las grandes cuestiones científicas bajo el buen sentido, estrecho y limitado, de las gentes del pueblo. El aprobaba el estudio de la geometría hasta llegar al estado de poder «medir exactamente una tierra;» eso podia servir para vender, comprar, dividir ó labrar los terrenos; llevar más lejos este estudio, le parecia un mal, porque no veia «la utilidad.» La astronomía sólo le parecia buena para las divisiones del tiempo, pero tenia por «inútil» y hasta por sacrílego el estudio de las revoluciones de los planetas y el de las estrellas fijas, las especulaciones sobre su distancia relativa y las causas de su formacion. La verdadera razon que segun Sócrates debia apartar á los hombres de la astronomía considerada como una mecánica celeste, consiste en que «esos secretos son incomprensibles al hombre y que se disgustaria á los dioses intentando sondear los misterios que no han querido revelarnos» (1). Anaxágoras era á sus ojos un

(1) Jenof., Memor. IV, VII, pár. 6.

gran loco por haber querido explicar los mecanismos de los dioses. No valen ni sirven por tanto astronomía, física y las ciencias todas de la naturaleza sino cuando pueden aplicarse á los artes y oficios. Y la ciencia pura, las teorías abstractas, las hipótesis cosmológicas, en una palabra, lo que hasta ahora se ha llamado filosofía, las denuncia á todas Sócrates, como empresas impías contra los dioses. Si quiere el hombre salir de su esfera y elevarse sobre los conocimientos de sus semejantes, Sócrates le aconseja entregarse simplemente á los ejercicios sobrenaturales, á la mántica, á la adivinación (1). Es cosa de permanecer confuso cuando se piensa que Sócrates, contemporáneo de Demócrito, ha sido ensalzado por haber pensado y hablado de esa manera. ¡Esos son los textos que tienen presentes en el espíritu todos los historiadores de la filosofía, que desde Ciceron, á porfía, repiten que Sócrates hizo descender la filosofía de los cielos á la tierra! ¡Estos los títulos famosos al reconocimiento del género humano y que han hecho dar el nombre de «padre de la filosofía» á ese espíritu pequeño y supersticioso, á ese lunático, estrambótico, á ese vulgar filántropo!

Para ser justos con Sócrates, que tan poco lo fué con tantos espíritus grandes y profundos, únicamente es menester considerarle como hombre de una poderosa originalidad, sobre todo, como un reformador religioso. Si es cierto el decir que fabricó sus dioses por el modelo humano y contemplando el espejismo de las causas finales, conviene añadir que encontró en su teleología las pruebas de su demostración de la existencia y de la providencia de los dioses. Así, el que desde el principio hizo á los hombres, les dió «con la mira de utilidad,» orejas para oír, ojos para ver, narices para oler, lengua para gustar, párpados, cejas y pestañas para proteger el ojo, incisivos para cortar y molares para triturar, etc. Los dioses que hacen resplandecer la luz del día á fin de que distingamos las cosas, esparcen las sombras sobre la tierra cuando tenemos necesidad de reposo. Y entónces, en medio de las tinieblas, encienden los astros que nos indican las horas de la noche: á más de

(1) Jenof. Memor. IV, VII, pár. 10.

las divisiones de la noche, nos indica la luna la del mes. Los dioses hacen salir de la tierra nuestros alimentos; nos dan el agua, el fuego, el aire, los animales. Aman y acarician al hombre, y cuidan de él con la mayor solicitud. «Casi estoy por creer, dice Enthydemos, que la única ocupacion de los dioses es cuidar del hombre.» (1) Esa es la obra de los dioses; así se manifiestan, y basta contemplar su obra para venerarlos y reverenciarlos, sin esperar á que se nos muestren en forma sensible. En cuanto al que rige y gobierna el universo, en quien se unen todos los bienes y beldades y que para nuestro uso mantiene al universo en vigor y juventud eternos, que le somete á infalible obediencia y más rápida que el pensamiento, ese Dios se manifiesta en el cumplimiento de sus obras más sublimes, mientras permanece desapercibido en el gobierno del mundo.

Como se vé, Sócrates es ya monoteísta. Si eso es un mérito, todo entero hay que concedérselo, porque el *vovç* de Anaxágoras nada en realidad tiene de comun con el Dios socrático, cuyas glorias refieren cielo y tierra, y de quien son ministros el rayo y los vientos, del mismo modo que en los salmos. Es verdad que el monoteísmo de Sócrates el ateniense no es tan exclusivo como el de los judíos y árabes de cierta época, pues al lado de la divinidad suprema admite la existencia de otros dioses que solo pone en un rango inferior. Los que creen que es más de una filosofía superior adorar un solo Dios que muchos, no podrian vacilar en este respecto entre Sócrates y los hijos escuálidos de los desiertos de Arabia: el último rabino circuncidado que explicaba el *Tohorah* en las sinagogas de Jeruralem, sobrepujaba en mucho al maestro de Platon. Pero si aún está Sócrates lejos del dogma de la unidad divina, es todavía más piadoso, puesto que parece natural para muchos dioses ser necesaria más religion que para uno solo. Nada tiene de extraordinario, sin embargo, que hombre semejante haya sido acusado de impiedad. En todo tiempo, dice muy bien Lange, la ortodoxia ha crucificado ó quemado á los reformadores religiosos y no á

(1) Jenof. Memor. IV, III, pár. 9.

los libres pensadores. El racionalismo religioso de Sócrates, que con conservar las prácticas exteriores del culto, interpretaba á su manera las ciencias antiguas, constituia un atentado contra la religion nacional del pueblo y contra las tradiciones sagradas de los sacerdotes. Sócrates fué en realidad un reformador religioso, un teólogo herético; y debió perecer como perecieron Jesús, Juan Huss y Jerónimo de Praga.

Acaso hemos insistido en Sócrates más que el mismo Lange; pero el fundador de la escuela de Atenas deja ya manifestarse con toda claridad y con una verdad y sencillez harto raras, el carácter y los principios de la nueva filosofía, que á la antigua debia asestar los golpes más rudos y que aún en nuestros dias le disputa en la Europa moderna el imperio del mundo. Bastará, pues, con indicar la actitud de Platon y Aristóteles en la reaccion contra el materialismo antiguo. Son sobre todo, los gérmenes de error manifiesto contenidos en Sócrates que debian desarrollarse en Platon. Sócrates es una especie de racionalista; Platon, al contrario, pasa por un místico y un entusiasta. En este punto se ha esforzado Lange en conciliar á Zeller, que tiene á Platon por un poeta, con Lewes, que en su historia de la filosofía ha combatido de un modo muy original esta opinion tradicional.

Sócrates habia opuesto á los sofistas, que reduciendo toda ciencia á las individuales impresiones, declaraban no conocer nada más que lo relativo y particular, la nocion de lo general concebida ya en un sentido trascendente. Persuadido de que los objetos no habian recibido en modo alguno sus nombres arbitrariamente, imaginó que las palabras debian responder á la naturaleza íntima de las cosas. Y Platon, vivamente penetrado al principio de la filosofía de Heráclito, de la doctrina de la emanacion y de la inestabilidad de los fenómenos, asoció esta doctrina á la idea de lo general, tal como se desprende de las definiciones socráticas. Sólo á lo general presentando algo de estable y persistente, se le atribuyó existencia real; lo particular, al contrario, los fenómenos empujados en un perpétuo *sucederse* (*devenir*) no tuvieron ya existencia, propiamente hablando. La separacion absoluta de lo general y lo particular tuvo por primer resultado el que se atribuyera á

aqué una vida propia agena y superior á este último. Así pues, no es solamente en las cosas bellas donde lo bello reside, ni el bien en los hombres buenos: lo bello y lo bueno existen en sí, inaccesibles, eternos, y sobre los séres y cosas que pasan reflejándolos un momento.

No es este el lugar para hablar de la doctrina platónica de las ideas. Es demasiado evidente que tenemos necesidad de lo general y de la abstraccion para construir la ciencia. Para que todo hecho particular sea conocido, es menester elevarlo sobre el sentido individual. La ciencia es superior á la opinion. Sin embargo, como advierte Lange, Sócrates, Platon y Aristóteles fueron víctimas de las palabras: creyeron que la existencia de una palabra implicaba la de una cosa, partiendo de que un vocablo general y abstracto—belleza, verdad, etc.—correspondia necesariamente á alguna alta realidad. Así va uno al dominio de los mitos y de los símbolos. El individuo se pierde en la especie y la especie en un prototipo imaginario. Puede muy bien concebirse un tipo ideal del leon ó de la rosa; pero la idea platónica de esos séres es otra cosa muy diferente: no es visible, porque todo lo visible pertenece al mundo inestable de los fenómenos; no tiene forma en el espacio, porque no puede tener extension; tampoco puede llamársele perfecta, pura, eterna, porque todas esas palabras implican alguna nocion sensible: no se puede, pues, decir algo de ella, lo mismo que de la nada.

Esta idea, sin embargo, es percibida por la razon como los objetos sensibles por los sentidos. Entre estos y aquella el abismo que existe es insondable. Mientras que la razon concibe lo que hay de general y eternamente estable en las cosas, no alcanzan los sentidos más que las apariencias efímeras de un mundo que se escapa y corre como las aguas de un rio. Se opone á los noumenos los fenómenos. Luego, advierte Lange, é insistiendo tristemente en la fortuna de esa doctrina, no tiene el hombre razon ni tampoco idea de una facultad que sin el auxilio de los sentidos perciba lo general y lo suprasensible, ni conozca cosa alguna sin las sensaciones é impresiones por ellas producidas en los centros nerviosos. Aun cuando suponga que el espacio con sus tres dimen-

siones y el tiempo con su presente que de la nada emerge para en ella volver al fin á sumirse no son más que formas de su entendimiento, sabe el hombre muy bien que no hay una sola de las categorías de la razon que no sea obra de la sensibilidad.

Es cosa convenida que á Platon debe oponerse Aristóteles, á la especulacion *á priori* la experiencia racional. La verdad es que el sistema aristotélico une en sí y no sin contradiccion, la apariencia del empirismo y todos los defectos de la filosofía de Sócrates y Platon. Ha tomado Lange sus principales argumentos del concienzudo trabajo de Encken sobre el método de investigacion aristotélica. En ninguna parte, en verdad, han sido mejor señalados los defectos de este método. Sin embargo, atribuye Encken á la falta de instrumentos el que Aristóteles no haya hecho casi descubrimientos en la ciencia de la naturaleza, como si la historia no nos mostrase que el progreso de la ciencia en los tiempos modernos ha comenzado en casi todos los campos de la experiencia, por los mismos medios que estaban en posesion de los antiguos. Copérnico, observa Lange, no tenia telescopio; se atrevió únicamente á romper con la autoridad de Aristóteles y fué ese el paso decisivo en la astronomía, así como en las otras ciencias del espíritu humano.

Tambien se repite que fué Aristóteles un gran naturalista; se habla de esa suerte pensando en el considerable número de hechos y observaciones naturales que se hallan en sus obras. Pero conviene no olvidar que esos libros no son más que las partes de una vasta enciclopedia del saber humano en la época de Alejandro. Millones de tratados y de observaciones sobre ciencias naturales existian á la sazón en Grecia: Aristóteles se los apropió, no ciertamente á la manera de un compilador de decadencia, sino como filósofo de génio que se vale de principios de ciencias particulares para construir la ciencia bajo el punto de vista especulativo. Demócrito habia abarcado y dominado todas las ciencias de su tiempo, y seguramente con más originalidad y profundidad que Aristóteles; sólo que nada atestigua que ordenara en un sistema las diversas teorías científicas del siglo V. Aristóteles cita

frecuentemente á autores á quienes sigue ó discute, pero con más frecuencia aún deja de citarlos. Nada más conforme, por otra parte, con las costumbres de la antigüedad. A veces, tentado se vería uno á encontrar observaciones originales, experiencias personales, si los hechos que cita Aristóteles hubieran podido existir. A creerle, los machos tendrían más dientes que las hembras; el cráneo de las mujeres, contrariamente al de los hombres, tendría una soldura circular y sería bicorne su matriz; en el occiputo tendría un hueco el hombre y sólo poseería ocho costillas, etc., etc. Parece, sin embargo, que no hubiera sido muy difícil repetir esas pretendidas observaciones y experiencias antes de creerlas verdaderas. Es que la gran curiosidad científica no estaba ni en el espíritu del tiempo ni en las tradiciones de la escuela á que Aristóteles pertenecía. Probablemente no hizo nunca observación alguna y hablaba sólo bajo la fé de otro. A pesar de lo que Pascal dice, es menester representarse al estagirita como á un maestro ó doctor, muy erudito, muy seguro de sí propio y no dudándose un instante incapaz de responder á todas las preguntas sobre la naturaleza de las cosas. Ahí está el secreto de su inmenso éxito en la Edad Media. El consideraba á la ciencia como ya hecha. Del mismo modo que en moral y política, se limita al mundo helénico y ni piensa siquiera en los cambios prodigiosos que entónces se verificaban en el mundo, así también edifica su sistema y particularmente su filosofía zoológica sobre hechos y observaciones de anteriores sábios sin mostrar deseos de renovarlos ó de extender sus conocimientos en este punto, aprovechando las conquistas de Alejandro. No sólo no siguió al héroe macedónico, pero ni recibió tampoco de Asia ni plantas ni animales.

Todo cuanto de esto se ha dicho es una mera fábula (1). Muy bien advirtió Cuvier que no era por una observación personal—aunque así al leerlo pudiera creerse—sino sencii-

(1) Alejandro Humboldt declara que en nada se conoce en los escritos geológicos de Aristóteles la influencia científica de las campañas de Alejandro. Si el libro de M. Martha, el *Poeme de Lucrece*, escrito, por otra parte, con harto talento, no mostrara en cada página la poca crítica histórica de su

llamente por Herodoto, que Aristóteles describió los animales de Egipto.

El sistema del estagirita, tan grande por su unidad, solo es en el fondo, teleología y antropomorfismo. En el hombre que quiere construir una casa ó una nave, la idea, el fin que pone en juego su actividad, debe preexistir á la ejecucion. No de otra suerte obra la naturaleza: realiza siempre algun fin por la materia, la forma y el movimiento. Naturaleza ó Dios, el hombre es quien siempre sirve de modelo. Y en verdad, no teniendo el hombre otro conocimiento inmediato que el de sus estados subjetivos de pensamiento y voluntad, se inclina siempre á creer que la finalidad aparente de las cosas implica en el universo la existencia de un pensamiento ó de una voluntad inmanentes ó trascendentes. Esta gran sombra, ese fantasma que él en lo infinito proyecta, se lo imagina bueno y sábio: hé ahí en lo que descansa el optimismo de los filósofos en general y el de Aristóteles en particular.

Uerberweg ha resumido perfectamente la teología de Aristóteles: «El mundo tiene su principio en Dios y no á la manera del órden en un ejército, como forma inmanente, sino como una substancia existente en sí y por sí y semejante á un general en un ejército.» La nocion ontológica del Dios trascendente de Aristóteles nació de la necesidad de referir el movimiento á una causa motriz, á un motor inmóvil del universo, por ser incapaz la materia en ese sistema de moverse por sí misma. Esa concepcion, casi mecánica del mundo, es un progreso. Poco faltó á Aristóteles para pasar al panteismo. Sin embargo, la idea que parece tuvo de la divinidad, es trascendente, y debida naturalmente al antropomorfismo. Despues de haber sentado en principio que la forma ó el fin de las cosas es la verdadera fuente del movimiento, supone que del mismo modo que el alma mueve al

autor y su religion por los lugares comunes oratorios de moral y filosofía, se maravillaria uno de ver de nuevo en él la leyenda absurda que refiere que el héroe macedónico puso á las órdenes de Aristóteles y con grandes sumas todo un pueblo de cazadores, pajareros y pescadores, etc.

cuerpo, Dios, forma y fin del mundo, es la causa primera de todo movimiento.

Mucho se habla de materia en ese sistema; pero lo que Aristóteles entendía por esa palabra ($\nu\lambda\eta$) es bien diferente á lo vulgarmente aceptado. Ponderable ó imponderable, constituida ó no por átomos, nos imaginamos nosotros la materia como algo extenso, impenetrable y de naturaleza idéntica en el fondo en todas las trasformaciones. En Aristóteles, esa noción es esencialmente relativa: la materia no es tal sino por relación á lo que debe salir de su unión con la forma. Sin la forma, las cosas no podrían ser lo que son: gracias á la forma, llegan á ser lo que en realidad son, como acto; su sola posibilidad es dada por la materia. La forma que posee ya la materia es inferior, y con relación á lo que debe ser, indiferente. La materia no existe sino como potencia ($\delta\nu\gamma\alpha\mu\epsilon\iota\omicron\nu$), la forma existe como acto ($\epsilon\nu\epsilon\rho\gamma\epsilon\iota\alpha\ \omicron\nu\ \delta\ \epsilon\nu\tau\epsilon\lambda\epsilon\chi\epsilon\iota\alpha\ \omicron\nu$). El paso de lo posible á lo real, hé ahí el *devenir* ó el *sér*. Con la posibilidad de llegar á ser todas las cosas, la materia no es nada en realidad. No se trata, pues, de un *substratum* material de las cosas que posea en sí la existencia y el movimiento. La teoría aristotélica de la sustancia podría también inducir á error siguiendo á los nominalistas. Muy diferente de Platon en este punto, Aristóteles llama sustancia á todo *sér* y á toda cosa en particular. Lo que resulta de la unión de la forma y de la materia es una cosa concreta, y la filosofía se expresa á veces como si la plena realidad sólo perteneciera á ésta. Este es el verdadero punto de vista de los nominalistas. Pero Aristóteles admite además otra clase de sustancia en la noción general de especie. Este manzano es una sustancia: la idea de los manzanos, en cuanto dice especie, implica una segunda idea. Solamente la sustancia de los manzanos en general no reside ya en el país quimérico de las ideas de donde irradiaba al mundo de los fenómenos: el *sér*, la existencia general del manzano existe en cada manzano particular. Así, lo «general» no es más que un nombre para Aristóteles. Es la tendencia, observada ya en Sócrates y en Platon, de evocar de las palabras los *séres* y las sustancias y de perder de vista lo que es real y particular en

la vision subjetiva de los conceptos generales. Se empieza por admitir que el sér ó la sustancia de los individuos reside en la especie; se infiere en seguida que lo que hay más esencial en la especie tiene que residir más arriba, en el género, y no hay ya razon para detenerse. La influencia de Platon sobre Aristóteles aparece aquí en completa evidencia. Partir de la observacion de los fenómenos para elevarse á los principios de la naturaleza es un excelente método muy conocido de Aristóteles, aunque apenas lo puso en práctica. Algunos hechos aislados le bastan para elevarse á las proposiciones más generales, á verdaderos dogmas. De esta manera demuestra que no puede haber nada fuera de nuestro mundo, que una materia tiene que trasformarse en otra, que el movimiento es imposible en el vacío, etc. La ciencia que mejor conviene á este filósofo, como á casi toda la filosofía griega, es las matemáticas, con sus verdades de orden lógico y sus métodos deductivos.

El error fundamental de Aristóteles, es haber introducido en las cosas la nocion enteramente subjetiva de lo posible, del (*δυναμιον*). No hay posibilidad en la naturaleza, dice Lange; no hay más que realidades y necesidades. Siempre es la misma confusion de las ideas con los hechos y de las formas del pensamiento con las formas del ser. La misma falsa concepcion de las cosas en la teoría aristotélica de la sustancia y del accidente. Nada hay fortuito en la naturaleza. El grano de trigo no es una espiga en potencia; no es más que un grano de trigo. Solamente en el dominio de las abstracciones se puede oponer la sustancia al accidente, lo real á lo posible, la forma á la materia. En la investigacion positiva de las cosas se errará á menudo si se olvida el valor completamente subjetivo de estas nociones. Ciertos materialistas caen en el mismo error de Aristóteles, aunque en sentido contrario: consideran á la materia, que para nosotros no es sino una pura abstraccion, como la sustancia de las cosas, y estiman la forma como simple accidente.

La psicología de Aristóteles reposa tambien sobre el error que hemos llamado fundamental, sobre la ilusion de la posibilidad y de la realidad del sér. Define al alma realizacion de

un cuerpo organizado que tiene la vida en potencia. «El alma, dice, es la primera realidad perfecta de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia, de un cuerpo que tiene órganos.» Así viene de fuera lo que hace pasar á acto, lo que no estaba sino como potencia en el cuerpo organizado. Añádese que, como en la naturaleza no hay más que realidades, toda cosa tomada en sí es una entelequia, por más que hablar de una cosa y de su entelequia es cometer una tautología. Por el contrario, es una teoría profunda la del estagirita, que considerando al hombre como el término más elevado de la série orgánica, vé en él reunida la naturaleza de todos los séres inferiores, de las plantas (nutricion, alma y vida vegetativas) y de los animales (sensacion, movimiento, deseo, alma y vida sensitivas). Lo que le distingue es el alma racional, el νοῦς. Tal es origen de nuestras ideas del alma, de espíritu, de razon y de fuerza vital. La distincion de las tres almas del hombre evidentemente era sólo subjetiva en Aristóteles. La forma del hombre que reúne en sí todas las formas inferiores de la vida; esa es el alma. Pero la doctrina del νοῦς inmortal y separable—del νοῦς ποιητικός—le ha hecho manantial inagotable de vanas y peligrosas imaginaciones, entre otras del monopsiquismo de los averroistas y de la doctrina escolástica de la inmortalidad del alma. No puede uno, por tanto, jactarse de conocer aquí el verdadero pensamiento de Aristóteles. Las contradicciones muy graves del estagirita, debidas ciertamente al modo de estar redactada y trasmitida su obra, han sido puestas en relieve desde la antigüedad por todos los historiadores críticos de la filosofía. Cuanto más se conoce á Aristóteles, más se persuade uno de que la doctrina de un alma inmortal y de un Dios transcendente no encaja en el sistema; podría sacársela de él sin lesionar la unidad orgánica de la filosofía de Aristóteles. Tenemos sobre todo por no auténtico el libro XII de la *Metafísica*.

JULES SOURY.

(*Revue philosophique.*)



LA TEORÍA DEL PROTOPLASMA (1)

Señores: La ocupacion que esta noche empezais tiene por centro el estudio de esa condicion misteriosa, *la vida*, tal como se manifiesta en la más alta de las cosas humanas, *el hombre*. La estructura de la forma humana, las funciones de sus diferentes partes, los cambios que constituyen enfermedad, todo esto forma el objeto práctico del estudio que habeis escogido.

Pero el hombre, considerado como animal, no es una creacion completamente única. Es solo el miembro de una gran familia y participa de los distintivos de familia. Por esto acontece que no sean inteligibles por sí mismos muchos rasgos de la anatomía y fisiología humanas, y que estén rebosando explicaciones cuando se comprenden como expresion de algun tipo general, de algun rasgo de familia en la gran hermandad de las cosas vivas. No hay, pues, realmente más que una ciencia de la vida, y es preciso estudiar sus leyes generales, si queremos entender la significacion de los hechos presentados por cualquier forma aislada de cosa viva. Porque la biología, que así se llama esta ciencia, es en este concepto á manera de tejido estampado. Mirad la textura como un todo, y en los colores de su superficie aparece un trazo artístico; pero sacad la trama de la urdimbre y examinad los tintes de cada hilo aparte, y vereis solamente manchas que nada significan.

No encuentro, pues, asunto más propio para una confe-

(1) Discurso pronunciado en el colegio de médicos y cirujanos de Nueva-York.

rencia preliminar que el de exponeros una de las cuestiones fundamentales de la biología, bosquejaros los testimonios que en algo atañen á su resolución, y presentaros el resultado. Así aprenderéis una lección en el método de investigar en la ciencia natural, y conoceréis al mismo tiempo prácticamente hechos que es importante que sepais, porque son como cimientos de la anatomía, fisiología y patología.

El objeto último, la meta de la biología, es saber lo que la vida *es*; cómo se producen sus fenómenos, y cuál la verdadera historia de la manifestación de la vida sobre la tierra. Las respuestas á estas preguntas, dada la posibilidad de encontrarlas, solamente se alcanzarán por un fiel estudio de la naturaleza, y el primer paso en el problema es: ¿qué es la vida?

Suponed que un aritmético se propone extraer la raíz cuadrada de un número dado. Si es un número entero, procede desde luego á la operación; pero si en vez de eso es una cuerda de números y fracciones mezclados, tiene por necesidad, como medida preliminar, que hallar una expresión única para su suma. Hace esto reduciendo todos los términos del polinomio á fracciones simples, y todas estas luego á un común denominador. Sumando entónces los ya similares términos, obtiene una fracción sola que es el equivalente del todo, y con esta opera como si se tratara de un solo número original.

Lo mismo le sucede al biólogo. Su problema es extraer la raíz cuadrada de la vida, no de una forma viva, sino de toda la vasta cohorte de animales y plantas en su variedad interminable. Tiene, por tanto, que tomar las mismas medidas preliminares que el aritmético: reducir toda la diversidad de formas y facultades de las cosas vivas á un modo similar de expresión; en resúmen, encontrar el denominador común de la vida.

Y este es nuestro problema esta noche. Pesad bien ahora su plena importancia, su vastísimo alcance Nada ménos significa que una atrevida pesquisa en busca de una sola sustancia como base material de todas las formas vivas: un modo único de cumplirse las diversas funciones vitales, y un sólo plan general en el fondo de la variada arquitectura del

mundo animado. Y todo esto, además, no ya entre formas aliadas ó semejantes como el perro y el lobo, el abeto y el pino, sino entre todas las cosas que viven, animales y vegetales, sean los que quieran: entre el hombre y el gigantesco árbol de la selva, y entre los dos y los insignificantes puntos vivos que forman la hez en el cenagal del agua de una zanja.

Sin embargo, por salvaje é improbable que al parecer sea la idea, hoy es orgullosa vanagloria del biólogo decir: está realizada, existe esta comunidad; se ha encontrado despues de dos siglos de pacienzudos trabajos el comun denominador de la vida.

Antes de examinar los testimonios en que descansa esta afirmacion terminante, asegurémonos de que tenemos una idea exacta de la naturaleza de la cosa que tenemos que tratar. Nuestro tema es la materia viva, las criaturas vivas. Ahora bien; ¿qué entendemos por la palabra *vivo*? La única respuesta que podemos dar, en nuestra ignorancia, es esta: De la vida en abstracto nada sabemos; solamente reconocemos un estado de la materia en el cual es la misma el asiento de ciertos fenómenos, y á este estado aplicamos el término *vivo*. Esto es: todo lo que de la vida conocemos son las señales por las cuales se manifiesta. Y estas señales, ó fenómenos vitales *esenciales*, quiere decir, aquellos que son comunes á todo lo que se reconoce como *vivo*, son los que siguen: Todas las cosas *vivas* se *nutren*; y por esto entendemos que renuevan su sustancia convirtiendo en material propio otro que está fuera de ellas. Aumentan tambien de volúmen, ó *crecen*, por el mismo proceso. Reproducen su especie, y finalmente manifiestan alguna forma de lo que podemos llamar actividad vital, que varía desde el mero movimiento perezoso de los organismos ínfimos, hasta las complejas funciones del cuerpo y alma del hombre. Diversos como son estos actos, sin embargo, no son más que diferentes expresiones de una sola facultad de la materia viva, el poder de determinar movimiento molecular entre sus partículas. Porque es hecho bien averiguado en fisiología que todo acto vital cualquiera, sea mocion, secrecion, ó el elevado ejercicio del pen-

samiento y de la razón, todos se cumplen á expensas de cambio físico ó químico en la sustancia que vive, ó para expresarlo más sencillamente, tienen todos su causa determinante en algun modo de mocion de las partículas de la materia viva. Resumiendo, pues, entendemos por materia viva aquella que puede nutrirse, crecer, reproducirse y por un método de adición desplegar movimientos moleculares.

Pasamos ahora á nuestro objeto principal, el alegado descubrimiento de que en toda la naturaleza no hay más que una clase de materia viva que ejecuta las funciones que se acababan de detallar y un solo método general, separadamente de su manera de funcionar.

Nuestro primer paso es claramente conocer el *tipo* de esta materia universal y de este método, y supuesto que buscamos cuál es la propiedad comun de todas las cosas vivas, es igualmente claro que encontraremos el tipo más puro en la criatura más baja de la escala, donde los fenómenos de la vida ocurren en la forma más sencilla.

Demos la vela juntos para el anchuroso Atlántico. Dirijámonos á donde el mar es más profundo, donde el lecho del Occéano yace algunas millas debajo de la quilla del buque. Arrojemos el escandallo unido á una sondalesa que tenga algunos miles de brazas. Se sumergirá en abismos, en los cuales el agua es fria como el hielo é inmóvil la oscuridad eterna. Sin embargo, á su regreso de aquellas inmensas profundidades encontraremos muy probablemente el plomo y algunos piés de la cuerda untados de un légamo viscoso, que el halar á través de más de dos millas de agua no ha sido bastante para lavar y borrar. Repetid la sonda en otro paraje á cien millas ó más del primero, y muy probablemente será el mismo el resultado, demostrando que cientos de millas cuadradas del profundo seno del mar contienen como ingrediente de su cenagoso lodo, este material pegajoso. A la simple vista, esta masa es un barro semi-líquido y sin estructura. Con el microscopio se ve que no es una masa continúa, sino una coleccion de irregulares pedacitos ó trozos separados y randas, y que, no obstante, carecen todavía por completo de forma, son meros puntos de fango sin hechura.

Sin embargo, esta fangosa materia es tan viva como nosotros, y el arquetipo de la sustancia, base de todos los seres animados; estos copos informes son individuos que viven como nosotros mismos, y sus sencillos actos de vida un epitome de los fenómenos vitales de cada una y de todas las cosas que viven. En otras palabras, por sorprendente que parezca, en ese limo cenagoso del fondo del Atlántico tenemos ese tipo puro de la materia y método de vida que buscamos.

Estudiemos, por tanto, cuidadosamente estas las más ínfimas de las cosas vivas. Empiezo por decirles que hay varios géneros de estos habitantes sin forma del mar, conocidos por los naturalistas. La variedad recién mencionada—*Bathibius* es su nombre,—que se encuentra en cantidad tan vasta en las mayores profundidades del Océano, es con mucho la más interesante y sugestiva, y á pesar de eso ha sido ménos estudiada que otras especies en los detalles de la historia de su vida. Por tanto, como yo deseo no decirles nada que no haya sido realmente visto, me referiré en las descripciones siguientes á otras especies del grupo, mejor conocidas, que se encuentran en localidades más accesibles. Como también es conveniente tener nombres para aquello sobre lo cual tenemos que hablar, os diré que estos objetos, como clase, se llaman *Moneras*, y así es que hablaremos de un individuo, llamándole *monera* (1), como diríamos caballo ó perro.

Supongamos ahora que hay en el campo del microscopio una de estas diminutas moneras, descansando libremente en un poco del agua del mar en que naciera. ¿Qué vemos? Aparentemente una salpicadura irregular de material semifluido, incoloro y transparente; pero que contiene un gran

(1) Usamos en la traducción la palabra *monera*, la misma que emplea el Dr. Curtis, siguiendo la distinción que hace entre *monada* y *monera* el magnífico diccionario de medicina, etc., de E. Littré y Ch. Robin. Según dicha obra, *monada* (en la acepción de que aquí se trata) es género de infusorios uni-celulares; y *monera*, nombre dado por Hæckel á seres inferiores á dichos infusorios, y que se ha dado por extensión á las "masas intra-celulares sin núcleo de las células animales y vegetales": y en este sentido usa el término el Dr. Curtis. (Nota de la R. C.)

número de partículas diminutas que le dan un aspecto granilloso. No tiene más forma definida que la que consiste en una masa central, de la cual irradian en todas direcciones hilos delicados ramificados y anastomóticos. En todo el conjunto no hay la más insignificante señal de estructura, ni de partes distintas ú órganos, ni siquiera diferencia en densidad entre las tongas exteriores é interiores de sustancia. La apariencia total es en miniatura la que podría formarse por una cucharada de mucílago granuloso vertida en una mesa desde lo alto y esparcida por la fuerza de la caída en mancha radiada.

En cuanto á la composición, se vé que la sustancia mucosa de la monera, ensayada químicamente, es una materia albuminosa, y que obra de un modo peculiar sometida á ciertos reactivos.

Para determinar despues los atributos vitales de la masa viva que tenemos delante, tomemos nuestro sitio en el microscopio y observémosla cuidadosamente. La primera cosa que herirá nuestra vista es que el objeto está en incesante *moción*. Su contorno está cambiando constantemente y sin cesar alargándose, acortándose, separándose y reuniéndose entre sí, apareciendo y desapareciendo entre la superficie de la masa central. Pero más notable todavía que este cambio externo de forma es la inquieta actividad de la sustancia dentro de sí misma. Hay *corrientes* moviéndose arriba y abajo, á la derecha y á la izquierda, tanto en el cuerpo como en sus ramas, que cambian indeterminada y frecuentemente de dirección. El material semi-líquido corre así sin reposo por canales abiertos dentro de sí mismo, como fluye el agua á través del agua donde la corriente de golfo encuentra al mar.

Aquí, pues, tenemos ese acto fundamental de la vida, el movimiento espontáneo, funcionando plenamente á nuestra misma vista. Y en toda la naturaleza nada hay más maravilloso que este mismo espectáculo de una materia informe, sin estructura, desnuda y libre, espontáneamente hinchándose, estremeciéndose y corriendo dentro y á través de sí misma, como líquido cristal por invisibles manos movido. Hay una fascinación en esta vista también como la hay cuando se ob-

serva la marejada del Occéano rompiendo en las playas; porque aquí como allí no podemos sustraernos á un sentimiento de temor reverencial al confrontar así los trabajos de una energía intangible, que se contiene á sí propia, é igualmente distribuida por toda la masa móvil, la cual se gasta, pero nunca se consume en su ostentacion incesante, y en verdad que en los movimientos complejos de la monera tenemos efectivamente reproducidos los fenómenos del Occéano, como si el tempestuoso Atlántico hubiese infundido á éste, el más humilde de sus habitantes, la eterna intranquilidad que le es propia. Las hinchadas olas, la agitacion interna y el entremezclarse de las aguas por medio de corrientes y mareas que nunca cesan, todo está retratado en reducida miniatura en el torbellino espontáneo de la masa viva que tenemos delante.

Pero suponed que mientras estamos observando este asombroso espectáculo, acontece ser traído por el aire contra la monera otro morador del mar: un objeto llamado *diátomo*, organismo vegetal microscópico encerrado en delicada concha de sílice. En el mismo instante hay un método en los movimientos de la monera que hasta entónces no tuvieran un objeto aparente, pues procede sin pérdida de momento á ponerse literalmente fuera del intruso. No bien toca el diátomo en uno de los hilos gelatinosos de la monera, cuando queda preso por la glutinosidad de la sustancia mucosa y en el mismo momento, tanto este filamento como sus vecinos, empiezan á engordar por una afluencia de materia del cuerpo principal. Al mismo tiempo se van fundiendo poco á poco unos con otros, hasta que forman una capa espesa continua, que lentamente se extiende envolviendo al indefenso diátomo. Hecha esta envoltura, la masa se retira llevándose su presa, hasta que esta última es conducida á la porcion central de la sustancia de la monera. Aquí se detiene algun tiempo, pero al fin es empujada otra vez fuera por el reverso del procedimiento que sirvió para apresarla. Pero si miramos fijamente entonces al diátomo, veremos que es solamente la *concha* lo que es expulsado; sus blandos contenidos han sido tranquilamente extraídos y los ha guardado el cuerpo de la monera. Todavía más; si proveemos abundantemente á las

moneras jóvenes de diátomos, las veremos adquirir rápidamente más volúmen de día en día, lo que prueba que la materia tomada de este modo por el cuerpo de la monera, se va cambiando insensiblemente en nueva sustancia viva de monera. En otras palabras, hemos sido otra vez testigos del cumplimiento de una de nuestras funciones vitales fundamentales; á saber, el acto combinado de *nutrirse y crecer*.

Otro acto, y solamente otro, pero sencillísimo este, realizará nuestro pequeño amigo. En cierto período de su carrera tal vez veremos una especie de surco al rededor de su masa central, cuyo surco, haciéndose gradualmente más hondo, acaba por dividirla en dos. ¿Será la muerte el resultado? Nada de eso: por el contrario, el efecto es que si antes teníamos una sola monera, tenemos ahora dos; porque cada una de las dos mitades, pronto toma en todo y por todo, los distintivos de un individuo perfecto. En otras especies el acto de reproducción, que esto es claramente la división aquella, difiere un poco en los detalles. La monera recoge su ramificada randa de hilos hasta convertirse en redonda y lisa bola. Sobre esta se forma una capa espesa, correosa, trasparente, y así encerrada la masa redonda se parte gradualmente en un número considerable de otras más pequeñas. Cada una de estas desarrolla un apéndice á modo de rabo: la envoltura se rompe, y la nueva cria sale en enjambre como renacuajos, moviéndose velozmente con el azotar de sus colas. Pero no conservan esta forma mucho tiempo, porque al día siguiente de salir del cascaron, empiezan ya á trasformarse en el tipo padre, cambio que por último queda completo. En esta especie, pues, el padre, en vez de dividirse en dos, se despedaza en un número de nuevos individuos.

En otros organismos todavía tenemos dos modos alternados de reproducción. Después de varias generaciones producidas por sencilla división, se reúnen dos individuos y se funden realmente en uno solo. La masa así formada queda enquistada como la monera que acabamos de describir, y al cabo de un rato se rompe el quiste y todo el contenido afluye al exterior como innumerable enjambre de puntos excesivamente diminutos, tan pequeños que requieren la más alta

potencia del microscopio para llegar á verlos. Estos puntos infinitesimales pueden ser observados y se les ve, en efecto, crecer hasta ser semejantes á su padre.

Tal es la sencilla historia de la vida de las moneras, quedándonos ahora resumir lo que hemos aprendido por su estudio. Hemos visto una sustancia puramente homogénea, una mera masa de materia, una estructura, llevar á cabo á nuestra vista las grandes funciones vitales de movimiento, nutrición, crecimiento y multiplicación. Así aprendemos el hecho importante de que la vida no requiere necesariamente para manifestarse una estructura cualquiera en el individuo, sino que todas sus funciones esenciales en su manifestación más simple pueden realizarse igualmente por una materia homogénea. Así la monera informe, la más simple que se conoce es al mismo tiempo el tipo más sencillo que puede concebirse de individuo vivo.

Después, estudiándola como sustancia, hallamos que es una materia incolora, transparente, viscosa, albuminosa. En lo que concierne al modo de cumplimiento de las diversas funciones vitales, vemos el *movimiento* ejecutado sin distinción por todas las partículas de la masa: la *nutrición* y *crecimiento* realizados por la materia viva que se coloca corpóreamente al rededor del artículo de alimento al que luego transforma en su propia sustancia; y la *reproducción* llevada á cabo al dividirse el cuerpo del padre directamente en nuevos individuos ó gérmenes.

Tales son, pues, la materia y el método de vida de la monera; y ahora saltemos de una vez á los más elevados de los organismos en la creación, á los animales vertebrados, entre los cuales nosotros mismos nos contamos, y veamos cómo su estructura y funciones complejas están conformes con el tipo que hemos estado estudiando.

Pinchad uno de vuestros dedos y examinad una gota de sangre con el microscopio. Se compone de un fluido incoloro, en el cual flota vasto número de diminutos cuerpos. La mayor parte de estos son los rojizos *corpúsculos*, que así se llaman, en forma de disco, que dan á la sangre un color rojo. Pero además de estos, aunque en mucho menor número,

hay cuerpos que son más grandes, fijaos bien en mis palabras, de una sustancia incolora, trasparente, granillosa, semi-líquida y viscosa. Al principio aparecen estos objetos como meras bolas sin movimiento; pero si impedís que se evapore la gota de sangre, y la conservais artificialmente caliente á la temperatura natural del cuerpo, ó, lo que es mucho mejor, si tomáis una gota de sangre de rana ó de lagartija, que no necesita calentarse, pronto sereis testigos de una manifestacion de lo más sorprendente y asombroso. Aquella esfera sin movimiento despierta como si saliera de un letargo y empieza á mostrar señales de vida. Empiezan sus partículas á moverse unas sobre otras; se pierde el redondeado contorno, y el cuerpo ó *corpúsculo*, como se le llama, cambia constantemente de formas, tomando las más fantásticas, y se mueve activamente en todas direcciones en el campo del microscopio. Luego saca de su sustancia una docena de finos hilos gelatinosos, y apoyando sus glutinosas extremidades en la superficie de la resbaladiza platina, se retrae sobre ellas, usándolas como agentes para la locomocion. Más tarde, se divide en dos partes unidas por un largo y sutil filamento. Estas se mueven en direcciones opuestas y se retuercen con independencia, hasta que cansadas al parecer de ser los hermanos gemelos siameses, se acercan una á otra acortándose y engruesándose el hilo que las une, y finalmente se juntan, fundiéndose una vez más en una sola masa. Si el corpúsculo encuentra un objeto grande, se extiende formando una capa delgada y plana y trepa sobre aquel en dicha forma. Si llega á un canalizo estrecho, como el que á menudo queda entre masas de corpúsculos rojizos, se desliza por él como la arena de una ampolleta. En una palabra, no hay término para los cambios de forma, dignos de Proteo, que este extraordinario y pequeño organismo puede tomar.

En seguida haced el siguiente experimento: tomad la gota de sangre de la rana y añadid á ella un poco de polvo fino é insoluble de añil ó carbon vegetal, y pronto vereis algunos de estos mismos corpúsculos blancos de la sangre con uno ó más granos de polvo embebidos en su sustancia. Hay más to-

davía; se les ha visto con fragmentos rotos de sus compañeros los corpúsculos rojos igualmente embebidos.

Además, calentad ligeramente la superficie en que tengais la gota de sangre de rana. Los movimientos descritos se hacen más activos, y si combinais la buena suerte con la paciencia, vereis formarse surcos, desaparecer y reformarse en la superficie de un corpúsculo, hasta que al fin uno se extiende completamente por toda ella, y el cuerpecillo se parte en dos. Cada mitad entónces se mueve en todos sentidos activamente y presenta todos los rasgos de un individuo perfecto.

Finalmente: ensáyense químicamente estos cuerpos, y tenéis una sustancia albuminosa que reacciona precisamente como la de la monera.

Ahora bien: en este bosquejo no necesito extenderme sobre los puntos de parecido entre estos pequeños corpúsculos de la sangre y la monera. Son de todo punto evidentes por sí mismos. Ambos están compuestos de la misma clase de sustancia, tienen el mismo carácter físico y cumplen actos vitales idénticos de una manera en general semejante. Hay, sin embargo, un punto de diferencia entre los dos. La sustancia de la monera es perfectamente homogénea, y embebidas en la del corpúsculo grande de la sangre hay uno ó más pequeños cuerpos redondeados de contorno bien marcado. Llamamos á estos *núcleos*; pero nada sabemos de su funcion y significancia vital.

Encontramos, pues, como primer resultado de nuestro estudio sobre los vertebrados, que en su sangre, y podria yo añadir tambien en la linfa y en varios de los tejidos, ocurren organismos independientes y que se mueven con libertad, que se parecen íntimamente á las moneras en todas las particularidades importantes.

Pero todavía estos corpúsculos que hemos estado describiendo forman pequeñísima parte del volúmen de los animales vertebrados. ¿Qué decir de los tejidos sólidos? ¿Cómo se conforman *ellos* con el tipo monera de la vida? Sáquese la córnea del ojo de una rana viva ó recién matada y examínese sumergida en humor acuoso con el microscopio. Al

principio el tejido es perfectamente trasparente y homogéneo; pero despues de algun tiempo aparece una randa de masas nucleadas ovaes con largas y ténues ramificaciones ó procesos, el todo compuesto de una sustancia finamente granulosa, pero sin color y trasparente. No se necesitan más palabras para representar vivamente á nuestra humilde amiga la monera ante nuestra vista. Porque si no fuera por el gran núcleo, estos cuerpos, con su suave sustancia granillosa y delicados procesos á modo de hilos, podria fácilmente suponerse que son moneras que se han introducido á la sordina dentro de la córnea mientras que la rana dormia, tanta es la semejanza exterior. Tambien podria llamarse la química en apoyo de la fantasía, porque tambien en esto los reactivos hacen ver en la materia trasparente de estos corpúsculos córneos, como los llamamos, la sustancia albuminosa de la monera. Entónces naturalmente, si sois entusiastas, conservareis vuestro asiento en el microscopio y observareis confiadamente esperando ver movimientos vitales y actividad reproductiva de parte de estos cuerpos. Pero ¡ay! quedareis horriblemente chasqueados. Podeis observar hasta que os duelan los ojos de cansancio ó hasta que se descomponga el tejido; pero estas pseudo-moneras embebidas en la sustancia de la córnea, están tan inmóviles como estátuas. No ocurrirá ni una sola señal de movimiento alguno ó division para reproducirse. Pero no dejeis perder la pista tan fácilmente. Recordad el hecho importante de que en el adulto los tejidos fijos están plenamente formados. Apenas podia, por lo tanto, esperarse que se verificaran movimiento activo, crecimiento y multiplicacion de elementos anatómicos adultos, y seria ilógico negar á estos elementos poder funcional sólo porque no lo ejercen constantemente. ¿Cómo, pues, decidiremos sobre los atributos vitales de estos corpúsculos de la córnea?

Todos vosotros conoceis el proceso que se llama inflamacion; y los que habeis estado aquí ántes, cuando ménos, tendreis presente que en parte consiste en una actividad formativa desacostumbrada, por la cual la organizacion real y el crecimiento del nuevo tejido resultan en el sitio inflamado. Excitemos, pues, en una córnea de rana esta actividad anor-

mal: esto es, inflamada, y ved el cuadro que os dará el microscopio. Tomad una rana viva y cauterizad el centro de la córnea con una barra puntiaguda de nitrato de plata, y al cabo de pocas horas separad la parte y examinad como ántes. Nada es más convincente que lo que entónces se ve. La inflamacion producida por el cauterio ha suscitado una dormida energía en aquellos corpúsculos hasta entónces inmóviles, y una vez más se repite la antigua historia. Se puede ver que agita á las masas granulosas, lento, pero distinto movimiento; han recogido sus procesos; han cambiado sus formas, y en muchos casos si hemos esperado bastante tiempo despues de la cauterizacion ántes de sacar la córnea, encontraremos un grupo de nuevos cuerpos más pequeños dentro de los límites de lo que ántes era uno sólo. En otras palabras, en estos elementos anatómicos fijos de la córnea tenemos de nuevo un ejemplo de masas de sustancia viva, que física, química y vitalmente conforman con el tipo de la monera. Y para hacer corta una historia larga, en otros tejidos del cuerpo, como hueso, cartílago, glándulas, epitelio, sustancia del nervio gris, tenemos, como en el caso de la córnea, masas nucleadas de un material blando albuminoso que forma un elemento prominente de su estructura.

Pero aún no está concluida nuestra tarea: estos cuerpos albuminosos ó corpúsculos, como por ahora podemos denominarlos, forman solamente una pequeña parte del volumen de la mayor parte de los tejidos. Manojos de delicadas fibras en la córnea, una matriz densa, al parecer homogénea, en cartílago ó hueso, componen realmente la masa del tejido, que forman un *substratum* sólido, en el cual están embebidos los corpúsculos blandos: mientras que en las fibras de músculo y nervio tenemos estructuras elaboradas y especiales con solo rasgos insignificantes de elementos corpusculares. Ahora bien: ¿qué decir de estas fibras y sustancia matriz, acerca de estos elementos de tejido formados? No presentan ninguna de las propiedades físicas, químicas ó vitales del tipo monera; ¿pero falta este tipo por completo en la historia de la vida? La respuesta depende de cuál es la verdadera de las siguientes posibilidades, ó los elementos formados son

genéticamente distintos de los cuerpos albuminosos á lo monera asociados con ellos en el tejido, ó el uno ha sido formado de los otros ó por ellos. Para decidir la cuestion, compárese primeramente un tejido, el cartílago por ejemplo, de un adulto con el del embrión del mismo animal. Desde luego os impresionará el hecho siguiente. En el adulto, los corpúsculos nucleados albuminosos están raramente esparcidos por una abundante matriz firme: pero en el embrión sucede precisamente lo contrario: los corpúsculos componen casi el volúmen total del tejido, están estrechamente agrupados, mientras que la sustancia matriz es pequeña en cantidad y rudimentaria en carácter, consistiendo solamente en una ténue cáscara de materia matriz sobre la superficie de cada corpúsculo. Es obvia la interpretacion de este hecho; pero vayamos sin más circunloquios al fondo del asunto y tracemos desde el principio el plan general del desarrollo del tejido. Todos los animales, ya lo sabeis, crecen de *ova* ó huevos, como las plantas de las semillas. Pues bien: ¿qué es el huevo del animal vertebrado? Os hartarán las palabras cuando os diga que en el principio no es más que una masa blanda, granillosa, trasparente, albuminosa, que contiene un núcleo susceptible, como se ve en algunos animales, de realizar movimiento y cambio de forma á lo monera. Más tarde, en su carrera, la rodea ó la interpenetra un material de nutricion para su uso futuro, y se encierra en envolturas protectoras. Cuando está impregnada y á punto de desarrollarse, desaparece el núcleo y el animal futuro es entónces, como la monera, solamente una masa homogénea de materia albuminosa. ¿En seguida qué? Colocad huevos de rana recién puestos en el microscopio y observadlos continuamente. Al cabo de pocas horas vereis movimientos perezosos de la sustancia de huevo dentro de la membrana que la cubre. Entónces se desarrollan cortaduras en su superficie, que al principio van y vienen, pero que pronto se hacen permanentes y se convierten en surcos bien marcados. Estos se extienden y ahondan, y al fin, hendiendo la masa del huevo por completo, la dividen en varios segmentos. Estos segmentos se dividen á la vez, y por la continuacion del procedimiento, lo que fué original-

mente una sola masa de materia viva se despedaza ahora en un gran número de otras semejantes, aunque más pequeñas.

Durante este procedimiento de division, reaparecen los núcleos (*nuclei*) en los recién formados productos de segmentacion, de manera que el embrion se compone ahora de un agregado de masas nucleadas de materia albuminosa. Pero conforme continúa esta multiplicacion, empieza una diferenciacion; las sucesivas generaciones de cuerpos nucleados se arreglan en tongas distintas, varian de figura y se propagan en tales direcciones que dan *forma* al embrion creciente. Aún más tarde empiezan á manifestarse indicaciones de las estructuras especiales de los tejidos adultos, y entónces se revela el secreto de la fabricacion de tejidos comparando los embriones de edades diferentes. En algunos los productos nucleados de la segmentacion se transforman realmente en las estructuras peculiares del tejido, como en el músculo, en el cual un solo cuerpo nucleado puede verse en todas las fases de la metamorfosis gradual ó fibra muscular. En otras las masas nucleadas originales persisten siéndolo, y el tejido especial resulta de la formacion alrededor de estos cuerpos—y por lo tanto, puede suponerse que merced á su agencia—de nuevo material. Así en el cartílago tenemos cortezas sucesivas de materia de cartílago que se forman rodeando cada segmentacion de la masa original del tejido embrional; cada nueva capa se forma por dentro de la antigua, hasta que por la firme cohesion de estas cortezas resulta la aparentemente homogénea matriz del cartílago adulto que encierra sus corpúsculos tiernos y nucleados.

Vemos, pues, que en un principio, el animal en su totalidad no es más que una masa semejante á la monera, de materia albuminosa viva: que todas las masas semejantes en los tejidos adultos son descendientes lineales en no interrumpida série del mismo padre, y que de estos productos de la segmentacion de la sustancia original del huevo, ó por medio de su intervencion, se forman todas las complejas estructuras de los tejidos adultos.

Queda solamente que buscar en el poder funcional de

estos mismos elementos de tejido formados, tales como músculo, nervio, fibras de tejido de conexión ó hueso y matriz de cartílago. Ya hemos visto al estudiar los corpúsculos de la sangre y córnea y el desarrollo general del huevo, que los cuerpos semejantes á la monera ó productos de segmentación del huevo, poseen en una época de su carrera cuando ménos, las facultades preminentemente vitales de moverse, nutrirse, crecer, reproducirse y formarse. Ahora ¿conservan las fibras, membranas y sustancias matrices de los tejidos adultos, formadas de estas masas nucleadas ó por medio de la acción de las mismas, las facultades dichas? Comprenderéis en seguida cuán importante es la respuesta. Si es esta negativa, significa que el poder funcional que nos hace reconocer la vida, pertenece solamente á esa única sustancia albuminosa encontrada en la monera, en el huevo animal y en su nucleada descendencia; mientras que si es afirmativa, se sigue que debemos desde luego abandonar como falsa toda idea de comunidad en la materia que vive activamente en toda la naturaleza. Pues bien: el primer caso de la hipótesis es el verdadero; la respuesta es universalmente negativa; siempre que la materia viva se separa mucho del tipo del material albuminoso y blando tantas veces descrito, y se diferencia formando otros elementos de estructura, pierde para siempre el poder de movimiento independiente, de crecer, de reproducir y de formar. Jamás en la reparación de lesiones, en los procesos inflamatorios ó en los crecimientos mórbidos toman los elementos anatómicos formados la más pequeña parte en nuevas producciones de su propio tejido, ni manifiestan otros cambios sino los de degeneración. Aun en la economía sana su papel es puramente pasivo. El músculo es sólo pasivamente contractil; las fibras nérveas conducen pero no pueden engendrar impulso nervioso: el hueso y la matriz cartilaginosa no son sino densas masas sólidas para dar forma y estabilidad á la estructura animal; y las fibrillas de los tejidos conectivos sirven solamente para mantener juntas las partes adyacentes. Pero donde quiera que haya de realizarse una función *activa*, donde quiera que las fuerzas de la naturaleza tengan que convertirse en trabajo de la

vida, allí con ese objeto encontramos colecciones de sustancia de monera, descendientes nucleados de la masa de huevo original. Así es que para la secreción hay glándulas en las cuales todo el tejido no es más que una agregación de tales cuerpos nucleados, con sólo el tejido conectivo, vasos sanguíneos y nervios necesarios para ponerlas en relación con el resto del sistema. Para la elaboración del impulso nervioso, tenemos en los grandes centros nerviosos y en los ganglios, directamente enlazados con las fibras nerviosas, corpúsculos nucleados, blandos como los de la córnea, cuyos sutiles movimientos moleculares son la fuente, tanto del poder que armoniza todas las acciones del cuerpo, cuanto de las todavía más misteriosas operaciones del intelecto.

Os he delineado, aunque algo desordenadamente, en verdad, el contorno de aquellos hechos de la fisiología de los animales superiores que importan en el problema que estamos estudiando, y tengo que pedir os sencillamente que os fieis de mi palabra de que, en cuanto la observación permite, los principios fundamentales que hemos desarrollado, responden siempre en todos los asuntos del mundo animado, entre todos los grados de formas animales y vegetales.

Pasemos revista ahora solamente á los hechos que hemos aprendido, y expongámoslos en forma abstracta, y tenemos lo que se llama *la teoría del protoplasma*: es preciso que tengais en cuenta que esta teoría en un sentido no tiene nada de *teoría*, supuesto que es sencillamente una exposición general de hechos. Recordareis que empezamos afirmando que la sola definición que podemos dar de materia viva en general, es que es aquella que puede alimentarse, crecer, reproducirse y desplegar alguna otra forma de poder funcional reducible á movimiento molecular. Estudiando luego las cosas más bajas y más altas de la creación, hallamos, como habeis visto, estos hechos que tienen mucho de notables. Las funciones vitales esenciales son en toda la naturaleza realizadas por una sola clase de materia viva, que es comun á todas las formas animadas, y es una sustancia albuminosa homogénea de consistencia blanda, incolora, transparente y que las más veces contiene granulillos. Donde quiera que se la

encuentra, presenta esta materia viva esencialmente el mismo aspecto físico, es sustancialmente de la misma constitución química, y cumple los diversos actos vitales con un método común y general. Hemos descubierto luego que podíamos con justicia llamarla materia universal de la vida. Démosle un nombre: lo hacemos así y la llamamos *protoplasma*, ó material primitivo de formación.

Pero dejadme decir una palabra para evitaros una posible confusión de juicio. Observad que el término *protoplasma* se aplica únicamente á la *materia viva como tal*, mientras que posee los distintivos físicos y vitales peculiares de su condición: *no es* el nombre del compuesto ó de los compuestos albuminoides en que el análisis químico puede resolver la masa viva. Los dos conceptos son distintos, y el uno respecto al otro están como los del diamante y el carbono. El diamante se compone completamente de carbono; sin embargo, mientras que el *carbono* es el elemento químico donde quiera y como quiera que ocurra, solo ó en combinación, el *diamante* es la cosa distinta—la sustancia de la joya como tal, caracterizada por el lustre peculiar, transparencia, dureza y facetas. Trastornad la condición cristalina que determina estos atributos físicos del mineral, calentando el diamante, protegido del aire, entre los polos de una poderosa batería, y aunque no cambie su composición química, sin embargo, la deslustrada masa negra en que se trasforma la brillante alhaja, innecesario es decirlo, ya no es diamante. En otras palabras, *diamante* es el nombre del mineralogista para la piedra preciosa, y *carbono* la designación química de la materia que lo compone. Lo mismo sucede con el *protoplasma*: la palabra no pertenece al químico para interpretar un producto del análisis, sino al biólogo como nombre de la cosa viva.

Continuando nuestro resumen, encontramos en seguida, en lo que concierne al modo de existir el protoplasma en la naturaleza, que siempre ocurre individualizado en pequeñas masas distintas, que son general, aunque no invariablemente, nucleadas. En las criaturas inferiores, como la monera, y aún en el huevo fecundado de los organismos supe-

riores, una sola *unidad de masa* de protoplasma constituye el individuo entero, mientras que en las formas superiores de vida, donde tenemos diferenciación de partes ó verdadera estructura, se forma toda la variedad de tejidos por la multiplicación de esta misma unidad de masa del huevo y por la mayor ó menor transformación de su progénie. En otras palabras, en todos los grados de cosas vivas la masa nucleada ó no nucleada de protoplasma es la típica unidad de forma anatómica, como el ladrillo ó trozo de granito es la unidad típica de construcción en albañilería. Todos los organismos vivos pueden, pues, resolverse en una unidad elemental ó en una suma de las mismas simple ó variadamente modificadas y transformadas: del mismo modo que la obra de albañilería puede ser considerada como un montón de elementos de construcción pegados unos con otros y arreglados de una manera especial. Teniendo, pues, un concepto distinto de la unidad de masa de protoplasma como elemento fundamental de estructura en las formas de la vida, démosle un nombre. Lo hacemos así y la llamamos, —siento decirlo, —*célula*. ¿Por qué este nombre? preguntareis: porque se os ocurrirá en seguida que es una mala calificación: nada hay *celular* en una monera ó corpúsculo de la sangre. El nombre se dió cuando se comprendía mal la naturaleza de estas masas de protoplasma. Por el hecho de que en algunos tejidos secretan á su alrededor ellas una envoltura membranosa, se dedujo que todas hacían otro tanto, áun donde esas estructuras no podían ser demostradas. Esta real ó supuesta envoltura fué entónces considerada, no solamente rasgo esencial, sino el *más* de la parte elemental, y por lo tanto, el todo fué, no sin propiedad, llamado *célula* ó *celda*. Por estar ya generalizado vulgarmente, y por ser también una palabra corta y conveniente, el nombre de *célula* se ha conservado; pero os pido que recuerdeis que en su presente acepción es solamente un nombre y no un apelativo que describa exactamente la cosa.

Con respecto, finalmente, á los métodos por los cuales realiza el protoplasma los actos vitales fundamentales, no necesito recapitular lo que tan descrito ha sido ya. En este

punto lo único que haré será indicaros el hecho importante de que *en lo que hasta ahora se ha observado*, notad bien la condicion, nunca se ha sabido definitivamente que el protoplasma surja *de novo*, sino que siempre se le ha encontrado derivado de protoplasma preexistente por division corpórea de una unidad de masa en nuevos individuos ó gérmenes.

Tales son, pues, los fecundos hechos que el microscopio ha revelado, y á vuestro juicio dejo si estaba yo justificado al decir al principio de esta conferencia que se habia encontrado un denominador comun de la vida. Habeis visto que en todos los vastos dominios del mundo animado, desde el hombre á la monera, no hay más que una clase de materia activamente viva—protoplasma; un sólo modo de su existencia, en unidades de masa elementales; un sólo plan de construir tejidos, la multiplicacion y transformacion de esos elementos; y aparentemente un sólo modo de continuacion de la vida en la tierra, la division directa de unidades de protoplasma en nuevas generaciones de lo mismo.

De la significacion de estos hechos y de su importancia en las grandes cuestiones científicas y filosóficas que hoy se debaten, no tengo tiempo de hablaros. Que *son* de la mayor importancia, no necesito decíroslo: es evidente para el pensador más indiferente. Tienen que entrar como factor necesario en toda hipótesis del origen y relacion mútua de las cosas vivas ó de la naturaleza de la vida y de la fuerza llamada vital. La misma cuestion de nuestra propia posicion orgullosa entre las criaturas terrestres debe ser argüida á la luz de los hechos concernientes al protoplasma. En cuanto al hombre mismo, no escapa él de la comunidad de materia y manera de vida que eslabona en una sola cadena á todas las formas animadas; y más sorprendente aún que nuestro parecido con el mono, es el pensamiento de que en el principio de nuestra vida individual, en el huevo fecundado, nosotros, los más elevados de los séres creados, somos solamente compañeros y colegas de los más bajos: ¡hombre y monera, formas hermanas del mismo tipo simple, unidades de masa gemelas de una materia viva universal!

Pero todavía hay secretos más hondos ocultos en el seno de la naturaleza que los que habeis aprendido esta noche, y como uno de los objetos de mi leccion era ilustrar el método de investigacion en la ciencia natural, no puedo concluir sin una palabra de precaucion respecto á algunas de las exigencias de ese método, que desgraciadamente son demasiado frecuentemente olvidadas. El marino que sabe de antemano la situacion del fondeadero que busca, puede con carta y sextante hacer su derrota y arribar á él con certidumbre infalible. Pero al sabueso que dá caza al ciervo en el bosque, no le es posible prever el camino que este lleva. Tiene que contentarse con el pesado método de seguir la pista de su presa y de seguir ciegamente todos sus extraviados rodeos. Sin embargo, este fiel rastrear del sabueso es tan fijo como la brújula del marinero, y el uno encontrará la caza tan seguramente como el otro su puerto.

Ahora bien, estamos nosotros, los que andamos detrás de lo grande desconocido, de los secretos de la naturaleza, en el caso del sabueso de caza. Como él, no sabemos en qué lugar del bosque que tenemos delante se esconde la caza, y nuestro único recurso es el suyo. Tenemos que buscar las huellas, y encontradas éstas, paciente y determinadamente seguir hasta el fin á donde nos lleven. Para hacerlo así, necesitamos ojos perspicaces y cabezas libres, porque los rastros están borrosos muchas veces y la pista da vueltas y revueltas, y está cruzada por más de un rastro falso que seduce. Pero ante todo debemos, á la partida, abandonar toda idea preconcebida de la posicion de nuestra caza, y sin cuidarnos de á donde iremos á parar, seguir fielmente la tortuosa pista, confiando en que aunque pueda conducirnos á través de enmarañadas malezas y sobre vertiginosas alturas, no puede ménos de guiarnos rectamente al fin. En Dante leemos sobre la tenebrosa portada del infierno, *Lasciate ogni speranza voi che entrate*; pero sobre la hermosa y anchurosa faz de la Naturaleza está esculpida en cada piedra, pintada en cada hoja, la murmura cada arroyo, la trina cada pájaro, la precaucion para la cual pido vuestra atencion: El que venga á aprender, deje prejuicios y preocupaciones á la puerta.—EDWARD CURTIS.

LA FILOSOFÍA DEL SEÑOR NIETO SERRANO

BOSQUEJO DE LA CIENCIA VIVIENTE I

II.

PRINCIPIO DE LA FILOSOFÍA.

Ha sido siempre afán de la filosofía y demás ciencias la investigación de una ó más ideas que elevadas á la categoría de *principios*, son consideradas como su fundamento ó razón, y aún suele la ciencia definirse así: *un conocimiento claro y cierto de alguna cosa, fundado en principios evidentes*.

Como si realmente la ciencia no fuese la razón misma en actividad, de igual modo que el hombre funcionando y todo sér organizado son la vida real, hácese allí una distinción completa entre el *conocimiento de una cosa*, acto de la razón, y los *principios evidentes*, á la manera que si estos fuesen de distinto origen, como venidos á ella de afuera, ó de igual modo que si la causa de una vida no residiese en la vida misma, y sí en el alimento que digiere el individuo, en el aire que respira, etc., porque sin estos elementos la vida no se sostiene. Y no siendo tales principios sino ideas de más ó ménos importancia, nacidas de la razón y por ella constitutivas de la ciencia, vendríamos de este modo á parar á un estado de la última en el que la ciencia misma ocuparía de lo más trascendental en ella, de la investigación de sus principios, en un período en el que tal ciencia no existe aún.

Si el móvil de este trabajo fuera simplemente el deseo de simplificación científica, distinguiendo en la totalidad del saber reconocido como prévio ó necesario á la constitución de la ciencia, la parte de más importancia á este objeto, sin

i Véase el núm. 20 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA

excluir como estéril ninguna otra, ántes bien estimando á aquella de superior valor por el intermedio del conjunto ó el contraste con las restantes, la teoría de los *principios* más ó ménos *evidentes*, pero nunca en absoluto, sería racional y conveniente además. Pero en cuanto dicho valor, llevado á la exageración, tratándose de ideas distintas de las otras en cantidad relativa, se mide por el conocimiento total en que la ciencia se basa, excluyendo luego de éste una parte que se subordina al resto considerado como *un principio*, el proceder es ménos acertado, no del todo racional.

No es de extrañar, pues, que tales principios, áun considerados como *fijos*, varien tanto, sin embargo, de una época á otra, entre hombres de igual época, etc.; lo que por otra parte es lógico, estimados los *principios*, si bien de ménos valor, más acertadamente.

Así, desde el *initium sapientiæ est timor Dei* de la Escritura, místicamente inscrito en el frontispicio de santuarios del saber, hasta la *duda filosófica*, tan manoseada, pudieran indicarse otras muchas ideas sucesivamente elevadas á la categoría de principios y otras tantas veces desechadas como tales. Y sin embargo, ninguna carece de importancia como punto de partida ó conocimiento previo en el estudio de la ciencia: el error está en levantarles una estatua á que no son enteramente acreedoras.

La «sentencia del dogma—pág. 12—aplicada al saber, tiene un sentido profundo dentro del saber mismo:» contenida en cierto límite ó sin «degenerar en debilidad y languidez» es un salvaguardia que nos evita el extravío en medio del error, el «vicio más trascendental de una ciencia» ó sea «la temeridad, el orgullo insensato en los principios.»

Más importancia aún debe reconocerse en la duda. Ella es un *móvil* para el saber, no un principio, dentro asimismo de cierto límite: «empezar dudando de todo—pág. 13—es tan funesto como empezar no dudando de nada:» quien duda absolutamente, nada sabe y nada puede aprender por esto, y quien de nada duda, nada tiene que aprender.

Si la duda en cualquier límite no puede legítimamente elevarse á la categoría de un principio filosófico, ménos puede

considerarse, pues, como tal la *duda absoluta*, que pone al sujeto fuera de las condiciones prácticas del saber: «dudar de todo—pág. 18—es no saber nada, y la verdad es que algo sabe el que empieza á filosofar..... Afirmar que se duda absolutamente de todo, equivaldria á suponer invariable la duda.»

Ni puede considerarse como principio legítimo de la filosofía, como lo quiere Kant, «la crítica de la razon, esto es, el reconocimiento de la razon por la razon misma.» «La crítica—pág. 18—es un procedimiento más bien que un principio.» «El ejercicio de la crítica—pág. 19—ó sea de la misma filosofía, es indispensable para establecer un principio, el cual es necesario á su vez como fundamento de la crítica.»

Distingue el Sr. Nieto un *principio práctico* y un *principio lógico* de la filosofía.

1.º Toda ciencia empieza necesariamente en un momento dado para el sujeto. «Sean las que quieran las demas condiciones—pág. 13—mi ciencia empieza de hecho á manifestarse formando una serie; empiezo á escribir este libro; empiezo una exposicion completa; empiezo á discurrir, y sin prejuzgar nada de lo que acompaña, precede ó sigue á este principio, este principio es un hecho. No es ya un hecho que admito provisionalmente, sino como necesario.»

Segun esto «un principio práctico, es *una* cosa que principia.»

Analizando esta frase, en ella se da necesariamente tambien, *algo* que se conoce y *algo*, mucho, que se ignora. «Puesto que mi conocimiento principia—pág. 14—algo conozco ya; puesto que no hago más que principiar, algo dejo de conocer. Si no supiera algo, ¿cómo sabria siquiera que se puede saber y me propondria la ciencia como un fin? Si no ignorase algo, no estaria ya al principio, sino al fin de la ciencia.»

De donde resulta la verdad de esta afirmacion: «el principio práctico de mi conocimiento es cierto conocimiento y cierta ignorancia que le acompaña.» O de otro modo: «el principio práctico de mi conocimiento no es conocimiento sólo con ignorancia pura, sino conocimiento de *algo* en medio de la ignorancia.»

Y en todo ello dase asimismo, necesariamente, un sujeto al lado del objeto «cosas conocidas é ignoradas,» como que el Sr. Nieto habla de *sí mismo*, de *su* principio filosófico, de *su* conocimiento, de *su* ignorancia. De donde resulta el *principio práctico* en toda su realidad formulado así: «cosas conocidas por un sujeto en medio de su ignorancia.»

No puede darse como *principio de hecho* de la ciencia más amplia base ni de ella puede suprimirse nada. Fuera de *saber é ignorar* y del *sujeto* que sabe é ignora, ¿qué es concebible además? Por otro lado, sin sujeto todo será estéril; sin algun saber la oscuridad es impenetrable, y sin ignorancia ninguna otra luz es necesaria. Por eso el Sr. Nieto, que primeramente reconoce su principio práctico como *suyo*, consíderale luego como necesario en toda filosofía, no concibe que ésta pueda en otro empezar de distinto modo: «¿Es posible que alguna filosofía principie, que algun filósofo empiece á serlo en un momento de su vida, sin que sepa algo, sin que ignore, sin que el filósofo mismo sea un sujeto y las cosas que conoce objetos conocidos?»

2.º Un *principio lógico* es lo que sirve necesariamente de principio á *todo* un género de cosas.

La ciencia, que es un aspecto de la vida, la vida de la razón; como toda otra vida es *un proceso*. En ella dánse semillas que germinan, se desarrollan y crecen hasta fructificar á su vez. El *principio lógico* de este proceso es la semilla, que de algun modo contiene á la ulterior evolución, al ménos fijando su especie. Por esta razón, «el principio lógico no es provisional, sino definitivo,» no es transitorio como el principio práctico.

Y, ¿qué puede darse en tal sentido como principio lógico ó necesario de toda ciencia? Nada en rigor que se halle fuera de *saber é ignorar*, porque nada cabe para el sujeto fuera de estos límites. «Saber é ignorar es principio de saber.»

Lo *conocido* es la *razón ilustrada*, conociendo más ó ménos del objeto científico; es la mano del artista provista de instrumento adecuado á la ciencia, de piqueta que destruye, de cincel que labra. Lo *desconocido* es el *molde*, la sombra que se proyecta de *suyo* en el fondo de la ignorancia; sombra

que se eleva, ensancha y desarrolla, se condensa y forma cuerpo, el cuerpo de la ciencia, concrecionada á impulso de una fusion primera de la ignorancia misma por el soplete del saber de la razon. Lo *conocido*, solo, es el artífice cuya inspiracion sin materia, se desvanece en una abstraccion estéril, sin forma determinada que la haga real y útil. Lo *desconocido*, solo, es un *molde* vacío, ni siquiera sospechado.

El edificio elévase sobre *su base* que lo sostiene, y sobre *un plano* que le da forma. La *base*, lo hecho, es para el obrero lo *conocido* del edificio; y el plano, lo no hecho, es lo *desconocido*. Suprimid la *base*, y el edificio que jamás puede destacarse sobre el fondo liso de la cartulina, disiparase en el vacío ántes de su aparicion. Suprimid el *plano*, y si algo puede elevarse sobre la base dada, será lo informe, el caos, porque ni plano hemos de suponer formándose por el constructor á la par del edificio.

En la ciencia, lo *conocido* es la *base* del edificio, y lo *desconocido* el *plano*. Hay, sin embargo, esta diferencia: en el *arte* el plano es concepcion del artista, y en la *ciencia* es obra del Autor de las cosas. Aquí el plano se impone: el hombre de la ciencia es como el obrero, trabaja con sujecion á un plano dado por otro.

Tal es el principio de derecho, el principio lógico, que no puede reducirse, como algunos quieren, á «lo más sencillo y elemental—pág. 18—como si lo más sencillo y elemental no supusiera necesariamente algo que le acompaña.» «Reconocerlo todo, reconocer lo más posible, limitarse con conocimiento de lo que se incluye y de lo que se deja fuera de los límites; hé aquí el único procedimiento que se puede recomendar para afianzar la legitimidad del principio filosófico.»

La ciencia, pues, empieza de *hecho* necesariamente por *saber é ignorar*, y de igual modo empieza necesariamente de *derecho*. Lo primero impónese prácticamente: es el obrero que por costumbre trabaja, sin darse razon de lo que hace ni investigarla. Lo segundo es esto mismo, pero reconocido: es el artista que se da razon de lo que hace. Segun esto, el principio lógico es «un postulado» del principio práctico. «Tenemos, pues—pág. 19—que los dos principios de la filosofía, el prácti-

co y el teórico, el necesario de hecho y el necesario de derecho, son uno solo en dos momentos. Todo el mundo posee el primer momento, porque todo el mundo empieza en un instante dado á discurrir, y entónces sabe algo é ignora algo. El segundo momento aparece en la reflexion del filósofo; es el reconocimiento del conocimiento primitivo... Pero desde que resulta en la conciencia, despues del reconocimiento, que el principio es legítimo, que no solamente es, sino que *debe* ser el verdadero principio, pasa de hecho á ser el principio universal para el sujeto que le reconoçe.

III.

OBJETO DE LA FILOSOFÍA.

De dos modos la filosofía ha podido llamarse la investigacion de lo absoluto: proponiéndose «saberlo todo—pág. 21—ó por lo ménos, llegar á lo esencial, lo fijo, lo inmutable, lo absolutamente verdadero.»

¡Saberlo todo! Hé aquí la aspiracion insensata que sustituye á *algun saber* en el hombre por *ningun saber*, á una *vida relativa* por la *muerte* de la ciencia. ¡Saberlo todo! Hé aquí sustituidas en el hombre «las condiciones mismas que le permiten saber algo,» por otras condiciones que haciendo de él un Dios, le permitan como á éste la sabiduría infinita. ¡Saberlo todo! Hé aquí muerta la aspiracion á saber más, que constituye la vida de toda ciencia y de la filosofía por consiguiente, la muerte misma de todo saber, á la manera que toda vida necesariamente muere desarrollando en un momento dado su total proceso.

Tal aspiracion, pues, «está en abierta oposicion con la naturaleza limitada de la inteligencia humana,» en cuya limitacion fúndase la sentencia elocuente siempre de: «quien más sabe ignora más.»

«Es imposible—pág. 22—saberlo todo, ni aún en un ramo aislado de conocimientos... Cualquiera que sea y de cualquier órden la suma de conocimientos que se encierra en una conciencia, siempre es *posible* algo más.» «La razon humana ha

renunciado á la omnisapiencia;... el hombre cuerdo ha consentido en no suponerse Dios, lo que no es mucho consentir.»

Pero si el hombre renuncia á saberlo todo inmediatamente, procura llegar á este total conocimiento de otro modo: *alcanzando* lo permanente, lo invariable, el fundamento de todas las cosas.

Héle aquí de nuevo pretendiendo la omnisapiencia, y sin embargo, esto no es ménos irrealizable que lo primero: el *racionalismo* es más bien un «desvanecimiento» de la razon.

Si para saber lo fijo é invariable, contamos con lo variable y lo no fijo, aquello será *parte* de lo que se sabe al fin: lo *invariable* en este caso, «ya no es—pág. 24—el objeto de la filosofía, la cual necesita comprenderlo todo.»

Si, por el contrario, eliminamos lo variable definitivamente, ó bien por el momento «subordinándolo ú ocultándolo detrás de lo invariable,» en la realidad contamos, al ménos como sustantivo, con lo invariable nada más, y lo convertimos *entodo*.

En un caso, la filosofía excluye de hecho algo, y para comprenderlo todo, «habria otra ciencia más extensa, que seria la verdadera filosofía.»

En otro caso, no existiendo, «en el fondo, en la realidad,» más que lo invariable y lo inmóvil, y anulado lo variable, que se considera como dependiente de aquello, tendríamos en esta afirmacion su negacion misma, como en la afirmacion de un saber total ó en la negacion de la ignorancia, tenemos la negacion de todo saber, en la negacion de la muerte la desaparicion de toda vida.

Por este procedimiento «llegaremos—pág. 24—á saber cosas invariables, independientes de toda otra cosa, y de las cuales, por el contrario, todo dependerá; pero como ellas son invariables, todo estará en ellas invariablemente desde el principio y en cualquiera de sus momentos, porque no pueden ser, en dos momentos dados, distintas de sí mismas, puesto que son fijas y permanentes.» Mas «¿qué será lo que cambie y se modifique, si no cambia y se modifica lo fijo é invariable, que es la base de todo, lo que todo lo comprende?»

Las ciencias particulares, «que tienen—pág. 26—un objeto definido y parcial, aspiran legítimamente á poseerle:» «lo-

grando un objeto, tienen otro á que aspirar, y así se continúa indefinidamente.»

«La filosofía tiene un objeto total y no puede aspirar á poseerle sino en parte. La filosofía quiere comprender todas las ciencias humanas y también las sobrehumanas: desde sus límites contempla á Dios, el mundo y el alma; la inmensidad y la eternidad. Pero si de esta contemplación pasa á una absorción, se extralimita, profana lo que no le corresponde y se pierde á sí propia.»

«La filosofía que se propone conocerlo todo es metafísica. La metafísica es una ciencia que, por excepción singular, no puede conseguir su objeto. Siendo este objeto total, una vez conseguido, carecería la ciencia de objeto y caería por su propio peso.»

También la filosofía se ha propuesto «servir—pág. 27—de *fundamento* á todas las ciencias, á todos los conocimientos humanos.»

«Todas las cosas necesitan, al parecer, un fundamento, algo que las apoye, porque no subsisten por sí solas..... Este fundamento de las cosas, parece ser el más legítimo objeto de la filosofía. Siendo así todas las ciencias se apoyarían en ella.»

Pero «si todas las cosas necesitan un fundamento, ¿no será, por ventura, la filosofía alguna cosa y le necesitará también?»

«Ó no necesitan fundamento todas las cosas, y en este sentido no es necesaria la filosofía, ó si le necesitan, puede pedirse á su vez y con igual legitimidad el de la filosofía misma. Y como fuera de la filosofía sólo están las cosas á que sirve de fundamento, resulta que el de la ciencia filosófica no puede ser otro que las ciencias particulares, y que depende de ellas, así como ellas á su vez se reconocen dependientes.»

«Tenemos que unas cosas están fundadas en otras, y que la filosofía se funda en las ciencias particulares, como las ciencias particulares se fundan en ella. Por lo tanto, no es el objeto de la filosofía dar base y estabilidad á las ciencias, sino con la condición de que ella misma tenga por base las ciencias que comprende. El apoyo es recíproco: la filosofía es el sistema

planetario de las ciencias, en el cual giran todas en el vacío, sosteniendo la totalidad á cada una de las partes y todas las partes á la totalidad.»

«No es, pues, la filosofía como la tierra sobre la cual se levanta un edificio... La filosofía es el fundamento de los conocimientos particulares, y los conocimientos particulares son el fundamento de la filosofía. De donde se infiere legítimamente, que no es sólo el objeto de la filosofía prestar apoyo á las demas ciencias, sino tambien reconocer su propio apoyo.»

En la introduccion á mi Memoria, «Fuentes de conocimiento y método de enseñanza» presentada en la oposicion á la cátedra que desempeño, represento por el siguiente símil esta dependencia mutua de las ciencias y la filosofía.

«Las CIENCIAS son rios, que fertilizan los campos de la inteligencia si corren mansamente.

»De los rios, unos son pequeños; son caudalosos algunos, y todos susceptibles de ser grandes. Ninguno parte de una *fuentes* sola, incapaz de hacer un rio, ó capaz de hacer un arroyo solamente, y sí de muchas, que en sus arroyos le dan origen: afluyen todos al mar, y se confunden allí.

»Elévase el líquido del mar en vapor sutil; extiéndese sobre el nivel de aquellos rios, y se precipita en líquido más tarde: éste se pierde en las profundidades de donde aquellas fuentes emanan

»El mar, que nace de los rios, es la Ciencia misma ó la Filosofía; á quien contribuyen *las ciencias* á formar; el vapor sutil es la forma en que unas y otras toman origen de aquella..... ¡Todo lo hace el calor más ó ménos intenso del sol de la Razon!

«Tal es el círculo en que se mueve la inteligencia.»

«Desechado—pág. 29—como único el grande objeto ideal de la filosofía, ¿cuál otro queda necesariamente, y de tal manera, que comprenda todos los demas?»

«El que empieza sabiendo algo é ignorando algo, se propone inevitablemente saber más é ignorar ménos..... El objeto de la filosofía es necesariamente conocer más.»

«Pero ¿comprende el *conocer más* todo el objeto de la filosofía?... En cuanto ciencia, en cuanto conocimiento, dentro de los límites de lo conocido, todo lo que sucede continuando la ciencia, es aumentarse, y mientras continúe la ciencia, no puede suceder otra cosa.»

«En más saber—pág. 30—cabe todo saber, y hasta en rigor cabría el saber total, la ciencia absoluta, si fuera posible... Saberlo todo, por el contrario, *excluye más saber.*»

«Este es un objeto de hecho al que reconozco derecho, ó sea legitimidad de ser, en el doble concepto de ser propuesto como fin y como fin realizable.»

«No por eso deja el saber total de aparecer en mi conciencia como fin supremo, aunque no halle forma de realizarle.»

Tal es la ciencia en sus aspiraciones, y como ella constituye la vida del espíritu, puede legítimamente afirmarse que ésta consiste en conocer: su principio, conocer é ignorar, y su objeto, conocer más.

IV.

MEDIOS ENTRE EL PRINCIPIO Y EL OBJETO FILOSÓFICO.

«Los medios—pág. 30—para llegar al fin de la filosofía constituyen el *método* filosófico.»

«El método en filosofía—pág. 40—es salir del principio y pasar á un fin, que nunca es el último fin.»

De donde resulta, encerrados en estos límites, que «el método filosófico es la filosofía misma en acción.»

La filosofía empieza por saber é ignorar algo, y trata de *saber más*. Para ello, por la misma razón que es necesario un principio práctico, es igualmente necesario un procedimiento filosófico, un método práctico también: no basta que el discurso empiece, es indispensable que la filosofía continúe. Según esto «el método es el mismo principio que se conserva: *saber é ignorar.*» Pero no es idénticamente el saber é ignorar del principio, en cuyo caso, sin salir de aquí ó estacionado, no sería *un más allá* de igual orden, no sería el método: es el *mismo saber y otro saber* además!

La agregación de todo *otro* saber al saber del principio,

constituye la *síntesis*. La separación ó distinción de un saber que no lo era al principio, constituye la *análisis*. La *síntesis* y la *análisis* son el *método filosófico* necesario.

No puede haber otro método filosófico legítimo. Partiendo del principio, no cabe otra cosa que subsistir en la identidad ó distinguirse: si lo primero, no hay método, hay estacionamiento en el principio; si lo segundo, algo se separa (*análisis*) sin dejar de ser totalmente (*síntesis*) el mismo principio, algo se divide (*análisis*) sin perder su unidad (*síntesis*), algo se polariza (*análisis*) conservándose el todo (*síntesis*).

«Así, pues—pág. 32—como comprendo en la *análisis* todo lo que se *puede distinguir* del principio, y en la *síntesis* todo lo que se *puede conservar y refundir* en él, creo comprender en el método, compuesto por ámbos procedimientos, todos los métodos posibles.»

Sea cualquiera «el método ó procedimiento filosófico, ha de definirse en algún sentido para ser método real y positivo,» y esta definición será *una análisis*. Pero «la definición en *un* sentido trae consigo otra necesidad, la *indefinición* en *otros* sentidos, ó sea la conservación, respecto de ellos, de la identidad del principio, á la que llamamos *síntesis*.»

«Desde luego—pág. 34—se ve que no es lícito en filosofía ni en ciencia alguna, adoptar uno de estos procedimientos exclusivamente y desechar el otro. La *síntesis* se levanta por sí misma al lado de la *análisis*; y aunque filosofando se analiza por necesidad, por necesidad también, y en el momento mismo, se sintetiza: se analiza, porque es preciso distinguir algo, adelantar sobre el principio; se sintetiza, porque es preciso no abandonar el principio, pues en el caso de abandonarle, no haríamos más que volver á principiar eternamente, pero nunca distinguiríamos alguna cosa sobre el principio mismo.»

El método filosófico, pues, hállase constituido por la mitad de ámbos procedimientos, de la *síntesis* y la *análisis*.

Dichos procedimientos, sin embargo, como *parte* cada uno de ellos del método filosófico que constituyen unidos, distínguense entre sí en medio de su identidad, y cabe al filósofo considerar *abstractamente* ó por separado un método analítico y un método sintético.

«Semejante abstraccion se realiza de algun modo en el orden de las cosas.»

Las *ciencias particulares*, que dentro de sus límites aceptan la filosofía «sin estudiarla, esto es, sin estudiarse á sí propias en lo que tienen de más fundamental,» «proceden de una síntesis que no se estudia... Son, pues, *analíticas* en este sentido.»

Pero además, «las ciencias particulares empiezan con una tésis y la analizan sintetizando.»

La filosofía, como ciencia la más general, «es la única que *necesita* legitimar su síntesis por medio de otra síntesis más vasta,» elevándose para ello «sobre sí misma,» y en este sentido «es esencialmente sintética.»

Aparte de esto, *procediendo* la filosofía á distinguir alguna cosa (análisis) de su principio, con el cual la identifica (síntesis) al propio tiempo, el principio mismo, movilizado, se hace otro (análisis) sin dejar de ser el mismo (síntesis). Considerado sólo el primer aspecto, el principio se define cada vez más pasando á ser principio de una ciencia particular, y considerado el segundo solamente, aquel se indefine refluyendo al centro del estado filosófico.

«De esta manera, la filosofía puede descender con el análisis á las últimas particularidades... hasta perderse en la realidad fenomenal, y por el camino contrario, se evapora de generalidad en generalidad, hasta llegar á la abstraccion pura del saber y de su límite.»

«La filosofía se realiza por las ciencias particulares, y éstas por la filosofía:» «la síntesis y la análisis se acompañan mutuamente» en esta determinacion recíproca, marchando «progresivamente en el sentido de la análisis (conocimiento experimental) y regresivamente en el de la síntesis (filosofía).»

«El método es análisis y síntesis simultáneas y sucesivas: cuando *en la sucesion* la síntesis precede á la análisis, el método puede llamarse progresivo, y por el contrario, regresivo cuando la análisis precede á la síntesis.» «El método de la ciencia, en general, es siempre sintético y regresivo respecto de las ciencias definidas; analítico y progresivo respecto de una síntesis indefinida.» En un sentido, cada vez es más vasta la síntesis, y en el otro «cada vez es más minuciosa la análisis.»

Toda particularización, «lleva—pág. 37—en la dirección de la análisis (ciencias particulares),» y la generalización «en el de la síntesis (filosofía):» «lo uno y lo otro se hace á beneficio de sub-análisis y sub-síntesis, que constituyen, unidas en el sentido filosófico, una síntesis respecto de las ciencias, y en el sentido de las ciencias, una análisis respecto de la filosofía. La síntesis-análisis filosófica es síntesis de los conocimientos particulares; las síntesis-análisis parciales son análisis de una síntesis más comprensiva.»

En la Memoria, anteriormente citada, representó la evolución científica de este modo:

«Una ciencia en su historia, representa la figura de un cono, cuya altura no puede señalarse: tiene el punto de partida en la base que forman los hechos ántes de ser ordenados; después se estrecha más y más á medida que aquellos se generalizan: hallar la unidad, el punto que se representa en el vértice del cono, es la aspiración del sábio: ¡vano intento que daría por resultado estacionar la ciencia, truncarla con el cono, pues el progreso se eleva sobre su base, ó crece el eje, y el cuerpo se abulta más ó se desarrolla la ciencia y se perfecciona, quedando solamente la base estacionada, el punto de partida del saber.»

Hallar el vértice del cono, realizarse por completo el esquema de la ciencia, sería llegar al saber total, á la ciencia absoluta: solamente como aspiración puede darse acabada la figura que la representa. Dicho punto huye á medida que más de cerca se le toca, mediante el abultamiento del cono, la prolongación de su eje: para ello, el cono anteriormente hecho (síntesis) se descompone (análisis) sin desaparecer la base, recomponiéndose de nuevo (síntesis) mediante la adición de aquellos elementos. El trabajo total límitase por dos síntesis: la de la tesis que da principio á la ciencia y la síntesis hecha últimamente, mediando entre ambas mayor ó menor número de síntesis y análisis sucesivas (sub-síntesis y sub-análisis).

Esto, asimismo, puede decirse de la filosofía y las ciencias particulares en su mútua dependencia: el cono supuesto recordando su manera de evolución, representa igualmente á la una y las otras.

También entre la filosofía y las ciencias particulares hay de comun la base del cono: aquella y éstas cuentan igual edad de existencia. A partir de aquí, fórmase el cono por la adición de otros concéntricos sobre la base comun, resultando al fin un solo cono si se borran los tiempos de su formación sucesiva: la multiplicidad de conos determina la totalidad, y ésta comprende á aquella. No hay posibilidad de lo uno sin lo otro. Tomemos, sin embargo, como punto de vista, la totalidad del cono, prescindiendo de los tiempos de su formación sucesiva, de la multiplicidad de conos que comprende, y tendremos la *filosofía*: á partir de aquí (síntesis), descompongamos el cono (análisis) en tantos otros parciales (ciencias particulares) como tiempos se supongan al formarse (método progresivo). Tomemos, por el contrario, como punto de vista los conos parciales, los tiempos de nueva formación del cono total, prescindiendo de la totalidad misma, y tendremos las *ciencias particulares*: á partir de aquí (análisis), unifiquemos los conos parciales (síntesis) llegando á la formación de uno solo (filosofía) que los comprenda (método regresivo).

«Infiérese de aquí—pág. 37—que el carácter particular del método filosófico es el ser método en general, y no tal ó cual método.» Siendo el principio de la filosofía *saber é ignorar*, lo que no excluye, ántes bien exige que al todo del principio, considerado como parte, se añadan, procedentes de una totalidad indeterminada, otras partes que hacen de aquel, realizando el proceso científico, un todo cada vez más comprensivo, «el método filosófico no puede encerrarse, como el de las ciencias en particular, en el análisis de una síntesis determinada.»

«Es, pues, contradictorio—pág. 39—poner un calificativo al método filosófico. Sólo puede llamársele sintético respecto de las ciencias particulares, como se le llama analítico respecto de la ciencia más general é indefinida.»

Los métodos dogmático, empírico, psicológico, erítico, etc., opónense á «la libre evolución de la filosofía.»

El *método dogmático*, que empieza estableciendo una síntesis definida é invariable, «impide concebir cosa alguna fuera del principio establecido dogmáticamente, y, por lo tanto,

corta los vuelos de la síntesis, y hace de la filosofía una ciencia particular.»

«El *empirismo* nos lleva sin brújula por el terreno de una análisis y una síntesis inconscientes de sí propias, y no puede llamarse método filosófico, porque la filosofía exige el reconocimiento de lo que se hace.»

«El procedimiento puramente *analítico* desconoce la necesidad de una síntesis correlativa á toda análisis.»

El *método psicológico*, que consiste «en la análisis y la síntesis dentro de la conciencia,» «excluye sistemáticamente y con grave perjuicio la realidad exterior, poniéndola bajo la dependencia de la interioridad.»

«El *método crítico*, más recomendable que los anteriores, antepone, sin embargo, la duda á la creencia, gira sólo en los límites del saber, y no cuenta con la ignorancia, que si por una parte limita el saber, haciendo dudar, por otra sufre á su vez una limitación positiva, que obliga á afirmar alguna cosa.»

TEORÍA GENERAL DE LA PROPOSICION.

«El discurso filosófico—pág. 41—se establece y adelanta por medio de proposiciones.»

Todo el que piensa se *propone* á sí propio cosas que su reflexión admite ó desecha; «el filósofo no hace más que *proponer* asimismo pensamientos á la reflexión de los demás:» «la proposición es la forma visible del pensamiento y de la filosofía.»

«Sin la proposición ninguna filosofía sería posible.»

La proposición «es lo determinado, lo hecho:» nunca, pues, «lo encierra todo dentro de lo que define.» De donde se infiere «que la filosofía nunca podrá encerrarse en una proposición, ni aún dentro de una serie de proposiciones.»

«La filosofía parte siempre de todo lo que se sabe y de lo que se ignora; desde aquí se modifica, marchando hácia su fin... y toda proposición debe ser algo conocido, que deja fuera de sus términos algo que se ignora. Sólo suponiendo á la filosofía llegada al fin imaginario de conocerlo todo, sería legítimo reducirla á proposiciones.»

«Y, sin embargo, la filosofía no puede representarse de otro modo.» Cualquiera otra forma que venga á sustituir á la proposicion, habrá de *proponerse*: se representará «por medio de nuevas proposiciones.» Solamente se eluden los inconvenientes de la proposicion «reconociéndolos y dándoles su verdadero valor.»

«La proposicion tiene un valor limitado á lo que comprende; y establece, al propio tiempo que esta limitacion, lo que deja fuera de ella.»

«Por eso se fijó Hegel eminentemente en el *desarrollo* de la proposicion, más que en la proposicion misma; en su contenido actual.»

En efecto, «la proposicion se *desarrolla*; mas no porque estén contenidas *virtualmente* en ella sus edades sucesivas. Se desarrolla en virtud de ella misma, y de lo que desde luego la acompaña; de lo encerrado en sus límites y de lo que queda fuera de sus límites.»

La filosofía se desarrolla por medio del método (síntesis y análisis), que representa la *nutricion* de la vida: la *proposicion* es la *funcion circulatoria* de esta vida nutritiva.

Desarrollándose la ciencia se define, y su definicion sucesiva, como su método, es una síntesis y una análisis, cuya «expresion ó fórmula es lo que se llama una *proposicion*:» la proposicion, pues, es «analítica y sintética á la par,» como el método, y como él «puede determinar particularmente uno de dichos términos, y merecer el nombre de analítica ó de sintética.»

«La proposicion sintética es la que se limita á unir con un saber otro saber distinto; á expresar la identificacion con la síntesis primitiva de *otro* conocimiento distinto de ella,» como por ejemplo: *todo lo que sucede necesita una causa*.

«La proposicion analítica es la que se limita á separar de un saber una de las partes que contiene; á expresar la distincion, dentro de la síntesis primitiva, de uno de los elementos que la constituyen,» como por ejemplo: *el todo contiene las partes*.

«La proposicion sintetiza algo, puesto que expresa por medio de la cópula la relacion que hay entre el sujeto y el predi-

cado, y toda proposición analiza igualmente, porque es una fórmula en que aparecen separados y distintos los mismos términos que se relacionan.» «El segundo miembro de los unidos por la cópula es siempre *otro* y el *mismo* que el primero.»

En la proposición sintética, el segundo miembro sin la cópula «es *otro* que el primero,» es totalmente distinto; en la analítica, es sólo distinto «en cuanto es *una parte* del primero.»

El primer miembro de la proposición analítica ó de la proposición sintética, si es algo determinado en el primer caso y si constituye un todo en el segundo, puede siempre figurar como primer miembro de *otra* proposición sintética ó analítica. El *todo*, sujeto de la proposición analítica indicada, puede serlo de la sintética: *Todo está en algún sitio*. De igual modo, *lo que sucede*, primer miembro de la proposición sintética, puede serlo de la analítica: *Lo que sucede es algo*.

La proposición sintética establece algo superior á sus términos, considerados aisladamente; «la proposición analítica no establece nada superior» á ellos.

«La proposición sintética procede analizando á sintetizar; la analítica parte de la síntesis, y la analiza destacando alguna de sus partes.»

«Cuando el primer miembro de la proposición es tomado como una parte, tiene la proposición el carácter sintético, á ménos que signifique la identidad de esa parte consigo misma.»

«Cuando dicho primer miembro es un todo, la proposición puede ser analítica ó sintética: analítica, en cuanto expresa el mismo ó partes encerradas dentro de él; sintética, en cuanto le añade algo exterior.»

«Hay proposiciones sintéticas *á priori* ó necesarias, porque una síntesis cualquiera es siempre necesaria.»

F. ROMERO BLANCO,



IDEAS

SOBRE ORGANIZACION MILITAR

Hoy que las naciones aumentan en importancia, procurando figurar dignamente en el concierto europeo, merced al poderoso influjo de un respetable número de bayonetas, que asegure su predominio é influencia, obligando á las demas á que les rindan consideracion y respeto, parecenos muy conveniente convertir nuestras miradas al puesto que España ocupa y al que pudiera conquistar con justicia, á ser otra su organizacion militar.

Hoy, por efecto de nuestra política de abstencion y de nuestra primitiva organizacion militar, pasaríamos desapercibidos á los ojos de Europa si no llegara á todas partes el estruendo de nuestras discordias intestinas.

Algunos verdaderos políticos, que atienden ante todo al bien de su patria y desean que entremos en la corriente política de las potencias europeas, han tratado de poner remedio al mal; pero equivocaron el camino, á nuestro juicio, por haber querido imitar á otras naciones. Dotados de imaginacion viva y pronta para la concepcion, parecemos, no obstante, incapaces de pensar seria y reposadamente, y sobre todo, de llevar á la práctica nuestros á veces luminosos proyectos. Parece como que carecemos de originalidad, á pesar de las brillantes dotes naturales de algunos hombres que descuellan en las ciencias y en la política. Se trata de constituirnos é imitamos torpemente la llamada Constitucion inglesa, sin cuidarnos de ave-

riguar si, no obstante ser tan buena, como con razon se afirma, sirve para un país que carece completamente de educacion política y que difiere tanto de Inglaterra en carácter y en costumbres. Si volvemos la vista á nuestros hombres políticos, advertiremos que, acaso el de más altas cualidades, funda por ventura su ambicion en implantar una política igual á la del jefe de un partido francés análogo al suyo; sin considerar que aquel es otro país, que es otra su poblacion, que son otros sus intereses y que es muy distinto el momento histórico en que está. Así podríamos ir citando hasta las cosas más insignificantes que suceden en nuestra patria; pero abandonaremos esta ingrata tarea para fijarnos solamente en la ley militar.

Sin tener en cuenta nuestro carácter ni nuestras condiciones, se nos quiso aplicar repentinamente la ley alemana. Los resultados que da en Prusia esta ley son excelentes; pero los que dió en España son de todos conocidos por lo detestable. Volvimos despues á nuestra primitiva organizacion, sin tratar de buscar un medio que conciliase las necesidades modernas con nuestro carácter y principalmente con la escasez de nuestros recursos.

Creemos con firme conviccion que esta fórmula se hubiera encontrado buscándola con un criterio ajeno de doctrinas particulares; pero es tan corta la vida política entre nosotros, que las medidas que adoptamos han de dar resultados inmediatos á los mismos que la dictan, y no nos ocupamos nunca en sembrar para que recojan el fruto los que nos sucedan. Este es uno de los más grandes males que padece nuestra desdichada nacion.

Al someter nuestras ideas á la consideracion del público, creemos que siempre nos quedará el consuelo de haber pensado en el bien de nuestra patria, contribuyendo por nuestra parte, siquiera sea débilmente, á que se procure resolver la difícil y trascendental cuestion que nos ocupa.

El servicio obligatorio y sin excepcion es la base fundamental de la organizacion que proponemos. No se nos ocultan los inconvenientes que á primera vista presenta; pero creemos que, examinándolos detenidamente, se verá que no tienen más ra-

zon de ser que con el sistema vigente, y que será más bien poderosa ayuda para eytirpar muchos de nuestros endémicos males. Si nos fijamos en el carácter levantisco é insubordinado de nuestros compatriotas, parece imposible que se pueda llevar á cabo en España, un proyecto que al parecer, no sólo hace más fácil la rebelion, sino que convierte á los toscos aldeanos en soldados aguerridos. Pero, ¿se evitan acaso las sublevaciones con la ley militar vigente? Todos los dias se levantan partidas que, si bien están faltas de organizacion, no carecen nunca de armas ni dejan de ocasionar grandes conflictos á los gobiernos. Es indudable que si el pueblo, aleccionado é instruido por la nacion para el servicio de las armas, se levanta alguna vez, tendrá mucho adelantado para conseguir su objeto. Pero si esta consideracion debe detenernos, síguese que es necesario decretar la ignorancia obligatoria. Cuanto más instruccion tenga un pueblo, tantos más elementos de éxito tendrá para cualquier empresa á que se dedique. No debemos buscar la tranquilidad por el camino de la ignorancia, pues esto no es posible hoy dia. El pueblo no es ya tan ignorante que considere al rico como á su señor, ni está desgraciadamente bastante instruido para saber distinguir el engaño entre las halagüeñas palabras de aquellos que le explotan en beneficio propio. Nó; la paz nos la ha de dar el convencimiento de sus beneficios. Instruir al pueblo lo suficiente para que comprenda que no es nunca más que el instrumento, y que, como tal, es el único que da los golpes—y que un arma cualquiera, por bien templado que su acero esté, se descompone, se desgasta y se rompe—es, á decir verdad, lo que importa. Comprendo cuán difícil es conseguir este resultado; mas para obtenerlo no debemos perdonar medio alguno. Empecemos por hacerle experimentar más directamente los males que los mismos pueblos se originan con luchas y discordias continuas. No le impongamos la pena sin darle á conocer la falta. Tomemos al ciudadano desde la edad de diez y seis años, en que empezaremos á inculcarle principios de subordinacion y disciplina, á fin de que cuando llegue á ser hombre tenga ya la costumbre de obedecer y conozca la pena en que incurre si falta á la ordenanza á que está sujeto. Téngase en cuenta, por lo tanto, que no queremos entregar armas al pueblo

de hoy y que se las daremos á un pueblo convenientemente educado, preparando desde la edad de diez y seis años á todos los ciudadanos. Este pueblo, sujeto á la ley militar, que debería aplicársele en todo su rigor, se resistiría poco á poco á las sublevaciones é insurrecciones hasta que desaparecieran estas por completo. Hoy es casi imposible averiguar quiénes han formado en las filas de algunas partidas sediciosas, y áun sabiéndolo no se les puede aplicar un fuerte castigo, por ser siempre de procedencia civil casi en su totalidad. Con nuestra organizacion, apénas estuviera formada una partida, podria determinarse la naturaleza, profesion, domicilio y estado de todos y cada uno de los individuos que en ella militarán; y como éstos habrian de ser en su mayor número soldados, se les podria aplicar la ordenanza en todo su rigor, sin que pudieran alegar ignorancia de la pena en que habian incurrido. El hombre, sabedor de que deja su familia y hacienda en manos de sus enemigos, opondrá mayores dificultades á sublevarse que aquel que de antemano tiene asegurada una impunidad que se funda en la dificultad en que está el Gobierno de saber si se ha encontrado entre los rebeldes, y áun sabiéndolo, en la imposibilidad en que está de comprobarlo. ¡Cuán distinto no seria el caso, si ántes de sublevarse supiese el rebelde que si volvía á su hogar habia de ser irremisiblemente fusilado! Natural es el egoismo en toda persona, y nosotros tratamos de explotarlo en beneficio general. Preséntase, por ejemplo, una partida en el distrito que manda un teniente; pues el distrito tiene la obligacion de perseguirla, y si no bastasen las fuerzas de éste á disolverla ántes de ocho dias, tendrá que satisfacer los gastos que la movilizacion de las reservas de los distritos vecinos hubiera de ocasionar.

Vistas y refutadas á nuestro parecer las objeciones que se nos puedan hacer, vamos á bosquejar á grandes rasgos las inmensas ventajas de nuestro proyecto. Los mozos que en España cumplen 20 años en cada año, son unos 150.000. Rebañando de estos, por unas causas ó por otras, el 25 por 100, tendremos 112.000 soldados al año. El tiempo que éstos estuvieran en el ejército activo habria de depender del contingente que las Córtes votasen, pudiendo variar su duracion de seis

meses á un año, con cuya simple disposicion podria elevarse al doble el número de nuestros soldados sobre las armas. El ingreso en las filas deberia hacerse el 1.º de Enero, el 1.º de Abril, el 1.º de Julio y el 1.º de Octubre de cada año, sea cual fuere la duracion del servicio. Así se conseguiria tener siempre un ejército que podria llamarse veterano á pesar de ser bisoños todos sus soldados.

Los cuerpos de caballería, artillería é ingenieros, estarian mucho mejor servidos, pues sus soldados estarian ya al ingresar en ellos completamente instruidos, y eligiéndose éstos entre los más aventajados del arma de infantería, claro está que estos cuerpos podrian presentar como modelo á cualquier soldado que hubiera merecido la distincion de servir en ellos.

El número de combatientes que se podria poner en pié de guerra, en ménos de un mes, seria siempre más que suficiente á cubrir las necesidades del país. Pudiendo movilizarse la primera y la segunda reserva, serian soldados aleccionados y útiles para la defensa de la patria, casi todos los españoles de 20 á 35 años.

Los gastos serian insignificantes en tiempo de paz si se atiende al gran número de soldados de que se dispone. El presupuesto de los gastos de las reservas puede decirse que no pasaria del 25 por 100 del importe de los sueldos de los oficiales destinados á organizarlas y mandarlas.

CAPÍTULO I.

DEL SERVICIO EN GENERAL Y DEL ARMA DE INFANTERÍA.

Artículo 1.º Todo español es soldado desde los 20 á los 40 años y está sujeto á la ordenanza militar.

Art. 2.º Todos los que se hallen sujetos á la ley militar hasta los 40 años, pertenecerán necesariamente al arma de infantería.

Art. 3.º En tiempo de paz, los soldados servirán en el ejército activo el período suficiente para que se pueda comprobar si están al corriente de todos los deberes y obligaciones del

soldado, tanto en la paz como en la guerra, y pasarán luego á las reservas.

Art. 4.º Los soldados de la primera reserva están obligados á asistir á las lecciones y ejercicios que fije el jefe militar del distrito á que pertenezcan.

Art. 5.º Todos los jóvenes de 16 á 20 años se hallan comprendidos en las disposiciones del artículo anterior.

Art. 6.º Estas lecciones y ejercicios sólo se verificarán en los dias festivos.

Art. 7.º En la época de paz la duracion del servicio activo no bajará de seis meses ni pasará de un año.

Art. 8.º Aquellos que en este exámen no demuestren su aptitud para el servicio de las armas, serán destinados durante ocho años á todas las ocupaciones mecánicas de los cuarteles. Cumplido este tiempo recibirán su licencia absoluta.

Art. 9.º En tiempo de guerra el Gobierno llamará las reservas con arreglo á la fecha de su respectiva formacion, y las conservará sobre las armas tanto tiempo como exigieren las necesidades del país.

Art. 10. Los soldados del arma de infantería, recibirán al regresar á sus hogares todo su vestuario y correaje, no pudiendo pasar á la segunda ó á la tercera reserva si no hubiesen satisfecho su importe.

Art. 11. Los soldados de las reservas no podrán haer uso del uniforme sino para actos del servicio, por más que pase á ser propiedad particular tan luego como su coste sea satisfecho.

Art. 12. La primera y segunda reservas pasarán revista á lo ménos una vez al mes y tendrán que presentarse con uniforme, siendo de cuenta de los interesados el reponerlo si se hubiera deteriorado.

Art. 13. En tiempo de guerra el Gobierno fijará el haber del soldado de las reservas.

Art. 14. Los soldados que se hallen en servicio activo para los efectos del art. 3.º, no recibirán gratificacion alguna en tiempo de paz, y en tiempo de guerra la recibirán menor que las de las reservas.

Art. 15. Los comprendidos en el art. 8.º tendrán una gra-

tificación módica, no recibirán uniforme al cumplir sus ocho años de servicio, y durante este tiempo, no lo vestirán igual al de los soldados que estén en activo servicio.

Art. 16. Los cargos de cabo y sargento de las reservas serán honoríficos y no supondrán gratificación alguna en tiempo de paz, excepcion hecha de los que se citan en el artículo 7.º del cap. 2.º

CAPÍTULO II.

DE LA CABALLERÍA Y LOS CUERPOS FACULTATIVOS.

Artículo 1.º Los jefes de distrito cuidarán de señalar á aquellos que durante los cuatro años de lecciones y ejercicios, dispuestos por el art. 5.º del cap. I, se hayan distinguido más por su aptitud para el servicio de las armas.

Art. 2.º En el tiempo que dure el servicio activo, se elegirá entre los que vengan señalados por los jefes de distrito á aquellos que más se distinguan.

Art. 3.º Estos serán destinados al arma de caballería y á los cuerpos facultativos en los que servirán cuatro años al ménos.

Art. 4.º Durante este servicio percibirán una gratificación.

Art. 5.º Una vez cumplido el tiempo de servicio recibirán su licencia absoluta.

Art. 6.º Estos licenciados serán preferidos para todos los empleos del Estado, habida consideracion á sus condiciones personales.

Art. 7.º Si al volver á sus casas desearan ingresar en las reservas, serán admitidos con el grado de cabo ó sargento y destinados á instruccion. Serán los únicos subalternos retribuidos por el Estado, y sólo los sargentos de esta procedencia podrán ascender á oficiales.

Art. 8.º Solamente á falta de solicitud de soldado facultativo podrán ser admitidos en los cuerpos de guardia civil, rural, carabineros, etc., los soldados de otra procedencia.

Art. 9.º Una mala nota en la hoja de servicios ó en su conducta posterior al licenciamiento, les privará de todos estos privilegios.

DEL CUERPO DE INGENIEROS.

Art. 10. El cuerpo de Ingenieros elegirá sus soldados entre los que tengan un oficio que los prepare convenientemente para este ramo.

Art. 11. Servirán el mismo tiempo que los soldados de artillería y caballería, y gozarán de todos sus privilegios, exceptuando los señalados en el art. 7.º de este capítulo, á ménos que hubieran venido de sus distritos con la nota de muy distinguidos que se exige para ingresar en los otros cuerpos.

Art. 12. Al recibir su licencia absoluta podrán exigir siempre que lo merezcan, un despacho que les acredite como maestros de su oficio, pudiendo usar el título de «maestro de... del cuerpo de ingenieros,» siendo preferidos por los ayuntamientos y diputaciones para el desempeño de cualquier trabajo concerniente á su oficio.

CAPÍTULO III.

ORGANIZACION DE LAS RESERVAS.

Artículo 1.º Terminado el servicio activo, los soldados pasarán á la primera reserva, en la que permanecerán hasta los 30 años.

Art. 2.º A los 30 años, ingresarán en la segunda, y á los 35 pasarán á la tercera, en la que servirán hasta los 40 años, época en que recibirán su licencia absoluta.

Art. 3.º Tienen derecho á pasar á la segunda reserva, tan luego como terminen su servicio en el ejército activo:

- A. Los estudiantes.
- B. Los que conocidamente ejerzan un oficio.
- C. Los que teniendo un título académico no lo ejerzan.
- D. Los que la ley vigente de quintas exceptúa del servicio militar por circunstancias especiales, como por ser hijo único de viuda pobre, etc.

E. Los casados.

F. Los labradores que paguen una contribucion de...

Art. 4.º Estos servirán en la segunda reserva, sea cual

fuere la época en que ingresaren en ella, hasta la edad de 35 años, que es la fijada para pasar á la tercera.

Art. 5.º Pueden ingresar en la tercera reserva, tan pronto como hayan cumplido el término fijado para el servicio activo, bien se encuentren en la primera ó en la segunda los siguientes:

A. Los que teniendo un título académico lo ejerzan.

B. Los artistas cuyas obras hayan obtenido por lo ménos una mencion honorífica en algun certámen oficial.

C. Los escritores que sean reconocidos como tales, teniendo en cuenta para ello las condiciones que generalmente se exigen para el ingreso en las asociaciones de esta clase.

D. Los fabricantes.

E. Los comerciantes y banqueros que tengan casa abierta.

F. Los sacerdotes.

G. (1)

Art. 6.º Nadie podrá pasar de la primera á la segunda reserva ántes de cumplir la edad fijada, sin haber satisfecho al Estado la mitad del importe total del coste de su vestuario y armamento, ni de ésta á la tercera sin satisfacer la otra mitad; entendiéndose, por consiguiente, que los que llenando las condiciones citadas en el art. 5.º de este capítulo, pasen de la primera á la tercera deberán abonar el importe total.

Art. 7.º La segunda reserva no podrá movilizarse sino en caso de gran peligro para la patria; la tercera no podrá serlo nunca y únicamente cuando lo sea la segunda se la armará para defender sus hogares.

Art. 8.º Los jóvenes de 16 á 20 años serán considerados en tiempo de paz en todo y por todo, excepto en lo de estar sujetos á la ordenanza militar, como pertenecientes á la primera reserva. En tiempo de guerra, formarán con la segunda, siempre y cuando ésta no se movilice, en cuyo caso formarán en la tercera.

Art. 9.º Nadie podrá eximirse del servicio preparatorio que se exige á los jóvenes desde los 16 á los 20 años.

(1) Para llenar este párrafo seria necesaria una ley, por cierto muy sencilla, que convirtiera la mal llamada carrera administrativa en una verdadera profesion.

EXENCIONES.

Artículo único. Los que exceptúe la ley por defectos físicos.

CAPÍTULO IV.

ORGANIZACION.

Artículo 1.º En todas las capitales de provincias habrá un brigadier ó general, que será el jefe militar responsable de aquel departamento y tendrá á sus órdenes:

a. 2 coroneles.

b. 4 comandantes.

c. 8 capitanes.

d. 16 tenientes.

e. 64 alféreces.

f. Tantos sargentos primeros y segundos y cabos como necesarios fueren para el buen servicio y fines que se proponen.

Art. 2.º El brigadier ó general cuidará de colocar los coroneles en los dos puntos más importantes de la provincia y de que no estén nunca juntos dos jefes de la misma graduacion.

Art. 3.º Cada coronel procurará que los dos comandantes puestos á sus órdenes estén en los dos puntos más importantes de la media provincia de su mando.

Art. 4.ª Cada comandante procurará que los dos capitanes puestos á sus órdenes estén en los dos puntos más importantes del cuarto de provincia de su mando.

Art. 5.º Cada capitan cuidará de que los tenientes puestos á sus órdenes estén en los dos puntos más importantes del octavo de provincia de su mando.

Art. 6.º Cada teniente cuidará de que los cuatro alféreces puestos á sus órdenes estén en los cuatro puntos más importantes del 16.º de provincia de su mando.

Art. 7.º Los alféreces propondrán al brigadier, por medio de su capitan respectivo, los nombramientos de sargentos y

cabos que sean necesarios en el 64.º de provincia de su mando.

Art. 8.º Los alféreces cuidarán también de que en todo el territorio de su mando no haya un solo pueblo ni caserío donde la autoridad militar no esté representada, ya por un cabo, ya por un sargento, según su importancia.

Art. 9.º El brigadier ó general es responsable de cuanto ocurra en su provincia, pudiendo particularmente exigirse la responsabilidad á quien corresponda hasta el alférez inclusive.

SERVICIO.

Art. 10. Los alféreces reunirán necesariamente todos los domingos á todos los mozos de la primera reserva del territorio de su mando, y los aleccionarán y obligarán á hacer el ejercicio (1).

Art. 11. También irán todos los mozos que hayan cumplido 16 años, y serán objeto de una particular atención por parte del alférez, para los efectos del art. 1.º del cap. II.

Art. 12. Se procurará hacer la menor variación posible en la oficialidad, á fin de que ésta conozca personalmente á todos y cada uno de los soldados.

Art. 13. Los tenientes reunirán todos los primeros domingos de cada mes á todas las tropas de la primera y segunda reserva de su mando, pasarán revista á sus uniformes y las obligarán á hacer el ejercicio.

Art. 14. Asistirán también los mozos de 16 á 20 años, que serán examinados particularmente por el teniente, quien corroborará ó modificará las observaciones hechas por los alféreces.

Art. 15. Los capitanes reunirán la primera y segunda reserva de su mando, lo ménos cuatro veces al año, durante todo un día, haciendo ejercicio de fuego, si en el depósito de

(1) En tiempo de cosecha y grandes trabajos del campo, según la localidad, el alférez los eximirá de este servicio: que desquitará cuando los campos no exijan el servicio constante de los labradores.

que el capitán es responsable hubiese armamento de esta clase.

Art. 16. Los capitanes modificarán ó aprobarán las observaciones que los tenientes y alféreces á sus órdenes hayan hecho de los mozos de 16 á 20 años.

Art. 17. Los capitanes tendrán en los puntos donde residan un depósito de armas y municiones, de cuya custodia serán responsables.

Art. 18. A petición del alférez, cursada por el teniente, con la aprobación del comandante y orden del coronel correspondiente, el capitán entregará al alférez los fusiles y municiones que éste crea necesarios para enseñar á los mozos de 16 á 20 años el manejo del arma y el ejercicio de fuego.

Art. 19. El alférez será responsable de las armas que se le entreguen, y por ningún concepto estarán éstas en poder de los mozos más tiempo del que durare el ejercicio, entendiéndose que en los intermedios deben quedar depositadas en casa del alférez ú otra persona que éste designe bajo su responsabilidad.

Art. 20. Los comandantes podrán reunir la primera y segunda reserva de su mando una vez al año, aprovechando la circunstancia de venir dos ó más días festivos seguidos y harán maniobrar á los soldados.

Art. 21. Los comandantes exigirán de sus subalternos un parte semanal, á lo ménos, en tiempos normales, y tantos extraordinarios como las circunstancias exijan.

Art. 22. Se comunicarán á los coroneles todos aquellos que ofrezcan algún interés, y no se tomará ninguna medida en casos extraordinarios sin consultar al coronel, á ménos que la urgencia del caso lo exigiera, debiendo dar cuenta tan luego como le sea posible, de la medida que se hubiese tomado para su aprobación ó modificación.

CAPITULO V.

MOVILIZACION.

- 1.º En tiempo de paz las reservas son inamovibles.
- 2.º No se considerarán como movilizadas las reservas, cuando por interés del distrito las organice el teniente ó alfé-

rez para perseguir alguna partida de ladrones ó una faccion política, siempre y cuando no salgan del territorio del mando del teniente, y no estén quince dias sobre las armas.

3.º Tampoco se considerarán como movilizadas cuando se reunan para los efectos señalados en los artículos 10, 13, 15 y 20 del cap. IV.

4.º En tiempo de guerra, el Gobierno señalará las condiciones de su movilizacion.

EMILIO DEL PEROJO.



TUS OJOS.



MADRIGAL.

Yo ví del sol los vivos resplandores
cuando en sereno dia
la corola abrasaba
de las sencillas, olorosas flores,
que en la pradera habia,
y pude resistir su ardiente fuego...
pero al mirar tus ojos quedé ciego!

JESÚS CENCILLO.



LA SUIZA.

—

El mito de Guillermo Tell.—Los tres hombres del Rütli: Walter Fürst, natural de Schwyz; Werner Stauffacher, natural de Uri; Arnaldo Melchthal, natural de Unterwalden.

Vamos al país de las montañas en que, más cerca del cielo, adivinamos la inmortalidad; á la montaña, que es un templo; á la montaña, que es la patria de nuestra alma; á la montaña, que es el mundo perfecto. Vamos al centro de la Europa central; á los gigantes Alpes, que, formando una muralla fortísima entre el Norte y el Sur, entre la fría Germania y el jardín de Italia, ese privilegiado suelo de la belleza, de las rosas y de las vides, del cielo y del mar igualmente azules, vieron las pieles de los cimbras, las águilas de los romanos, las lanzas de los Hohenstaufen, y que hoy escuchan en su seno á los hombres cavando, barrenando, volando con pólvora, para abrir un camino subterráneo de dos leguas al caballo demoniaco del vapor que ha de llevar hombres y mercancías, defendidos de las tempestades del monte y rodeados de nubes, en breves horas desde los campos del Norte á las encantadoras comarcas del Sur. Vamos al asilo de la libertad, al suelo de los Titanes, á la joya del orbe, al mundo de Suiza; á ese mundo perfumado, tranquilo, amoroso, risueño, donde se deslizan los instantes en un suspiro de admiración, en una plegaria de gratitud á Dios, y que es y será la Meca de los amantes de la naturaleza, mientras brillen sus lagos, mientras verdezcan sus prados, mientras se levanten á las nubes las cumbres cubiertas de nieve de sus montes eternos, y mientras se escuche en sus arro-

gantes bosques vírgenes el ruido del torrente y el grito de los huracanes. Vamos al pintoresco país, cuyas rústicas moradas con sus techos saliendo al aire, con sus galerías exteriores de madera que ostentan flores y plantas trepadoras, son como la poesía popular de la arquitectura, mientras los habitantes del *chalet*, esa especie de choza edificada con piedras superpuestas y sin labrar, y cuyo techo está revestido de losas, se parecen á las figuras de la vieja canción popular de los germanos. Vamos á la patria de los Zuinglio, Le Fort, Haller, Euler, Gessner, Juan Müller, de Saussure, Rousseau, Pestalozzi y Lavater, á la nobilísima tierra de pastores inocentes, que, sin yelmo, escudo ni coraza, pero acerados por su naturaleza y con la conciencia de su buen derecho, y unidos por el juramento, dándose mano y palabra de ser un solo pueblo de hermanos, hundieron en el polvo á los soberbios caballeros armados, diez veces superiores en número. Vamos á los lugares primitivos de la grandeza suiza, donde suenan á nuestros oídos los nombres poéticos de Rütli y de Mitenstein, de Stauffacher y de Attinghausen, á los pueblos de Schwyz, Uri, Obwalden, Nidwalden y Lucerna, que llamaremos el Lácio helvético, al mercado de Altdorf donde Tell, con su saeta, está de guardia, á la *Hohle Gasse* de Küssnacht, á la *Tellenplatte*, al valle del Schachen que produce aún figuras hercúleas de jóvenes, y vírgenes de talle jónico cuya tez pura y rosada, es fresca y limpia como la flor que se abre en las auroras de Mayo, al valle del Schachen en cuyas ondas dicen haber perecido Tell en 1354 en el momento en que salvaba á un niño de las olas. Vamos, en fin, á aquellos sitios animados por la tradición, siempre viva y joven, que nos muestra aún en el lago de los Cuatro Cantones la nave de Gessler impelida por la tempestad hácia el alto Axen, y que nos hace ver en la cueva del Seelisberg los tres Telles de la libertad helvética que en tiempos de peligro han de despertar de su sueño para tremolar de nuevo la bandera de la libertad.

La Suiza nos es simpática por el *Guillermo Tell* de Schiller, ese evangelio del lago de los Cuatro Cantones; ese idilio heroico en que respiramos el aire fresco de los Alpes y en que oímos sonar las campanas de la libertad. Si *Guillermo Tell*, ese rey,

ese mago de los arqueros, no hubiese sido ya el hijo predilecto de la tradicion que con ojos infantiles mira el mundo tranquilo y creyente de los pastores, le hubiera inmortalizado como salvador de la libertad y de la inocencia, la obra maestra de nuestro Schiller. Pero no debe levantarse al escudo de la historia lo que no es sino una figura mítica. El *sombrero de Gessler* y la *manzana de Tell*, que hicieron tanto tiempo, así las delicias del pueblo suizo como las de nuestros sueños, han de ser relegados desde la historia severa, al reino alegre de la leyenda, segun acaba de demostrar el Sr. Rochholz en su libro titulado *Tell y Gessler en la tradicion y en la historia*. Heilbronn, 1877 (1). El mismo Schiller que para su *Tell* se entusiasmó en el espíritu sencillo, herodótico y casi diria homérico de la crónica helvética de Tschudi, califica, en una carta á Koerner en 9 de Setiembre de 1802, la historia del tiro de la manzana, que figura en la vida de Tell, de cuento solamente.

Y segun la crítica moderna, la historia entera del héroe nacional de los suizos no es sino la rama local de un gran mito que se extiende sobre todo el mundo germano hasta el antiguo Oriente. Negando la existencia de *Tell*, que ya vivia en los cantos y comedias helvéticas, ántes de que Schiller le rodease de los esplendores de la poesía, privamos sí al paraíso de Suiza de una figura querida, pero no quitamos á los suizos un ápice de su gloria, sino que les damos la enhorabuena porque el principio de su libertad no está manchado por un asesinato.

La tradicion ha revestido la figura de su héroe con toda suerte de maravillas: él sale airoso en todo lo que hace; lleva á cabo el tiro de la manzana, él sólo salva la nave en la tempestad, él la impide embarrancar gracias á un solo empuje, él mata al tirano. Todos esos rasgos maravillosos que se siguen del modo más rápido y que parecen enlazados en un solo drama, demuestran para cualquiera que conozca la manera de formar los cuentos, que ellos fueron tambien creados por la mano de la leyenda.

(1) En Alemania tienen la costumbre de anticipar el año de impresion en la portada de los libros para que éstos no parezcan viejos.

Tell no significa sino un mito natural comun á todos los pueblos germánicos, la luz triunfando de las tinieblas, la primavera venciendo con sus saetas de sol al invierno. Segun la creencia de los antiguos indios las saetas que representan los rayos del dios de la luz han de dirigirse contra los siete castillos del invierno representados por los siete meses desde Octubre á Mayo. Ese mito de la naturaleza tomó ya en edad temprana figura ética y acabó haciéndose un acontecimiento que se creia histórico.

La liberacion del poder del invierno se convirtió en el libramiento del yugo de un tirano, y la primavera se convirtió en un arquero celebrado que daba siempre en el blanco.

Ya muchos siglos ántes del tiempo en que la tradicion supone á los *Tell* y *Gessler*, el *tiro de la manzana* figura en los cuentos de los pueblos indo-germánicos. Así refiere una tradicion del Norte, la *Wilkinasaga*, que *Wieland* el herrero fué preso por el rey sueco *Nidung* y privado de todos sus tesoros y forzado á trabajar cual esclavo en la tesorería real. Pero gracias á unas alas de oro que habia fabricado en secreto logró escaparse. Entre tanto, creyendo que *Wieland* estuviese aún cautivo, apareció su hermano *Eigil*, el famoso arquero, en la córte del rey, y éste le amenazó con la suerte de *Wieland* si no tiraba con una sola flecha una manzana puesta sobre la cabeza de *Orendel*, niño de tres años, hijo de *Eigil*, manzana que el mismo rey colocaria sobre la cabeza del niño. *Eigil* cogió tres saetas de la aljaba, puso una en la cuerda y atravesó la manzana. Todos celebraron aquel tiro maestro, y hasta el rey no pudo ménos de admirarlo. Pero despues preguntó al arquero por qué habia cogido tres saetas, siendo así que no le era permitido tirar sino una sola. «No quiero mentir, contestó *Eigil*: si hubiese herido al niño con la primera flecha, las otras dos se hubieran destinado á vos.»

Este cuento, segun dice la misma *Wilkinasaga*, es de origen aleman y llegó de la boca de hombres naturales de *Munster*, *Soest* y *Brema* á *Escandinavia*, donde fué escrito á mediados del siglo XIII, y despues volvió á *Alemania*. *Eigil*, sea dicho de paso, es una antigua palabra alemana que significa terror, y aún hoy se llaman *Eigelsteine* (piedras de *Eigil*) á escombros

de castillos romanos que se encuentran en las orillas del Rhin.

Pero la mayor semejanza con la tradicion helvética de *Tell* la tiene el cuento del arquero *Toko* que se lee en la *Historia danesa*, escrita en el último cuarto del siglo XII por *Saxo Gramático*, el más célebre de los antiguos historiadores de Dinamarca, que por la elegancia de su estilo mereció las alabanzas de Erasmo de Rotterdam y de nuestro Federico Cristóbal Schlosser y que murió en 1207 siendo preboste de la catedral de Roeskilde (Dinamarca), y fué enterrado en aquella misma catedral, la magnífica iglesia de la Santísima Trinidad que desde 1050 á 1084 fué edificada bajo los auspicios del rey Knud el Santo y del obispo Guillermo, y que es el panteon danés, el Escorial de los reyes de Dinamarca, conteniendo los soberbios monumentos sepulcrales de 15 reyes desde Harald Blaatand (Haraldo del Diente Azul) hasta Federico VII y de 14 reinas (1).

Al servicio del rey Haraldo Blaatand (Diente azul) que vivió desde 935 á 986 estaba, segun refiere Saxo Gramático, un guerrero llamado Toko, el cual se vanaglorió un dia en un banquete ante sus compañeros de que tocaria con la primera flecha un pomo puesto sobre un baston. Lo supo el rey en un momento de mal humor, y disgustándole la jactancia del arquero, mandó que en vez de colocar el pomo sobre un baston se pusiese sobre la cabeza de un tierno niño, hijo de Toko, haciendo saber á éste que perdía la vida si el éxito no correspondía á sus palabras. El hábil arquero dirigió su flecha sobre la queridísima prenda de su corazon, saliendo airoso de tan

1 Con sumo interes leí el siguiente epitafio del excelente escritor danés Saxo, denominado el Gramático, que descansa en un paso lateral hácia el Norte de la catedral de Roeskilde:

*Qui vivens alios æternum vivere fecit
Saxo Grammaticus mortuus hic recubat.
Mortuus extincto sed tantum corpore, mente,
Qua valuit, magno vivit et ingenio.
Unde hanc descripsit, gens Danica venit in oram,
Quæ jacet arctoo, proxima pene polo,
Danorum Regum repetens ab origine stirpem,
Et quæ quisque suo tempore fata tulit.*

Este epitafio tiene por autor al obispo Lage Urne.

difícil prueba. También á este cuento se agrega lo de las tres saetas como en la Wilkinasaga. No terminó en esto la aventura. Vanagloriábase el rey de un hecho que habia realizado sin que tuviese ni esperase tener imitadores. Llevando por calzado unas abarcas de cuero habia trepado á unas rocas, inaccesibles hasta entónces á la planta humana, y saltando de uno en otro precipicio y teniendo por fondo el abismo y las embravecidas olas habia recorrido los sitios más peligrosos con asombro de cuantos le miraban.

Lo sabia Toko, y resentido por la terrible prueba á que se le habia sujetado, se propuso oscurecer la gloria de que tan orgulloso se mostraba el monarca llevando á cabo la misma proeza. Púsose tambien unas abarcas, y en presencia de la multitud que acudió á presenciar su arrojo, se le vió saltar de pico en pico, viéndose en gran apuro en lo más difícil de su expedicion á consecuencia de habersele destrozado las abarcas; pero siguió impávido sin ellas, y ya demostrada su habilidad superior á la del rey, pues la habia terminado descalzo, se dirigió á una playa inmediata y recogido por una nave que le esperaba se puso á salvo de los furoros del tirano. Aquel hecho irritó más y más al destemplado monarca, que dió rienda suelta á sus desmanes contra sus vasallos, llegando hasta á obligarlos á labrar la tierra uncidos con los bueyes.

Indignados, subleváronse los daneses; el propio hijo del rey, Sueno, se puso de parte del pueblo é hizo la guerra á su padre. Entre las tropas de Sueno se encontró tambien Toko, y cuando entre los dos ejércitos se deliberaba un armisticio, el rey Haraldo fué sorprendido en un bosque por Toko que, sediento de venganza, le hirió mortalmente.

Grimm dice en su *Mitología*, pág 354: «La muerte del rey Haraldo por la mano del arquero es histórica, pero el tiro del pomo es mítico.» Y Conrado Maurer niega en su libro *La Conversion de Noruega al cristianismo*, tom. I, pág. 244, hasta la existencia de Toko.

La historia de éste, segun la cuenta Saxo Gramático, ¿no es como si leyésemos la tradicion de *Tell* en las crónicas helvéticas? No sólo el asunto es el mismo, sino la semejanza de ámbas se extiende tambien sobre los detalles. Así como el rey

danés manda pongan en el arado á hombres juntos con bueyes, dice Landenberg en la crónica suiza: «Los mismos labradores han de tirar el arado.» A Toko le comprometió dos veces su habladuría, y Tell se excusa con Gessler á causa del mismo defecto, diciendo: «Si fuese yo hombre de buena razon, no me llamaria Tell.» Las palabras de Saxo *procellis et tempestas* anuncian la tempestad que nos cuenta la crónica suiza respecto de Tell, y en la descripcion del escritor danés vemos al intrépido piloto lo mismo que en la crónica suiza. Haraldo sucumbe á la flecha, encontrándose lo mismo que Gessler, segun dice la crónica suiza de Petermann Etterlin (que salió en Basilea en 1507), detrás de un arbusto. Y el hijo de Haraldo, de quien dice Saxo *ad regnum parricidio petendum adductus*, nos recuerda á Juan *Parricida* que mató á su tío el rey Alberto.

Otra tradicion del antiguo Norte semejante á las de Toko y de Eigil es la siguiente: Eindridi promete al rey noruego Olaf Tryggwason (que murió en 1030) que se haria bautizar si le superase en tres artes, á saber: en la de nadar, en la de tirar con la saeta y en la de echar cuchillos. El rey manda tratasen de tirar contra una tabla puesta sobre la cabeza de un niño á quien amase Eindridi. Y tirando toca la tabla sin herir la cabeza. Accediendo á los ruegos de la madre y de la hermana del niño se abstiene Eindridi de tirar y se declara vencido.

Por no ser prolijo no hablaré de la tradicion noruega relativa al rey Haraldo Hardrade Sigurdson y al arquero Herring, ni de la tradicion de un campesino de Holstein, Henning Wulf, ni de la vieja balada inglesa que se refiere á Guillermo de Cloudesly, ni del cuento sueco del gigante Toll, sino que diré que tradiciones semejantes á la de Tell se encuentran hasta entre los japoneses y finnos, y tambien en Persia, segun cuenta el poeta Farid Uddin Attar en su poema *La lengua de las aves*, que escribió en 1170.

Ya hemos visto que la tradicion de *Toko* tiene la mayor semejanza con la de *Tell*, y fácilmente pudo ésta formarse por aquella. En primer lugar, porque entre la tradicion danesa de *Toko*, que salió en la version bajo-alemana de la obra de Saxo

Gramático en 1480 en Lübeck, y el *Libro blanco*, es decir, la más vieja crónica suiza que refiere la historia de Tell no median sino cuatro años. En segundo lugar, porque los escritores helvéticos del siglo xv, con la misma predilección con que pusieron en el fondo de la historia popular el soñado origen *sueco* de los *suiños* (1), se habrán apoderado también de las tradiciones de los héroes del Norte. Por eso se explican los rasgos idénticos entre el cuento de *Tell* y la tradición suecodanesa de *Toko*.

Es sabido que en la historia de Tell figura el cuento del sombrero suspendido de una percha, y lo mismo se encuentra también en una tradición sueca; aún más, en Suecia se ve aún el sombrero mismo. Hay un escollo en el Malarsec, entre Stockolmo y Strengnaes, de nombre de Kungshatt (el sombrero del rey), que está adornado con un sombrero de cobre suspendido de una percha de hierro.

El suizo Iselin dice en su *Lexicon* que salió en 1728 en Basilea: «No cabe duda alguna que la leyenda de *Tell* se ha de-

(1) Así dijo el secretario de Schwyz Juan Fründ en 1441 en su opúsculo *Sobre el origen de los suiños*, que 6.000 suecos y 1.200 frisios se vieron obligados por el hambre á abandonar su patria y que capitaneados por Svilero, Remo y Wadislao, fijaron su residencia en las inmediaciones del Pilátos, compartiendo entre sí los parajes de Schwyz, Uri y Unterwalden, y denominando su nueva patria *Suiza*, en recuerdo de *Suecia*. Aquella fábula del Sr. Fründ pasó á la creencia del pueblo y hasta al derecho público, y acabó ejerciendo influjo hasta sobre los historiadores suecos. Así escribió el profesor de teología y decano de la iglesia de Upsala, Eric Olaus, que murió en 1486, en su *Crónica del reino de los godos*: «Como los suecos dan á su rey el doble título de rey de los suecos y de los godos, y como por eso muchos explican el nombre del reino *Zwe-Rike* (Sverige ó Suecia) como *dos reinos*, los suiños que dicen ser descendientes de los suecos y godos llaman también su capital Zuric, es decir, *Zwü-rich, dos reinos*.» Los suecos no supieron sino por los mismos suiños la creencia de estos en su origen sueco, y usaron de aquella creencia á veces para fines diplomáticos. Por ejemplo, Gustavo Adolfo el Grande recordó á sus primos los suiños aquella tradición, amonestándoles con hacer causa común con él contra el Austria. Asimismo el célebre cançiller Oxenssierna se complació en acentuar el origen común de los suecos y de los suiños.

Los Cuatro Cantones suiños cultivan aún en el día aquella superstición histórica, y el de Schwyz mandó en 1789, á expensas públicas, pintar un cuadro al fresco para el pueblo de Brunnen, representando á los hermanos suecos Scheio y Suiter, que dan el nombre á la Suiza.

rivado de la de *Toko*,» mientras el historiador Juan de Müller resume la contestacion de los que creen en la verdad de la historia de Tell en estas palabras: «Muestran poca experiencia en la historia quienes de dos acontecimientos niegan uno, porque en otro país ó siglo sucedió algo semejante.» No se trata aquí de solo dos casos idénticos ó análogos, sino de una série infinita de casos idénticos desde el tiro de la manzana por el arquero Eigil, que desde el siglo vi vive en cantos alemanes que aún existen; trátase de casos idénticos que debe tener presente el historiador si no quiere merecer el vituperio de haber despreciado la experiencia científica. Y el mismo Müller, que ante el público celebra á Tell cual héroe histórico, hace de él objeto de controversias en las páginas mudas de una correspondencia íntima, escribiendo en 1785 á un su amigo suizo: «Respecto de Tell, no estoy todavía de acuerdo conmigo mismo, aún cuando espero que saldré bastante bien del negocio.» Y otro amigo suyo y suizo tambien le contestó en el año siguiente: «*Estoy conforme con V. en considerar lo de la manzana como poco seguro.*»

La creencia popular de hoy, conoce tres héroes con el nombre de Tell, designando con este nombre á los tres hombres de los tres cantones que con 33 compañeros se reunieron en el verde y solitario prado del Rütli, bajo la roca del Seelisberg, en la noche del primer día de 1307 á 1308 y prestaron allí el juramento en pró de la libertad de los tres cantones. Aquel triunvirato del Rütli, cuyos nombres se leen en nuestra *Walhalla*, se llaman hoy *Walter Fürst*, natural de Attinghausen (Uri), *Werner Stauffacher*, natural de Steinen (Schwyz) y *Arnaldo Melchthal*, oriundo de Unterwalden. Al frente de estos tres hombres pone la creencia de hoy al heroico *Tell* que para poder obrar libre se excluye voluntariamente de la asamblea nocturna en el romántico Rütli y lleva á cabo la insurreccion por su hazaña. Respecto de los tres no hay conformidad entre los antiguos cronistas, pues unos mencionan sólo á Tell, Stauffachen y Melchthal, otros añaden á Kuno, al Altsellen Nid dem Wald; otros á Uli de Gruob Ob den Wald. El juramento del Rütli no es un hecho histórico, sino una tradicion oral, pues el documento más antiguo

de la Confederación suiza es el acta de los mayores de Uri, Schwyz y Unterwalden, firmada en Brunnen en 9 de Diciembre de 1315. Pero el voto de la Suiza entera ha consagrado para siempre el prado de la Confederación, adquiriendo el Rütli como posesión nacional á perpetuidad.

Segun la creencia popular los tres que llevaron el nombre Tell duermen en el Seelisberg para salvar la libertad en el porvenir, y el arquero Tell duerme en el Axenberg. Ese es el mismo cuento que se refiere al Kiffhauser, y cuentos semejantes se encuentran en todos los pueblos germanos que en los tiempos primitivos vivian en cuevas donde enterraban tambien á sus muertos, de modo que ir á la montaña significaba entre ellos morir: por eso los héroes difuntos duermen en el monte, segun la creencia popular.

Háse dicho que los helenos y romanos honraron á sus héroes con estatuas brillantes, mientras que los piadosos suizos honraron á su héroe nacional con modestas capillas cristianas. Media hora de Altdorf, á la entrada del valle del Schachen, se encuentra el pueblo de Bürglen, donde una capilla situada en una amena colina y adornada con escenas tomadas de la vida de Tell, significa el lugar donde dicen haber morado el mítico arquero suizo (1). Podria preguntarse: ¿quién hubiera erigido capillas en memoria de un mero cuento, en recuerdo de un personaje apócrifo? eso equivaldria á burlarse de Dios y de la santa religion, eso no hubiera sido digno de los piadosos suizos. Pero el Sr. Rochholz ha probado que las capillas de Bürglen y de Steinen, se erigieron en honor de la santa mártir Wilgefotis, aquella princesa tan casta como valiente que á causa de su belleza peregrina hubo de defenderse contra las persecuciones de su propio padre, que irritado por su resistencia, la clavó á la cruz, en la que ella vió al cielo acceder á sus instancias, pues de repente su bellissimo rostro fué desfigurado por una barba. Y en un manuscrito del capellan de Schwyz, Sr. Buser que se titula: *Nomenclatura eti-*

(1) Puede ser que la tradicion de que Bürglen fuese la patria de Tell deba su origen al nombre del paisaje *Tellingen* situado entre Attinghausen y Erstfelden.

mológica de Schwyz, se lee lo siguiente: «La población de Sisikon, cerca del Axenberg, deriva el nombre de *Tellenplatte* (losa de Tell) no del salto de Tell, sino la llaman *an der Tellen* (cerca de la Telle, esto es, cerca de una ensenada). Si desde que los capuchinos llegaron á Uri, es decir, no ántes del año de 1581, estos se encargaron hasta hoy de pronunciar cada año el sermón en honor de Tell, no se puede citar eso cual testimonio de la existencia del arquero suizo en el siglo XIV, pues no se comprende por qué los párrocos de Uri, si la festividad en obsequio de su paisano Tell hubiera tenido lugar ya ántes de 1581, hubiesen renunciado en favor de una órden extranjera al honor de presidir aquella ceremonia. La *Tellenplatte*, cerca del Axenberg, donde dicen que Tell se salvó por su salto atrevido, recuerda una de aquellas tradiciones favoritas del antiguo mundo germánico, pues el arte de saltar muy léjos parecia tener algo divino para los antiguos germanos.

No negaremos que es un espectáculo conmovedor ver aún en el día las procesiones románticas que se verifican cada año el día despues de la Ascension, desde Altdorf á la capilla de la *Tellenplatte*, ese alto pórtico, situado á las orillas del lago de Uri, y sostenido, hácia la mar, por dos arcos esbeltos. Desde Altdorf parte una gran embarcacion de remo, acompañada de barcas pequeñas, y como la capilla es bastante estrecha, la mayoría de los peregrinos ha de quedar en sus barcas, formando una procesion á flote. Un monge sube las gradas que el lago baña, y, desde un improvisado púlpito, pronuncia, en el dialecto del país, un patriótico sermón, mientras las cimas de los árboles entonan un poderoso *¡Gloria in excelsis!* mientras las ondas cantan *Te igitur clementissime*, y todas las almas se ensanchan en este majestuoso *duomo* de los Alpes.

Pero volvamos á nuestro asunto, que consiste en demostrar que *Tell* no es sino una entidad fabulosa.

Creyendo que una vanidad pedantesca es ya orgullo nacional, los suizos han inventado hasta un diploma de nobleza en honor de *Guillermo Tell* y de Aerni de Melchthal (véase *El Libro de blasones* por Fidel von Zurlauben, tom. IV, páginas 311 y 319), y cuando el párroco de Berna, Uriel Freudenberg, publicó en 1760 su opúsculo *Guillermo Tell, una fá-*

bula danesa, no se contentó el pueblo de Uri con mandar quemar aquel libro por el verdugo en la plaza de Altdorf, sino que inventó hasta documentos para probar la existencia de Tell. Al Sr. Freudenberger le contestó el vicario de Schaddorf, Juan Ymhoff: «En el libro de difuntos de la comunidad de Schaddorf, encuéntrase lo siguiente: Guillermo Tell, Walter su hijo menor, Walter de Tello, Cuni su hijo.» Pero, á la verdad, el libro de difuntos no contiene el nombre de Tell, y el de Tello no es sino una falsificacion del nombre de Trullo, que ántes se leía. Eso fué probado claramente por el Sr. Kopp, y los mismos cantones tuvieron que reconocerlo. Además decia Ymhoff que en el libro de difuntos de la comunidad de Attinghausen se lee. «En el año de 1865 murió Ana Margarita Tell. En 1684 murió Juan Martin Tell, el último de su estirpe.» Pero el Sr. Kopp probó que en aquel libro de difuntos el nombre de Nall fué convertido en Tell, y eso lo declaró también el capitán Müller, natural de Altdorf, y muy versado en la literatura telliana, en 1854 ante una asamblea de su pueblo natal.

Hasta los que aún creen en la existencia histórica de Tell han concedido que éste se encuentra enlazado con el drama de la independencia suiza sólo de un modo exterior, y que ninguna de sus acciones ocupa en él un lugar necesario. Pero ya Uhland hace presente que existe una contradicción en celebrar la hazaña de Tell por la poesía y la religión é imprimirla desde el principio el carácter de la falta de significación.

Hay, pues defectos en el mito de Tell, mientras el mito natural es poético y lógico. Según el mito natural, el invierno sucumbe en el duelo con la primavera á la primera flecha del arquero sol. Pero cuando este pensamiento mítico se convierte en un hecho histórico, pierde la conexión de sus partes. El tirano histórico sucumbe sin que haya tenido lugar un duelo. La hazaña de Tell, según la refiere el cuento, es siempre un asesinato: no fué una defensa de necesidad, pues el arquero se vió ya libre, ni fué una venganza de sangre, porque su niño quedaba ileso. La misma conciencia popular trató de excusar, siquiera ante la razón, lo que no podía defenderse

ante la moral, y convirtió aquella hazaña en la de un loco airado, en la de un Tell.

Y en el *Libro Blanco*, que se debe á Schally, natural de Obwalden, dice Tell, excusándose ante Gessler por haber sido desobediente: «Si fuese yo hombre de buena razon, no me llamaria *Tell*.» Pues Tell significa estúpido, tonto. Tal nombre no cuadra para un héroe nacional. Para enmendar este defecto. la tradicion asoció al loco tres tutores, aquellos tres Telles: *Walter Fürst*, *Werner Stauffacher* y *Arnaldo Melchthal*.

Por cierto que el pueblo no hubiera jamás hecho un rey de arqueros de un loco; el pueblo suizo, á quien causaba horror el asesinato político, no hubiera jamás elevado á la gerarquía de héroe nacional á un asesino.

Eso quedó reservado á los cronistas. El cronista Tschudi se atrevió á defender el asesinato, diciendo en su crónica que los cantones helvéticos hubiesen obrado prudentemente si hubieran hecho causa comun con los asesinos del emperador Alberto. Ya pronto se hicieron ver las consecuencias de aquella moral: siete años despues de la muerte de Tschudi, en 1579, salió una nueva edicion del *Tellenspiel* (la comedia de Tell), llevando, á pesar de la severa censura que entónces existia en Helvecia, la divisa: «Quien mata á un tirano y á un perro que rábia, merece alabanzas.»

Desde aquel tiempo, Tell fué en cierto modo, con autorizacion de los superiores, el matador de tiranos, y ver en ese oficio un crimen fué considerado como tal.

La historia no pierde nada, si la figura de Tell desaparece de sus fastos, y la libertad de un pueblo no se reduce á un acto de venganza privada. Celebremos, pues, que Tell sea un personaje mítico. En cambio, Gessler es una persona histórica, aunque distinta de la que nos presenta la leyenda de Tell como víctima de éste. Conocemos por documentos históricos al labriego Juan Gessler, que, como corredor de bestias, trataba al duque Leopoldo el mayor, y que por haber prestado á éste cien libras de dineros, recibió de parte del duque un título honroso. Murió en 1315. Su hijo mayor, Enrique, se hizo caballero y apareció en la córte de Viena para defender

las pretensiones de Lucerna. Ese Enrique Gessler es aquel cuyo nombre los cronistas suizos hicieron un instrumento para falsificar continuamente la historia.

Tell y Gessler, es decir, el asesino y su víctima, no son sino las dos indispensables mitades del mismo mito. No ha existido en 1307 ningun Hermann Gessler, de quien hace la leyenda un senescal austriaco en los tres cantones suizos, pues entónces no habia allí curadores del imperio.

Tampoco existió ningun Hermann Gessler en Brunegg, pues sólo á fines del siglo xiv llegó aquel castillo á manos de un Gessler, Enrique II, y tampoco existió ningun curador Gessler en 1307 en el castillo de Küssnacht, pues desde 1296 á 1347 perteneció éste á la estirpe de los Eppones de Chüstinach. Asi, por el estudio de la historia, el nombre de Gessler se ve libre de la leyenda de Tell, como por el estudio de ésta Tell se ve desterrado de la historia, y se acaba para siempre la potestad gemela de ámbos nombres.

El cuento de Gessler fué inventado por los que odiaban á Alemania, madre de Suiza.

Pero los autores todos que celebraron la leyenda de Tell fueron ó alemanes ó suizos oprimidos, que, encontrándose en conflicto con su tiempo, buscaron para sus aspiraciones de libertad un refugio en la pintura de la tradicion de Tell. Así el primero y el último drama de Schiller fué una protesta pública contra el despotismo espiritual y el despotismo secular. Con sus *Bandidos* huyó de Suabia, con su *Tell* bajó á la tumba. El *Tell* de Schiller llena igualmente el alma del artista y el alma del pueblo, y éste lee aquel drama, no como la produccion del espíritu creador de un poeta, sino como historia verdadera, como un documento histórico. En ningun drama es Schiller más simpático para el idealismo de la juventud, y, por lo tanto, más nacional que en su *Guillermo Tell*.

A él no le importaba que Tell fuese un mito: el verdadero héroe de su drama es el pueblo entero, y por eso su drama alcanza su apogeo en la representacion de la comunidad, en la escena del Rütli en que respiramos el espíritu de la libertad verdadera, de la libertad que descansa en el suelo del derecho y de la ley.

A los que me dirían que siendo Tell un personaje fabuloso no debería figurar en mi Walhalla donde no hay más que personajes verdaderos, les contesto que la gran Walhalla germánica, que forma el fundamento de mi libro, contiene los nombres de algunos personajes que se creían históricos como los de Stauffacher, Fürst y Melchthal, pero los cuales, aunque hayan existido (y sabemos por documentos históricos que la familia de los *Stauffacher* vivía en Schwyz en el siglo XIV), no han hecho las hazañas que les atribuye el cuento. Había de hablar de los Stauffacher, Fürst, Melchthal, y no pude omitir el nombre del que está unido á ellos por la leyenda suiza que tanto tiempo se creyó historia verdadera.

JUAN FASTENRATH.



LA ESTÁTUA DE SAL.



Cuando dejaba la ciudad culpable
la familia de Lot,
que nadie atrás mirára les decía
el ángel del Señor.
Quebrantando el precepto, hácia la espalda
se volvió una mujer,
y en estatua de sal fué convertida
por el Dios de Israel.
¡Cuántos pueblos que niegan el progreso,
mirando siempre atrás,
permanecen sin vida, convertidos
en estatuas de sal!

R. BLANCO ASENJO.

FRAGMENTOS DEL FAUSTO

DE GOETHE

PRIMER DIÁLOGO ENTRE FAUSTO Y WAGNER.

Entra *Wagner*, con bata y gorro de dormir, en el gabinete de *Fausto*, interrumpiéndole en la evocación de los espíritus. *Fausto* le vuelve la espalda malhumorado.

WAGNER.

¡Perdon! Tu voz, que á mí llega,
Es la que me trajo aquí:
Que recitabas creí
Alguna tragedia griega.
Y hubiera, á fe, gran placer
En saberlas declamar,
Que hoy ese arte, á no dudar,
Utilísimo ha de ser,
Pues alguien dijo, señor,
Recuérdolo en este instante,
Que dar puede un comediante
Lección á un predicador.

FAUSTO.

Dársela podrá muy bien,
Si es el cura, por acaso,
Otro comediante, caso
Que ocurrir suele también.

WAGNER.

Quien en su estancia sombría
Vive en retiro profundo,
Y sale no más al mundo
En algun solemne dia;
Quien, si llega á percibirlo,
Es por angosto agujero,
Mal puede, á lo que yo infiero,
Conmoverlo y dirigirlo.

FAUSTO.

No ha de lograrlo jamás
Quien en su pecho no sienta
Arder la llama violenta
Con que abraze á los demas.
Pasa aquí todos tus ratos
Estudiando: mata el hambre
Con esta merienda fiambre
De las sobras de otros platos;
Y acumulando á montones
Los textos, que has hecho trizas,
Sopla sobre sus cenizas
Con enérgicos pulmones!
Brotará menguada llama,
Y es posible que á ese precio
El niño, el simple y el nécio
Tu nombre den á la fama;
Mas, si quiere tu razon
Los corazones mover,
Ha de brotar tu saber
De tu propio corazon.

WAGNER.

Lo que al vulgo halaga más
Es la pomposa elocuencia,
Y en esa difícil ciencia
Aún me encuentro muy atrás.

FAUSTO.

Busca más dignos laureles
Y adelanta poco á poco...
¿Quieres hacer como el loco
Que agita los cascabeles?
Afeite de todas clases
Es á la verdad ajeno:
Si has de decir algo bueno
No vayas cazando frases;
Pues son tus palabras huecas,
Que brillante oropel cubre,
Ráfaga estéril de Octubre
Que mueve las hojas secas.

WAGNER.

Incierta y breve es la vida,
Largo el arte, y en tan alta
Empresa á veces nos falta
La razon desvanecida.
Quien llegar al fin intenta
Afan sufre luengo y rudo,
Y en el camino, á menudo
El pobre diablo revienta.

FAUSTO.

La sed del alma no calma
Un árido pergamino:
Ese manantial divino
Lo lleva en su fondo el alma.

WAGNER.

Tambien la imaginacion
Goza cuando el vuelo tiende

Y el espíritu comprende
 De otra edad y otra region.
 De antigua ciencia los rastros
 Descubre, y disfruta viendo
 Cómo va el hombre subiendo
 Y subiendo...

FAUSTO.

¡Hasta los astros!
 ¿Qué es el pasado, en verdad?
 Un libro sellado: sombras
 Y dudas. ¿Qué es lo que nombras
 Espíritu de otra edad?
 La doctrina, nueva ó vieja
 De aqueste ó aquel autor,
 Que su propio resplandor
 Sobre sus tiempos refleja.
 Si bien lo miras, ¡qué chasco!
 Su luz es sombra no mas;
 Y de ella separarás
 Ojos y vientre con asco,
 Pues su génio, que de léjos
 Brilla con rayos propicios,
 Es costal de desperdicios,
 Almacén de trastos viejos,
 Y escenario, en conclusion,
 Dó acompasados se agitan
 Y bellas frases recitan
 Monigotes de carton.

WAGNER.

¿Y el universo? ¿Y el hombre?
 ¿Saber su esencia no cabe?

FAUSTO.

¿Saber? ¡Pensar que se sabe!
 ¿Quién dar puede el propio nombre
 A las cosas? Si en la tierra

Alguien descubre esa oculta
Ciencia, y en sí no sepulta
Los arcanos que ella encierra,
Al derramar esa luz,
Que al mundo obcecado hiere,
Víctima infelice, muere
En la hoguera ó en la cruz.
Pero, adios: la noche vuela;
Ya es tarde; basta por hoy.

WAGNER.

Oyéndote, como estoy,
Pasára la noche en vela.
Pero mañana son Páscuas,
Y si molestarte no es,
Dos preguntas te haré, ó tres,
Que me tienen ahora en áscuas.
Amo el saber de tal modo,
Que incesante por él lucho:
A tu lado aprendí mucho;
Mas saberlo quiero todo.

TEODORO LLORENTE.

ANÁLISIS Y ENSAYOS

Las Geórgicas de Virgilio, traduccion de Perez de Camino y *Arte poética* del mismo, con un prólogo de D. Manuel Alonso Martinez.—Biblioteca militar: *Historia de las campañas de Bohemia é Italia*, por Vial, traduccion de Arturo Cotarelo.

I.

Todavía recuerdan con gusto algunos amigos de las buenas letras el tomo de elegías de Tíbulo, traducidas por un poeta castellano á quien está sacando del olvido el Sr. Alonso Martinez con no escaso provecho de las personas estudiosas. Es natural que el recuerdo á que aludo predisponga los ánimos favorablemente á la traduccion en verso de las *Geórgicas* de Virgilio y al *Arte poética*, debidas tambien al Sr. Perez de Camino, y precedidas de un prólogo elegantemente escrito por el conocido jurisconsulto y hombre de Estado, á quien hemos nombrado ántes (1).

«Yo creo que despues de la *Biblia* y de la *Imitacion de Jesu-Cristo*, no hay libro que haya sido más veces reimpresso que el Virgilio.» Así decia el Sr. D. Eugenio de Ochoa en la introduccion de su excelente reimpresion latina y no ménos notable version castellana de las *Obras completas* del cisne mantuano.

Así es la verdad. Donde quiera que los primores del verso latino y la alta inspiracion de Virgilio se han ostentado, los triunfos de la popularidad han sido para ellos. El espíritu humano se ha complacido en acompañar á un cantor tan dulce y entusiasta en los vergeles de la poesía. Y, sin embar-

(1) *Las Geórgicas de Virgilio traducidas en octavas reales*, por D. Norberto Perez de Camino, y seguidas de un *Arte poética*, original del mismo autor. Ilustradas ambas obras con numerosas y eruditas notas y precedidas de un prólogo escrito por el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martinez.—Santander, imp. de Martinez, 1876.

go, dice con algun fundamento el Sr. Alonso Martinez al comenzar su prólogo que tal vez no serán recibidas las *Geórgicas* con tanto interes como las *Elegías* de Tíbulo por ser más conocidas de la generalidad á causa de las traducciones que en verso y prosa se han hecho de tan admirable obra en ocasiones varias.

Hay que notar aquí un hecho significativo que viene en abono de esta aseveracion del prologuista, aunque alcanza tambien á la obra de su ilustre tio que primero publicó. No son, por desgracia, los tiempos que corren muy favorables á los estudios clásicos. La ciega preocupacion de lo útil nos hace mirar á las veces con injusta prevencion esos modelos insignes que ha legado la sábia antigüedad á todas las generaciones para su enseñanza y honesto recreo. No falta quien tenga por inútil el conocimiento de las lenguas que llamamos muertas, sin razon bastante, pues, al fin y al cabo, viven y vivirán mientras los hombres no se vuelvan sordos á las grandes inspiraciones del genio. Preciso es confesarlo: se lee muy poco á los poetas griegos y latinos, aunque se les cita á menudo, y las más veces por referencia. La erudicion que nos gusta más es la que ménos cuesta y está, por lo mismo, al alcance de todos; extraña y lamentable forma de un exagerado espíritu nivelador que lucha inútilmente con las desigualdades más necesarias que experimentan los hombres desde los tiempos primitivos de la sociedad.

Mas hay tambien otra consideracion prévia que nos ocurre al escribir estos breves y deshilvanados apuntes. No será la traduccion de las *Geórgicas*, que, en merecido tributo á la buena memoria del Sr. Perez de Camino, se ha dado ahora á la estampa, tan apreciada como debiera serlo, por algo de más trascendencia que las traducciones ántes hechas de tan peregrino modelo. Nadie negará que las traducciones de las obras de Virgilio, son poco conocidas. Las paráfrasis de Villena y de Juan de Mena, venerables legados de un remoto ayer, la traduccion que hizo en prosa el maestro Diego Lopez allá por el año de 1614, las versiones de Juan de Guzman y Cristóbal de Mesa, y áun la muy mediana, fuerza es confesarlo, del gran Fray Luis de Leon, que es, sin embargo, un poeta cuya

dulzura é inspiracion nos deleitan hoy dia tanto como á nuestros mayores, ó no se leen, ó se estudian de mala gana. Sólo pueden eximirse de esta censura algunos amantes de la poesía y de la erudicion.

Las *Obras completas* de Virgilio, esmeradísimamente publicadas y traducidas en castiza, correcta y elegante prosa castellana por el malogrado D. Eugenio de Ochoa, es edicion que no ha alcanzado entre nosotros la gran notoriedad á que tenia indisputable derecho, siendo de notar que este trabajo á más de contener una buena version, debe elogiarse tambien por la singular exactitud del texto latino, fruto de largos desvelos y concienzudas disquisiciones. Los que se dedican á cultivar en serio, permitásenos la frase, el campo de las letras, recibieron sin duda con el favor merecido esa obra excelente, mas la generalidad no estaba en este caso ni podia estarlo, si bien se mira. A la causa ya dicha, uniase entónces, ó sea al darse á la estampa aquella importante obra, la circunstancia de que Ochoa, muy querido y respetado por todos los que le conocian, era no obstante para las nuevas generaciones un representante ilustre de la que habia pasado ya, de la que habia vivido. En tiempos de revolucion ábrese fácilmente un foso profundo entre los que pertenecen al pasado por su pensamiento ó su historia y los que viven en el presente ó para el porvenir. El autor de este artículo conoció al ilustre académico cuando éste se hallaba muy próximo á la muerte, pues falleció en efecto algun tiempo despues, y le conoció siendo por su parte casi un niño. Séale permitido recordar esta circunstancia que le permite elogiar con calor las nobilísimas prendas que concurrían en aquel doctísimo escritor, cuya coleccion de las obras de Virgilio y traduccion de las mismas seguirá obteniendo sin duda el aprecio y las alabanzas de las personas ilustradas.

Pues como iba diciendo, la traduccion del Sr. Perez d Camino ha tropezado ó tropezará, que para el caso es lo mismo, con un inconveniente muy grande. Por más que se haga, han de ser muy contados los que lean á Virgilio traducido ó sin traducir, y aquéllos, ménos aún que éstos. Y la cosa es llana. Los que lean el texto latino saborearán, digámoslo

así, las bellezas profusamente esparcidas en el original por el autor, y diciendo que saben bastante la lengua latina, inútil es añadir que aman su literatura. Los demás necesitan doble estímulo para no igualar á la mayor parte de sus contemporáneos en el más injusto olvido de las letras clásicas.

La traducción en verso del Sr. Perez de Camino es tan digna de elogios como agradable de leerse. Este distinguido poeta versificaba sin duda con facilidad, corrección y elegancia. No es esto decir que su versión es irreprochable. Hay trozos no muy bellos y versos un tanto duros. Puede asegurarse, sin embargo, que la traducción es de ordinario recomendable por su fidelidad y esmero.

La traducción en verso de las obras maestras de la poesía tropieza con tantas dificultades, que no son pocos ni de escasa autoridad los que creen que es casi imposible y por esto mismo algo contraproducente. El Sr. Alonso Martínez profesa una opinión muy distinta y sostiene su tesis con muy buenas razones, apoyándose en la confesión del mismo Ochoa y en lo que dan de sí ejemplos acertadamente elegidos. Verdad es que el Sr. Ochoa dijo lo siguiente: «bien comprendo que, á pesar de mis esfuerzos para evitarlo en lo posible dentro de las condiciones que he impuesto á mi trabajo, la belleza de la forma poética, eso que podemos llamar *fragante flor de poesía*, encanto y corona de los divinos versos del cisne de Mantua, se ha marchitado, se ha evaporado de todo punto, sin duda, en mi humilde prosa castellana.» Bueno es recordar, sin embargo, que en otro lugar de la misma introducción (página xiv) dice lo que á continuación transcribo: «conservar la forma poética de un autor, sobre todo si es antiguo, y conciliarla con la escrupulosa fidelidad necesaria en toda traducción, me parece punto ménos que imposible: por eso no lo he intentado y me limito á dar una traducción en prosa que, sacrificando la forma poética del original siempre sacrificada, creo yo, aún en las mejores traducciones en verso, particularmente en escritos de alguna extensión, me deja mayor holgura para ceñirme, no ya sólo al pensamiento y á la dicción, mas al estilo propio del poeta, en cuanto lo consiente la diferencia entre la prosa y el verso.»

Generalmente hablando, yo entiendo que tiene razon de sobra el Sr. Alonso Martinez al afirmar la *superioridad estética del verso sobre la prosa mejor escrita*. En este punto soy incorregible. No habrá quien me convenza de que el verso es forma accidental y secundaria para la poesía. Dígase en buen hora que la prosa puede revestirse, y se reviste efectivamente en ocasiones, con galas riquísimas y admirables. Esto es mucha verdad; mas ¿habrá quien sostenga que la armonía, sonoridad y dulzura del verso, con sus acentos y cadencias, la entonación conmovedora que graba las palabras en el corazón, el acompasado desenvolvimiento de la frase y aquella inexplicable y alta excelencia con que se imprime por sí mismo en la memoria, son cosas de poca monta, y á las cuales puede llegar, sin separarse de sus reglas fijas é invariables, la más florida y elegante prosa? Han de seguirse, por tanto, grandes ventajas de traducir en verso las poesías. Dicho se está que las dificultades son grandes; que los escollos son muchos y muy terribles; esto es un estímulo para los poetas de ánimo esforzado, y aunque se pueda creer con el Sr. Ochoa que es lástima que no se dediquen á otra cosa, fuera injusto en alto grado negarles la consideración que se les debe. Nosotros se la rendimos con gusto al autor de las excelentes octavas que tenemos á la vista.

En otro concepto es esta traducción digna también del más señalado aprecio. Una triste señal para el arte y la vida en los días que corren, es, á mi ver, cierto desamor para con la madre Naturaleza. Los árdulos problemas que nos asedian con angustias indecibles, las aspiraciones atormentadoras que despierta en todas las almas este incesante batallar en que nuestras fuerzas se consumen y la sensibilidad se embota, el choque violento y espantoso de los elementos del pasado con los del tiempo en que vivimos, la tendencia centralizadora que atrae desde las ciudades con fuerza irresistible á todas las inteligencias, la atmósfera cargadísima á que nuestros pulmones se acostumbran, cosas son que obrando de consuno en la misma dirección, explican sobradamente este alejamiento con respecto á la naturaleza, y de que damos muestra á cada paso, lo mismo en la poesía que en la vida toda.

Nada más provechoso en tales circunstancias que evocar

el ilustre nombre de Virgilio. Pocos poetas tuvieron en grado tan eminente ese sentimiento de las cosas naturales. Fué en este sentido un poeta eminentemente latino, pues como observa Federico de Schlegel en su célebre *Historia de la literatura*, los romanos estaban llamados por poderosas y diversas razones á ser un pueblo agrícola. En este sentido tenia que ser Virgilio para ellos un poeta nacional. En una obra reciente (*Recuerdos de Italia* 2.^a parte) ha dicho admirablemente el Sr. Castelar hablando de Virgilio estas hermosas frases: «Virgilio no es un erudito que rehace la Naturaleza en su biblioteca: es un campesino que ha nacido y se ha criado en el establo; que ha dirigido con su honda y su cayado las ovejas; que ha tocado la zampoña y el rabel en las pastoriles fiestas; que ha muñido las tetas de las vacas; que ha sesteado á la sombra de los olmos; que ha sembrado el grano por el lluvioso otoño tras la yunta en el hondo surco, y con su hoz lo ha segado, y en la era lo ha trillado por el caluroso estío; que ha recogido y cortado el panal de cera y miel en las colmenas; que ha podado los sarmientos y vendimiado los racimos y recibido en las cántaras el ardiente mosto, y trabajado con todo su ser en las creadoras faenas del campo, vivo en su corazon y en su existencia ántes de ser cantado por su armoniosísima poesía.»

Tal es el carácter y tales son las condiciones del poeta mantuano, y las *Geórgicas* son, á no dudarlo, una obra maestra que, por comun asentimiento de los críticos más caracterizados, debe estimarse como la mejor que nos legó. El señor Ochoa no se limita á reconocer esta superioridad, sino que la proclama en los siguientes términos: «Son las *Geórgicas*, á no dudarlo, la más bella y acabada obra de Virgilio, y acaso de toda la antigüedad pagana.» Y basta recordar los primeros versos de este inmortal poema par a comprender su objeto y e género de inspiracion á que obedece:

*Quid faciat laetas segetes, quo sidere terram
Vertere, Mæcenas, ulmisque adjungere vites
Conveniat: quæ cura boum, qui cultus habendo
Sit pecori: apibus quanta experientia parcis,
Hinc canere incipiam. Vos, o clarissima mundi
Lumina.*

¡Bello poema, en verdad! Imposible es leerlo sin sentir que el alma se enternece y dilata, como si verdaderamente nos trasportáramos al campo, no como distraídos viajeros que miran con indiferencia las faenas del labrador, sino como aquel que experimenta toda la ternura y amorosísima sencillez de la vida campestre, al par que atiende con profundo interés á las labores del hombre que santifica con el trabajo una existencia rejuvenecida sin cesar por la libertad de sus inocentes costumbres. La emoción que produce la lectura de este poema es sólo comparable con la que sentimos al escuchar las arrebatadoras notas de la *sinfonía pastoral* de Beethoven, esa maravilla musical inspirada en el mismo sentimiento.

No quisiéramos exagerar la expresión del sentir nuestro, pero no podemos dejar de decir claramente que la lectura de la traducción del Sr. Perez de Camino nos ha producido una impresión agradabilísima. Con dar á conocer una versión tan esmerada ha hecho el Sr. Alonso Martinez señaladísimo servicio á las letras patrias.

El *Arte poética* que figura en el tomo de que hablamos, y que decidió reimprimir el Sr. Alonso Martinez, siguiendo el parecer de amigos competentes, y deseando rendir un nuevo tributo de respeto á la memoria de su ilustre tío, se escribió por los años de 1818 á 1820, y es, por consiguiente, anterior á la de Martinez de la Rosa.

El Sr. Perez de Camino era un entusiasta partidario de la escuela que llamamos pseudo-clásica. Su *Arte poética* obedece por completo á esta doctrina literaria. El autor no se limitaba á abogar por ella en la parte dogmática de su obra, pues encuéntrase alguna que otra observación crítica enderezada á predisponer los ánimos contra la escuela romántica, nueva á la sazón. Así decía, por ejemplo:

*Canoro, empero, ofrecerasme en vano
Sublimes, pintorescas mil canciones,
Si de Byron imitador insano
Un asunto á mi mente no propones.*

Y añade luego, para remachar el clavo, como se suele decir:

*A la enfática pompa de estos nada,
La copla más humilde antepondría.*

Como quiera que no estaba esto muy claro, al parecer, para aquellos tiempos escribi6se esta nota que figura entre las puestas al canto primero:

«El lord Byron es el jefe de la secta literaria llamada *romántica*, secta absurda que se distingue, sobre todo, por la incoherencia de las ideas y la falta de plan, sin hablar de otros vicios capitales. Como esta secta ha obtenido cierta voga, el lector me excusará si me detengo en combatirla más de lo que merece, en obsequio de la juventud á quien desearia inspirar un justo menosprecio por sus oropeles.»

¡Cuánto han variado los tiempos! Sería una verdadera crueldad hincar el diente de la crítica en esta ingénuo confesion de un intolerante espíritu de secta. Valdria esto tanto como pedir cuentas á la Harpe, Voltaire y otros críticos de pasados tiempos, por sus incomprensibles dicterios contra el insigne Shakspeare ó á Sismondi por su incalificable menosprecio de nuestro gran Calderon.

Reseñar el contenido de un *Artepoética*, criada en el regazo de la musa más clásica que ha logrado trastornar el seso á los poetas hispanos, como era la que predominaba en los tiempos á que el Sr. Perez de Camino pertenecia, fuera sin duda tan inútil y enfadoso cuanto impertinente. Los que piensan bien de la poesía didáctica, no negarán sin duda á la obra del poeta burgalés, los elogios que en este sentido merece indisputablemente.

Por mi parte, sólo diré que no se llega á ser poeta aprendiendo reglas sábias, y que si es gran verdad, como afirma el Sr. Perez de Camino, que *para cincundar la frente de laurel esclarecido es preciso asociar el arte al natural ingenio*, sería preferible, á mi ver, enseñar esas reglas en prosa, aunque se tarde más en aprenderlas por no grabarse tan fácilmente los preceptos en la memoria. No debe de obstar esta consideracion, que responde en el autor de este artículo á un concepto filos6fico de la poesía, que le parece muy bueno, á que se aplaudan y lean con interés todas las *Poéticas* en verso, así las de Horacio, Boileau, Vida, Lujan, y Martinez de la Rosa, como la del Sr. Perez de Camino, que no ha de parecer indigna de figurar en tan noble compañía, ni áun á los que con más severidad la examinen.

II.

Confiesa el autor de este artículo que le causó no pequeña sorpresa saber que se trataba seriamente de fundar una verdadera Biblioteca de obras útiles, al par que amenas, con destino al ejército. Con buscar noticias y suscribirse creyó cumplir el deber que le imponía su natural afecto á las armas españolas, y aquí hubieran terminado sus cálculos y consideraciones, á no enterarse oportunamente de que figuraban como directores y propietarios de dicha Biblioteca dos bizarros é ilustrados oficiales del arma de caballería: D. Felipe Tournelle y D. Fernando de Cárdenas. Dió lugar esta nueva averiguacion á que las esperanzas que cifraba en la Biblioteca tornáronse al punto en seguridad y confianza ilimitadas; y de que no se equivocaba da ciertamente testimonio eficaz y valiosísimo el tomo que acaba de publicarse.

Y aún con ser tan ajenas á nuestros estudios las cuestiones militares, diremos algo sobre el tomo que á la vista tenemos (1). ¿Cómo rendir un tributo mejor á la recta intencion de los fundadores de la Biblioteca? Si no es necesario vestir el honroso uniforme militar para abrigar ardiente simpatía por cuanto pueda contribuir á elevar el nivel intelectual de nuestro valiente ejército: si no es preciso pertenecer á la carrera de las armas para sostener que la grandeza militar y los lauros que con ella se alcanzan forman parte integrante de toda sólida grandeza y verdadera gloria en la vida de las naciones: si no es forzoso sufrir las mismas fatigas y acometer idénticas hazañas para tener por dignos de superior encomio los altos sentimientos que hacen palpitar fuertemente el corazón del guerrero bajo la casaca que tantas veces tiñe en sangre generosa el enemigo de la independencia, la honra ó la seguridad de la patria, ¿quién extrañará que, prescindiendo de un criterio exclusivo, tomemos la pluma para dirigir un cariñoso saludo á la *Biblioteca militar*?

Si la materia de su primer tomo en vez de ser histórica fuera

(1) Biblioteca militar.—T. I. *Historia de las campañas de Bohemia é Italia* por Vial, oficial de Estado Mayor francés. Traducción de Arturo Cotarelo. Madrid. Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, 1876.

técnica y no dijese relacion más que á los particulares ramos del saber militar, nos guardariamos muy bien de dejar correr la pluma. Mas no es este el caso en que estamos, pues interesan á todos las peripecias de las guerras de Bohemia é Italia, y sus resultas son de tanta trascendencia en la historia y la política contemporáneas, que el estudiarlas importa por igual á cuantos curan de los rumbos que ahora llevan con general asombro los gobiernos y las naciones. La *Historia* que á la vista tenemos, es no más que un compendio para el cual ha tenido en cuenta el oficial francés M. Vial las Memorias de los estados mayores de Prusia y Austria al mismo tiempo que las obras ya famosas del gran Rustow y las de Borbstadt, Lecomte, Fay y otros escritores de crédito no menor en la milicia. La traduccion española que se ha dado á la estampa y que ocasiona este juicio, débese á la pluma de D. Arturo Cotarelo, á quien conocen muy bien nuestros lectores. Por último las condiciones materiales del tomo son inmejorables.

Harto saben aquellos que la rivalidad entre Prusia y Austria se remonta á los tiempos en que la nacion que primero hemos nombrado de estas dos, cobrando vigor é influencia no escasos, pudo aspirar á ejercer sobre Alemania la hegemonia por tanto tiempo adscrita á su orgullosa rival. Sin volver las miradas á tiempos ya remotos, podemos decir que la última y más decisiva forma de esta rivalidad, presentóse con motivo de la guerra que la Confederacion Germánica hizo á Dinamarca y en que intervinieron los ejércitos de las dos naciones á que nos referimos. Las conquistas debidas al rápido éxito de una campaña en que la superioridad numérica de sus adversarios reviste á la derrota de los dinamarqueses con los más simpáticos caracteres, dan luego ocasion á que prusianos y austriacos acudan al campo de batalla para dirimir la famosa cuestion de los ducados de Schleswig y Holstein.

En la breve narracion con que da comienzo á su obra M. Vial, nótese desde luego un hecho de gran importancia bajo el punto de vista militar y político. Preparándose ámbas naciones á reñir descomunales batallas, todas son facilidades para Prusia y dificultades para Austria. Todo lo tiene dispuesto la primera: todo está por disponer en la segunda:

¿Cuál es la razón de este fenómeno? No es otra que la organización militar de los prusianos, impuesta por las duras condiciones á que quiso sujetarles un tiempo el victorioso Napoleón I. Hombres como Stein y Scharnhorst concibieron entonces el gran principio del servicio universal obligatorio, hicieron efectivos el deber y derecho que tienen los ciudadanos á velar por el sagrado suelo de la patria, y educando al pueblo en este austero culto del sacrificio y el honor, dieron lugar á que poco á poco fuese adquiriendo la debida perfección tan ventajoso sistema. Así al estallar esta guerra de que ahora hablamos, tienen los prusianos sus cuerpos de ejército previamente formados, los generales y estado mayor á la cabeza de las tropas, prevenido el material de guerra, en disposición de incorporarse fácilmente á sus banderas los individuos de las reservas, designada la requisa de caballos, todo convenientemente dispuesto para poner en pié de guerra un numeroso ejército bien amaestrado y provisto. ¡Cuán diferente era la situación del Austria! Estas indicaciones de M. Vial son de gran importancia á pesar del laconismo de la exposición.

Otro dato importantísimo que viene en abono de la tesis que en el párrafo anterior sostenemos, es el siguiente: Prusia, con 19.000.000 de habitantes, pone sobre las armas 660.000 hombres: Austria, con 37.000.000 de almas, no puede disponer mas que de 620.000 soldados. Añádase á este dato el de los 200.000 hombres con que acude al conflicto Italia, aliada de Prusia, y veremos cómo pueden comprometer las naciones su propia existencia con la heterogeneidad de los elementos etnológicos, la mala administración, la torpe organización de los ejércitos y las faltas diplomáticas; causas que influyen juntamente en los desastres que deplora el Austria todavía, aunque mucho lo disimule.

Los teatros de operaciones, así en Bohemia como en Italia, están perfectísimamente trazados: la organización de los ejércitos y su situación para la campaña clara y fácilmente expuestas: los planes de campaña muy bien entendidos. Entrase luego en el estudio de las operaciones estratégicas, que están clasificadas en cuatro períodos distintos: hostilidades sobre los teatros secundarios, ofensiva del príncipe Federico Carlos;

ofensiva del príncipe heredero y maniobras opuestas de los austriacos. Inútil fuera querer seguir á M. Vial en todos estos desenvolvimientos del plan de su obra: debidamente resumidos en ella, perderian mucho si los sometiéramos á un nuevo resúmen. Viene luego otra parte titulada *Operaciones tácticas*, que comienza con la descripción de la célebre batalla de Sadowa. Los primeros episodios de la campaña han sido ya fatales para los austriacos y sus aliados: ocupados Hesse, Hannover y Sajonia por sus adversarios; cumplido el plan de éstos en Bohemia por la cual van extendiéndose sábia y valerosamente; desconcertado, ó poco ménos, el ejército de Austria, no es extraño que en Sadowa se le prepare un completo desastre. El ejército austriaco lucha bravamente, pero es vencido, por falta de una buena direccion, á las ocho de la noche del memorable 3 de Julio de 1866. Vencidos los de Austria, á pesar de su indisputable heroísmo, desalentados, desolados por una derrota tan completa, advierten que sólo les queda el recurso de la retirada, y el infortunado Benedeck prepara sus huestes para esta extrema resolucion. Los hechos posteriores de esta campaña tienen escasa importancia. En vano se confia al archiduque Alberto, vencedor en Italia, una direccion que ya no puede salvar á los vencidos. La narracion y las descripciones de M. Vial, no carecen un instante de gran interes en todo este importante trabajo.

Viene á continuacion la historia de la campaña de Italia en el mismo año. Detállase la organizacion del ejército italiano, la del austriaco que ha de resistirle, el teatro de la guerra, los planes de campaña dando curiosas noticias sobre la influencia de Prusia en el de Italia, las operaciones estratégicas que colocan á los ejércitos en el campo, el teatro y operaciones de la famosa batalla de Custozza y sus peripecias. Resulta de estos importantísimos estudios, que batiéndose bizarramente los italianos, y es de importancia que lo digamos, son vencidos por los austriacos, por las mismas ó muy parecidas causas de que vencieran á éstos los prusianos en la campaña de Bohemia. Lo mismo en el estudio de la una que de la otra campaña, resume acertadamente M. Vial, así las condiciones que dieron superioridad á los vencedores, como las faltas es-

tratégicas de los vencidos. Firmóse la paz, como saben nuestros lectores, en Praga á 29 de Agosto de 1866. Por las cláusulas de este tratado dejó Austria de pertenecer á la Confederacion Germánica, cedió el Véneto á Italia por medio de una aparente cesion primera á la Francia, pagó una fuerte contribucion de guerra, disuélvese la primitiva Confederacion Germánica, sucédenla las del Norte y el Sur, colócase la Prusia á la cabeza de Alemania, y agrega á su territorio los ducados del Elba, el Hesse y Hannover. Cuatro años más tarde hunde en el polvo el poder militar de Francia, le arranca dos provincias y una fuerte indemnizacion, valiéndose para conseguir unas ventajas tan enormes del resultado de su campaña contra el Austria. Italia por su parte, fiel á una alianza tan provechosa, se vale de las victorias de Alemania sobre Francia para destruir el poder temporal de los Papas, ocupando á Roma y realizando ese hermoso sueño de la unidad italiana, que filósofos tan ilustres y perspicaces como Hegel, llegaron casi á colocar en la region de la fantasía. Sin más que estudiar atentamente estos hechos, relacionándolos entre sí, como es deber de cuantos aplican el pensamiento á la historia, se advierte la inmensa importancia de las campañas de Bohemia é Italia y la utilidad de estudiarlas militarmente.

Comprende tambien el tomo primero de la *Biblioteca militar* un notable trabajo del Sr. Cotarelo sobre las *Academias de guerra*. Sentimos mucho que no nos sea posible entrar en el exámen de un escrito tan interesante. Cuantos miran con interes el porvenir del ejército, que al fin y al cabo es el porvenir mismo de la patria, bajo un importante aspecto, cuantos sostienen que la milicia no puede salir de las condiciones del tiempo en que vivimos, y que necesita por tanto, ensanchar los horizontes de su cultura, leerán sin duda con gusto un escrito en que se aborden tales cuestiones con recto sentido y acertado juicio.

Y aquí terminamos manifestando ingenuamente la gran satisfaccion con que hemos recibido el primer tomo de la *Biblioteca militar*, y la impaciencia con que esperamos los que se han de publicar á continuacion.

RAFAEL MONTORO.

REVISTA CRÍTICA.

Terminaron en el Ateneo los debates sobre la poesía lírica, resumiéndolos el Presidente de la Sección de Literatura, Sr. Canalejas. Publicado su discurso, á la redacción que le ha dado al publicarlo debemos atenernos en justicia, ya que en ella ha subsanado las graves omisiones que al pronunciarlo cometiera.

Resiéntese el trabajo del Sr. Canalejas, de ciertos resabios que ha adquirido este ilustrado crítico desde su entrada en la Academia. Y no nos referimos solamente á lo artificioso y arcáico de la frase y á lo rebuscado del período, vicios debidos al afán de imitar el lenguaje arqueológico en boga en el santuario de la calle de Valverde y que tanto contribuyen á que la palabra del Sr. Canalejas haya perdido la espontaneidad y elocuencia que en otro tiempo la adornaban, haciéndose premiosa, difícil y amanerada. Nos referimos á las tendencias conservadoras que manifiesta en el arte, al mal disimulado apego que revela hácia las escuelas clásicas y á la hostilidad que parece sentir hácia los innovadores del lirismo.

Sólo así se explica la crítica notoriamente injusta que hace el Sr. Canalejas de las obras líricas de Becquer y Campoamor, al paso que prodiga alabanzas á buen número de poetas, cuyos méritos se reducen al atildamiento del lenguaje ó á su respeto á las clásicas tradiciones. No hemos de citar los nombres que sin razón aplaude, porque habríamos de ofender á personas que aún viven; pero seáenos lícito deplorar que quien tan duro se muestra con el autor de las *Rimas* y el de los *Pequeños poemas*, cante las glorias de escritores que ciertamente no pasarán á la posteridad.

Nacen en mucha parte estos errores del Sr. Canalejas de no haber acertado á esclarecer el problema debatido en el Ateneo acerca del fondo y forma de la poesía y acerca del arte docente y del arte por el arte. Es cierto, como el Sr. Canalejas sostiene, que la belleza y la poesía son forma pura y que el arte no puede ser rigurosamente docente en el sentido literal de la palabra; pero también que la excelencia de la poesía aumenta y su influencia acrece cuando el ideal cantado por el poeta es expresión de la verdad, cuando responde á los sentimientos de la época y cuando encierra verdadera trascendencia. Hay en la poesía dos cosas distintas: una

creacion artística, cuya excelencia reside exclusivamente en la forma, y una manifestacion de ideas y sentimientos, que crece ó mengua en perfeccion segun el valor y trascendencia de aquellos. Sin duda, que bajo el punto de vista puramente artístico, igual valor y legitimidad alcanza la poesía que tiene idea ó fondo y la que no la tiene, á condicion de que ámbas sean bellas en su forma; sin duda que una poesía de bella forma y de pobre ó falsa idea valdrá más (artísticamente hablando) que una poesía profunda y filosófica de forma pobre y fea; pero en igualdad de circunstancias siempre aventajará en importancia é influencia el poeta que en forma bella diga algo al que en forma tambien bella no diga nada.

Cierto que la idea por sí sola no es el arte, por más que pueda ser intrínsecamente bella, porque el arte no es la idea sino la representacion sensible de la idea (como dice exactamente el Sr. Canalejas); cierto que la idea sólo entra en el arte y es artística á condicion de ser figurada, representada, trocada en bella forma por la fantasía; pero cierto es tambien que, aparte de la belleza que por sí misma pueda tener la idea, cuanto más verdadera, profunda, interesante y simpática sea, tanto ganará en importancia y valor social la obra en que aparezca.

El valor de la idea en el arte varia tambien segun el género de la obra. Cuando el poeta narra ó describe, cuando es propiamente épico, el elemento idea tiene mucha ménos importancia que cuando en la poesía se anuncian ideas y sentimientos personales; pues no hay que olvidar que en el poeta lírico hay siempre un pensador. Y aún en la épica no es indiferente el asunto. Cantar hoy la guerra de Troya seria empresa de dudoso resultado y se necesitaria un grado de perfeccion extraordinario en la forma para entusiasmar á los lectores del siglo XIX con las hazañas de Aquiles ó de Héctor.

El crítico debe establecer siempre la necesaria distincion entre el juicio puramente estético y el que pudiéramos llamar humano-social de la obra de arte, y sólo de esta manera acertará á cumplir su mision. Todavía en las artes que directamente no expresan ideas (como la música por ejemplo) puede omitirse esta distincion; pero en artes como la poesía no cabe olvidarla. Colocándose fuera y por cima de la vida y de la historia en la region abstracta de la estética, es posible conceder igual lauro á la oda de Sanchez de Castro al Concilio del Vaticano y á la oda de Quintana á la invencion de la imprenta. Bajo el punto de vista puramente artístico podrán competir ámbas; pero consideradas como expresion del ideal ¿cómo cabe equiparar el canto arcáico del primero con el himno al progreso y al porvenir del segundo?

Redujérase la poesía á una música hablada si tal se hiciere; pues olvidárase entónces que es juntamente realizacion de belleza y expresion de ideal, sobre todo en los géneros que á expresarlo se dedican; obligárase al público á dejar de pensar cuando escucha

os acentos del poeta y á prescindir de lo que éste dice para fijarse sólo en cómo lo dice, y de esta suerte perdiera todo su valor social a poesía y dejara el poeta de ser *vate* para convertirse en músico. ¿Quiere esto decir que deba condenarse la poesía sin idea? No ciertamente. Eterna será la poesía descriptiva, que sólo aspira á poner de relieve las bellezas naturales y la narrativa que busca su inspiracion en los grandes hechos de la historia; eterna será también la belleza de las grandes obras poéticas, aún cuando haya caido en descrédito el ideal que canten, porque siempre quedará la belleza de la forma; pero ¿cómo negar que si al primor de la imágen y del metro se une la verdad y alteza de la idea, la poesía que junte ámbas excelencias superará á la que sólo posea la primera? Pues esto es lo que afirman los que enaltecen á los poetas de idea (de idea y de forma debiera decirse) sobre los de pura forma, sobre todo tratándose de géneros principalmente destinados á la expresion de la idea.

Distingamos, pues, en la poesía el fondo de la forma; concedamos que en ésta y no en aquél reside propiamente lo poético, aunque el fondo pueda ser bello por sí mismo; declaremos que la excelencia del fondo es insuficiente si no le acompaña la de la forma; afirmemos que ésta basta por sí sola para constituir la belleza poética; pero que la perfeccion de la obra ganará si al primor de la forma se juntan la verdad é importancia del fondo; y de esta suerte nos habremos apartado de toda exageracion, tanto de la que busca en el arte poético un simple medio de demostrar verdades, como de la que se manifiesta hostil ó indiferente á que la poesía adquiriera verdadera trascendencia, y podremos hacer justicia á todos los poetas de verdadero mérito, otorgando, sin embargo, nuestra preferencia á los que cautiven á la vez nuestra razon, nuestro corazon y nuestra fantasía sobre los que sólo alcancen á deleitar nuestro oido con la magia de sus versos ó recrear nuestra imaginacion con los primores de su fecunda inventiva.

Por lo que al arte docente respecta, parécenos que tampoco acierta el Sr. Canalejas á hallar la verdadera fórmula de esta cuestion, acaso porque le extravíe el impropio calificativo de *docente*. El arte no enseña ni aspira á enseñar como la ciencia; el arte se limita á dar bella forma á ideas y sentimientos que pueden entrar en trascendencia social ó filosófica, y en tal concepto no es lícito negarle el derecho de buscar esta trascendencia. Cuando el arte no es narrativo ó descriptivo, sino conceptivo; cuando el artista al crear belleza, manifiesta y canta un ideal, cabe, sin faltar á la ley artística, dar al ideal cantado toda la trascendencia posible. Claro está que si extremando esta tendencia el poeta se limita á hacer ciencia rimada y se obstina el crítico en que esta poesía es la única legítima, se podrá caer en extravío lamentable; pero aún en tal caso, siempre que se conserve la belleza de la forma, habrá arte y

poesía, como lo prueban los poemas didácticos de Hesiodo, Lucrecio, Horacio y Virgilio y tantos otros á quienes tributan merecido aplauso los enemigos del arte docente, y siendo esto así, ¿cómo el Sr. Canalejas, que enaltece de seguro el poema *De natura rerum* y las *Geórgicas* y se deleita con los filosóficos conceptos de la *Epístola moral á Fabio*, combate á Campoamor porque procure que cada una de sus composiciones tenga alcance y trascendencia filosófica?

Nada más injusto y desacertado que el juicio que de Campoamor hace el Sr. Canalejas, á no ser el que hace de Becquer. Parece imposible que tan ilustrado crítico incurra en tamaños dislates, despues de prodigar elogios á verdaderas medianías.

Ante todo, es completamente inexacta la division que hace de la vida poética de Campoamor, considerando en él dos poetas: el de las *Doloras* y el de los *Poemas*. La tendencia trascendental (que tanto censura) es igual en ámbos géneros de producciones; más aún, todavía se manifiesta con mayor crudeza en las *Doloras* que en los *Poemas*. *La comedia del saber*, *La fé y la razon*, *Las creencias*, *Todo es uno y lo mismo*, *El sexto sentido*, *Las dos linternas*, *La ciencia nueva de Vico*, y otras muchas doloras que pudiéramos citar son mucho más docentes que *El tren eterno*, *Las tres rosas*, *La novia y el nido*, *Las flores vuelan* y la mayor parte de los poemas. ¿Dónde está, pues, esa diferencia de épocas en Campoamor?

Pero aunque así fuera, ¿no hay en las obras de Campoamor todas las condiciones que exige el Sr. Canalejas? ¿La idea filosófica no se viste en ellas de bellas formas sensibles é imaginativas? Pues entónces, ¿por qué censura el Sr. Canalejas esas *antítesis oscuras*, esa *sutileza que toca en lo conceptuoso*; ese *empeño de exponer teorías y probar tesis trascendentales que roban calor y vida* á las obras de Campoamor? Y sobre todo, ¿con qué derecho critica eso el erudito escritor que en un bellissimo discurso hizo la brillante y merecida apología de la muestra más acabada de esos que hoy le parecen lunares y entónces le parecieron bellezas, de los *Autos sacramentales* de Calderon? ¿Pues dónde hay en Campoamor nada que pueda compararse en tendencias docentes y antítesis y sutilezas y rebuscamientos con los autos *La vida es sueño*, *A Dios por razon de Estado*, *La divina Filotea*, *El sacro Parnaso* y tantos otros que en suma son tesis teológicas dramatizadas? ¿O es que el fervor místico que á última hora se ha apoderado del Sr. Canalejas le hace aplaudir en los escritores católicos lo que le parece censurable en los que rinden culto al espíritu moderno? En cuanto á Becquer, el señor Canalejas lo considera muy por bajo de lo que merece. Para el señor Canalejas, esos que llamó suspirillos germánicos el Sr. Nuñez de Arce, tienen muy poca valía. Fácilmente dispuesto á entusiasmarse con las odas kilométricas de la escuela clásica, manifiéstase hostil contra esas composiciones breves, profundas y sentidas en que re-

flejó Becquer el espíritu poético más espontáneo y genial que hemos conocido en estos últimos años. Para el Sr. Canalejas, *en esos géneros no hay base ni material estético para fundar una escuela*; ó lo que es igual, la concisa profundidad, el delicado sentimiento, el humor, la gracia, el encanto que palpitan en todos los poetas alemanes modernos desde Goethe y Schiller hasta Heine, Uhland, Hartmann, Rückert y tantos otros (fuentes indirectas, cuando ménos, de Becquer, y directas de Florentino Sanz, á quien aplaude, por más que esto parezca contradicción), deben valer muy poco para el Sr. Canalejas, porque no ostentan la amplitud de formas de la oda pindárica. ¡Sea enhorabuena! Deléitense los clásicos con las odas en que se invoca á *Mavorte fiero* y á la *hórrida Belona*; que la juventud ilustrada y cuantos prefieren la naturalidad del sentimiento y la profundidad de la idea á los períodos retumbantes de los poetas de Academia, estarán siempre dispuestos á dar veinte odas, de esas que se premian en los certámenes académicos, por una rima de Becquer ó una dolora de Campoamor. Cuando duerman el sueño del olvido muchos génios inventados por el Sr. Canalejas, vivirán las poesías de ese *desaliñado é incorrecto* Becquer, que si no sabia medir su inspiracion por varas ni hablar de *broncíneos tubos*, por lo ménos sabia hacer sentir y hacer pensar, lo cual no es tan fácil como parece á primera vista.

Nuñez de Arce sale mejor librado de manos del Sr. Canalejas; pero no obstante, tambien se lleva su parte de leccion, porque en su lira no hay más cuerdas que la pátria y la libertad; ¿qué importa si las vibra con tanta valentía? ¿Acaso es obligacion del poeta cantar la realidad entera en todas sus manifestaciones?

Terminaremos esta desaliñada crítica haciendo notar algunos graves errores y omisiones históricas que comete el Sr. Canalejas al desarrollar su teoría (exacta sin duda) de que la lírica es de origen moderno, porque es hija de la libertad y del sentimiento de la individualidad. Es cierto; pero nada nace sin precedentes y no es posible pretender que la lírica ha nacido como Minerva de la cabeza de Júpiter. Verdad es que la lírica antigua tiene más de épica que de lírica; pero no es permitido á erudito tan docto como el Sr. Canalejas desconocer la realidad de los hechos hasta el punto de olvidarse de poetas como Safo y Anacreonte, como Horacio, Catulo, Tíbulo, Propercio y Ovidio, cuyo carácter genuinamente lírico es imposible negar, ni decir que Petrarca es el primer poeta lírico, como si no existiera el autor de las *Querellas*.

*
* *

En la Seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo continúa con gran animacion el debate acerca de la Constitucion inglesa. Terminado el enojoso incidente surgido entre los Sres. Sanchez, Figuerola y Pedregal, comenzó á usar de la palabra el Sr. Mo-

reno Nieto, haciendo una elegante reseña histórica de la Constitución inglesa y anunciando que iba á tratar la cuestión bajo todos sus aspectos. Su discurso, con razón aplaudido, no tuvo otro honor que un lastimoso paréntesis sobre la cuestión religiosa en que el Sr. Moreno Nieto pareció olvidarse de la templanza y serenidad que hasta entónces habia ostentado y que luego recobró. Por lo que pudimos entender, el Sr. Moreno Nieto se propone acusar de inconsecuencia é intolerancia al protestantismo. No le faltará razón para ello; pero, no sabe el Sr. Moreno Nieto que

el que tiene de vidrio su tejado
no debe tirar piedras al vecino?

*
* *

De novedades bibliográficas y teatrales poco ó nada podemos decir á nuestros lectores; porque suponemos que nos dispensarán de la ingrata tarea de hablar de las obras que en estos días han sucumbido á las iras del público. Por esto nos limitaremos á mencionar con elogio la agradable y discreta comedia del Sr. Echevarría: *Los grandes títulos*, escasa en novedad, pero tan bien desarrollada como galanamente escrita, echando un velo sobre las producciones de los Sres. Blasco y Puente y Brañas y sobre los diferentes desatinos propios de la época de Navidad que han ofrecido al público casi todos los teatros.

*
* *

Nuestro distinguido amigo, el Sr. Sanchez Perez, ha tenido la bondad de contestar á las observaciones que le hicimos en nuestra última Revista, y sin querer sin duda, nos ha inferido la ofensa de suponer que habiamos juzgado su artículo sin leerlo, ligereza que nunca nos permitimos, mucho ménos tratándose de trabajos tan estimables como los del Sr. Sanchez Perez.

Dice esto nuestro amigo porque, á su entender, le hemos atribuido gratuitamente la doctrina de que el crítico no necesita ciencia, pues con la experiencia le basta, y de que para juzgar un drama es necesario haber pasado por las situaciones que en él se pintan; doctrina que él dice no haber sostenido en su artículo.

Nosotros no hemos dicho terminantemente que el Sr. Sanchez Perez desarrollara tal doctrina, sino que la indicaba, y añadimos que la indicación basta para que en ella señaláramos un peligro, y bajo el supuesto de que todo ello eran indicaciones no desenvueltas por el Sr. Sanchez Perez, pero que de serlo, encerrarían peligros, escribimos nuestras observaciones, como fácilmente se colige del tono, casi siempre condicional, que en ellas usamos.

Y que teniamos derecho para presumir que el Sr. Sanchez Perez tenia en poca estima la ciencia del crítico y en mucha la experiencia lo muestran las repetidas ocasiones en que así lo indica, asegu-

rando que *el estudio del hombre se consigue mejor en el mar de la vida que en el polvo de las bibliotecas, que acaso para juzgar las obras dramáticas no son suficientes la ciencia y el ingenio, que tal vez, pues de pintar luchas de pasión se trata, sea necesario haber experimentado sus efectos*, y otras frases semejantes que llevan envuelta é indicada, si no desarrollada explícitamente (lo cual reconocíamos) la doctrina que censuramos. Parécenos también que al ver que achacaba á nuestros pocos años y falta de experiencia en las grandes desgracias de la vida, el que nos pareciera extraña la mansedumbre del marido que pinta el Sr. Echegaray en su último drama, no nos faltaba razón para presumir que el Sr. Sanchez Perez no creía posible que se juzgara una situación dramática sin haber pasado por ella; pues si tal no pensaba ¿qué base tenían sus acusaciones y qué necesidad había de hablar de nuestra falta de experiencia? Por lo demás, creemos que es posible juzgar una situación dramática sin haber sufrido desgracia alguna, á ménos que se declare posible toda observación psicológica que no sea fruto de la propia experiencia, cosa que no creemos que se atreva á sostener el Sr. Sanchez Perez.

Por lo que hace al público, repetimos que no lo hemos atacado; ántes hemos excusado lo erróneo de sus juicios, explicándolos por una natural fascinación. Tampoco lo menospreciamos como supone el Sr. Sanchez Perez; pero sabemos cuánto contribuye en no pocas ocasiones á la corrupción del arte y cuán voluble suele ser en sus juicios, y por eso no los tenemos en tanta estima como el Sr. Sanchez Perez. Creemos que conviene tenerlos en cuenta, pero no que sus aplausos sean siempre justos, y por eso no concedemos gran importancia á los éxitos que fabrica, á veces sin darse cuenta de lo que hace, ni antepone su juicio irreflexivo al de la crítica ilustrada y sensata.

En cuanto al drama del Sr. Echegaray no tendríamos inconveniente en debatir sus méritos y defectos con el Sr. Sanchez Perez, si no fuera porque el asunto pecaría ya de añejo y porque habiendo dado extensamente nuestra opinión, tendríamos que limitarnos á rebatir las opiniones del Sr. Sanchez Perez, á riesgo de que nos dijera luego que no habíamos leído su trabajo. Sin embargo, si el Sr. Sanchez Perez tiene empeño en el debate, no nos negaremos á ello, aunque sería mejor que aguardáramos á ser viejos para tener la experiencia que no consienten aún nuestros pocos años.

M. DE LA REVILLA.

CRÓNICA DE MADRID

Las esperanzas que mejor se fundan en hechos reales y positivos, son las que con más frecuencia vemos defraudadas en este mísero mundo.

Esta es una verdad, casi un axioma, cuya explicación, por demás difícil y confusa, encontrarán sin duda esos pensadores y filósofos que con tanto celo como fortuna, buscan incesantemente las causas que una vez reunidas y analizadas llevan al exacto conocimiento de los misterios que la vida ofrece. Nosotros nos limitamos á consignarla.

Hace muchos años que no se nos había presentado un invierno como el que atravesamos, invierno preñado de las promesas más halagüeñas, y que parecía reunir, al comenzar, todos los elementos necesarios para su mayor animación y brillantez. La fratricida lucha que sosteníamos en las provincias del Norte, donde peleaba sin descanso y sin misericordia lo mejor de nuestra población, había concluido; el país, entrando en una era verdaderamente envidiable de paz y de reorganización, la fortuna pública en vías de fabulosos arreglos y de mejoras sin cuento, los espíritus tranquilizándose por completo, respecto del porvenir político, económico y social; el comercio y la industria, adquiriendo un desarrollo inusitado; la agricultura prosperando, á pesar de la langosta, é introduciendo en España, gracias á los sábios y concienzudos artículos de la *Gaceta Agrícola*, los modernos adelantos europeos y los poderosos auxiliares mecánicos que cada día se hacen más indispensables; el trabajo organizándose; la enseñanza pública recibiendo vigoroso impulso; la grandeza, olvidando antiguas divisiones y querellas, y uniéndose toda ella en un comun esfuerzo para alcanzar un objeto altamente patriótico, todo en fin, parecía reunirse para que tan diversas fuerzas y tan ventajosos elementos, esparciéndose primero por toda la Península, afluyeran después al seno de la capital y dieran por resultado un invierno excepcional, un invierno extraordinario, un invierno que dejase recuerdos imperecederos.

Pero no ha sido así.

Hacia cualquier lado que dirijamos la mirada, nos hallaremos en presencia de un espectáculo desolador. La mayor desanimacion, la frialdad más completa reina en todas las esferas. Prescindiendo de los teatros, que nos ofrecen tan escaso número de novedades artísticas; prescindiendo tambien de la política, que marcha por su difícil sendero con una tranquilidad, á la que en verdad no estábamos ya acostumbrados, y no deteniéndonos tampoco ante las cuestiones científicas y literarias, objeto de las discusiones del Ateneo, encontramos en la sociedad de Madrid, una falta absoluta de actividad y de vida.

¡No se ha dado todavía un solo baile!

Y esta circunstancia, que raya en lo inconcebible, á más de entristecer al bello sexo, hace por carambola, no nos cabe la menor duda, la desesperacion de Asmodeo.

Pero tengamos paciencia. Si no se han dado bailes todavía, no está la estacion tan adelantada que hayamos de perder toda esperanza; no olvidaremos aquel proverbio castellano, sábio como la mayor parte de los proverbios, que nos enseña: *que nunca es tarde si la dicha es buena*.

Tengamos fe y esperemos, porque háblase, aunque vagamente, de futuras fiestas, y estas últimas noches eran objeto de todas las conversaciones en los centros más autorizados dos grandes bailes de trajes que al decir de algunos se preparan.

En principio, preferimos los bailes de trajes á los que carecen de este requisito; pero en el fondo, salvo los colorines, creemos que son exactamente lo mismo. Los bailes de trajes tienen la ventaja, sin embargo, de proporcionar verdaderas ocupaciones á los invitados desde mucho ántes que se verifiquen. La eleccion de traje es siempre una cuestion grave y laboriosa, y no todos pueden resolverla fácilmente; es preciso despues vigilar con asiduidad y constancia su construccion y sus menores detalles para no incurrir en alguna omision, en algun error que, destruyendo la exactitud histórica, exponga al invitado á las chanzonetas y sonrisas de todo un público competente. El baile de trajes es tambien un medio indirecto y delicado de proteger á sastres, zapateros y demas honrados industriales, cumpliendo así con los deberes que los felices de la tierra tienen para con el trabajo modesto. Además, si unimos á todas estas circunstancias, muy dignas de tenerse en cuenta, todo lo que gana uno de esos bailes bajo el punto de vista del arte puro y de la estética, deduciremos la incontestable superioridad que tienen sobre los ordinarios, para los cuales es necesario tan solo la adquisicion de un par de guantes blancos.

Los bailes de trajes son de importacion francesa, y su origen remonta á los tiempos más caballerescos. Si hemos de creer unas crónicas inéditas del tiempo de Luis XIII de Francia, que tene-

mos á la vista, veremos que en aquel reinado se llevó hasta tal punto la exajeracion y la extravagancia en estas fiestas, que en uno de los bailes más brillantes de la córte, apareció la reina Ana de Austria disfrazada de salmon. Aquella misma noche, y aprovechándose de lo poco que se armonizaba el traje con la majestad de una reina, el duque de Buckingham le declaró su ardiente pasion.....

Pero detengámonos aquí; el autor de las crónicas á que nos referiamos debió pertenecer, sin duda alguna, al partido político que más cruda oposicion hiciera á la córte ó á la reina, porque continúa insertando anécdotas y episodios, capaces de ruborizar al mismo duque de Richelieu.

Volvamos á nuestro asunto.

Un baile de trajes, es el espectáculo más brillante que nos es dable presenciar en estos prosáicos tiempos del frac, del sombrero de copa, y del gaban ruso. Todos los países, todas las épocas, y todos los períodos históricos están allí representados. Un apuesto caballero de la edad media, se pasea gravemente asido del brazo de un arlequin; una odalisca de negros ojos y de tez morena, lánzase en el rápido torbellino, al compás de un vals de Strauss, llevando de pareja un hijo de la glacial Siberia; un mosquetero de rizada peluca y de marcial continente saborea una taza de thé que le ofrece la más bella de las emperatrices africanas, y toda esta multitud abigarrada y reluciente forma, merced á sus extraños contrastes, el cuadro más pintoresco, más extraordinario y más singular que imaginarse puede.

Los bailes de trajes, sin embargo, carecen en nuestros dias de un requisito importantísimo. Nos referimos á la careta. Sin la careta, aquellas emperatrices, odaliscas, matronas, cantineras, gitanas, etc., carecen por completo de la libertad que debia concederles el disfraz, y los bailes á cara descubierta no tienen más interés que el del momento, ni proporcionan más placer que el de la vista, tan fugaz como todos aquellos que no vienen encubiertos con el velo del misterio. ¿Por qué hemos de privar á las señoras de esas inocentes bromas de carnaval que tanto placer nos proporcionan á nosotros los hombres, cuando asaltamos sus carruajes en el Prado? ¿Ha de ser privilegio exclusivo del sexo fuerte ó de aquellas á quienes no intimida la cargada atmósfera de un baile de máscaras en el teatro?... Una bellísima dama, que veia como nosotros en esta circunstancia una injusticia incalificable, de la que era víctima toda una clase de la sociedad, nos decia hace muy pocas noches, que estaba resuelta á plantear la cuestion entre gran número de sus amigas, y á emprender vigorosamente activa propaganda en favor de la careta.

Nosotros la ayudaremos por cuantos medios tengamos á nuestro alcance. Somos partidarios decididos de la careta, y veriamos con placer su reaparicion en nuestros salones. Sin contar con lo poco

equitativa que se ha mostrado la naturaleza en el reparto de la hermosura, y que por ese lado la careta tal vez nos daría motivos para felicitarnos, creemos que nada favorece á la mujer como ese pedazo de terciopelo negro, que lanza la imaginacion por las altas regiones del ideal, contrarestando todo aquello que la fria realidad destruye.

Ademas, y mirando la cuestion bajo un punto de vista filosófico, sólo presentándose encubierta, esto es, sólo haciendo una completa abdicacion de su personalidad, podemos estudiar con fruto el corazon de la mujer. ¡Qué encantadores abismos se descubren! ¡cuántos delicadísimos sentimientos que ni siquiera sospechábamos! ¡qué secretas energías, qué fuerzas desconocidas, qué maliciosas y profundas penetraciones!

Se equivocan lamentablemente los que creen que la mujer se disfrazaba al encubrirse el semblante; y no creemos que pueda calificarse de escéptico al que asegure que la mujer arroja la máscara al ponerse la careta, porque de ningun modo puede ofrecérsenos más bella.

Aprovechemos, pues, el corto espacio de una noche para gozar de esos purísimos placeres, para admirar los tesoros inestimables que el corazon de la mujer encierra, porque la luz del nuevo dia los sepultará de nuevo. ¡Al volver á la vida ordinaria, las veremos revestirse de esa impassibilidad que rara vez abandonan, bajo la cual esconden las secretas y profundas agitaciones del alma, como se escondian bajo la superficie de aquellos lagos profundísimos de que nos habla la fábula, las gigantescas batallas que los monstruos libraban á los dioses!

*
* *

La noche del 23 púsose en escena en el teatro Real, *Fra-Diávolo*, ópera no conocida en Madrid y que nuestro público ha recibido con bastante frialdad.

Esta *partitura*, una de las más notables de Auber, pertenece á ese género cómico, que ha producido en Francia tan importantes obras musicales, y que los mas célebres maestros han cultivado con especial esmero. *Dinorah*, y la *Estrella del Norte* de Meyerbeer, *Mireille* de Gounod, *Mignon* de Thomas, *l'Ombre de Flo-tow* y muchas otras que no recordamos en este momento, han obtenido, allende el Pirineo, tan gran boga como las mejores obras dramáticas, que los mismos autores han producido.

Fra-Diávolo, contiene bellezas musicales que el público de Madrid apreciará más adelante, y hasta tanto que mayor número de audiciones nos permitan formar un juicio exacto de este *spartito*, nos limitaremos á consignar la acertada interpretacion que en general ha obtenido.

La Sra. Rubini, posee cualidades muy recomendables, y ha sido aplaudida con justicia en todo el curso de la ópera. Al Sr. Stagno, le valieron una ovación general y calorosa las manifestaciones de unos pocos *abonados al paraíso*, que indudablemente se han propuesto demostrarle sus pocas simpatías, cualquiera que sea la obra que interprete. Manifestaciones tan uniformes y constantes, que parecen inspiradas por un sentimiento que no merece ciertamente alabanza ni envidia, pasan muy por bajo de una reputación como la de este artista, que nos demuestra cada noche en el género dramático como en el bufo ó el cómico la poderosa variedad de sus facultades y condiciones artísticas. Reciba, pues, nuestra cordial felicitación, y crea firmemente que nada le favorece tanto como esa exigua facción de que hemos hablado, que logra tan sólo provocar con mayor frecuencia los entusiastas aplausos de todo el público.

*
* *

La Noche-Buena y la entrada de año, debería darnos motivo suficiente para emborronar un número considerable de cuartillas. Pero no será así.

Queremos librarnos de esa tiranía insoportable que se llama actualidad y que obliga á los cronistas y revisteros á reproducir periódicamente las mismas observaciones, los mismos conceptos, los mismos chistes y las mismas consideraciones vueltas del revés ó del derecho.

A demás, ¿qué hemos de decir que no dijeran

Tantos otros que murieron ántes?

¿A qué reflexiones originales puede prestarse ya ese clásico pavo, sobre cuya roja y predestinada cabeza han venido acumulándose los epigramas más agudos y los destellos más vivos del genio nacional?

La eterna rivalidad entre el pavo y el besugo, esos dos individuos del reino animal, que comparten la soberanía en los afortunados días de las zambombas, panderas y tambores, tampoco nos ofrece ningún episodio nuevo que consideremos digno de llamar la atención de nuestros lectores, y en obsequio á ellos, nos guardaremos muy bien de reproducir las obligadas reflexiones filosóficas que versan imprescindiblemente sobre aquellos que, favorecidos por la diosa Fortuna, pueden ofrecerse en Noche-Buena algunas cajas de turrón de yema, ó los que habrán de contentarse con la modesta media libra de piñones mondados.

No reproduciremos tampoco, los cuadros de costumbres que con motivo de la entrada de año, suelen trazar los que al periódico, á la escena ó al almanaque se dedican. No ha de servirnos de blanco esa desgraciada solterona, que al empezar el año, jura por todos los dioses, que no habrá de terminarlo en estado de merecer, aunque

para conseguir sus fines y satisfacer sus naturales deseos, tenga que recurrir al primo consabido del almacén de sedas; dejaremos al cesante satisfacer su aguzado apetito como la Providencia se las depare, y no turbaremos con nuestros sarcasmos ó irritantes conmi-seraciones la tranquilidad cadavérica del maestro de escuela, ese fantasma de la época presente.

Mucho se ha dicho y se ha escrito con motivo de las entradas de año. Algunos dan á este acontecimiento un valor y una importancia, de la que en realidad carece. La humanidad es siempre la misma, y el espectáculo que nos ofrecen las luchas, las vanidades, los vicios y las virtudes de los hombres, no varía.

El día de San Silvestre significa tan sólo un sumando más en la cuenta de los desengaños, y un sustraendo en la de la vida.

L. F. DE C.

Madrid, 30 de Diciembre de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imp. de Manuel G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.

ÍNDICE DEL TOMO VI.

15 DE OCTUBRE.

Páginas.

I.	Como aman los hombres.— <i>Arturo Perera</i>	5
II.	El espíritu de la agricultura moderna.— <i>Richard Jefferies</i>	21
III.	Fragmentos del <i>Fausto</i> , de Goethe.— <i>Teodoro Llorente</i> ...	38
IV.	Escritores contemporáneos.— <i>Víctor Cherbulig</i> .— <i>Alfredo O. Monteverde</i>	44
V.	Leonor de Pimentel.—Leyenda.— <i>Angel R. Chaves</i>	64
#VI.	El proceso de Galileo.— <i>Luigi Ferri</i>	68
VII.	El lado amable de un rey severo.— <i>Juan Perez de Guzman</i>	76
VIII.	David Federico Strauss.— <i>A. M. Fairbairn</i>	92
IX.	Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	110
X.	Correspondencia de París.— <i>Charles Bigot</i>	115
XI.	Análisis y ensayos.— <i>José del Perojo</i> , <i>Rafael Montoro</i> , <i>E. Godinez</i>	118

30 DE OCTUBRE.

I.	La cruz en el agua.— <i>R. Blanco Asenjo</i>	129
II.	Soneto.— <i>Luis Calvo Revilla</i>	154
III.	El espíritu de la Agricultura moderna.— <i>Richard Jefferies</i>	155
IV.	Más allá de la tumba.— <i>Abdon de Paz</i>	162
V.	A la razon.—Poesía.— <i>Manuel Arenas</i>	180
IV.	La poesía inglesa moderna.— <i>J. W. Connyns Carr</i>	182
VII.	Deberes del clero en política.— <i>Dr. José Panadès</i>	207
#VIII.	Historia de la literatura contemporánea de España, por <i>Gustave Hobbard</i> .— <i>M. de la Revilla</i>	214
IX.	David Federico Strauss.— <i>A. M. Fairbairn</i>	228
X.	Una nueva teoría acerca de la clasificación de las obras no- velescas.— <i>Luis Vidart</i>	243
XI.	Crónica de Madrid.— <i>L. F. de C.</i>	250

15 DE NOVIEMBRE.

I.	El Milagro.— <i>Jesús Mumais</i>	257
II.	El pintor noruego-aleman Adolfo Fidemand.— <i>Juan Fas- tenrath</i>	269
#III.	Adelantos de la astronomía.— <i>Simon Newcomb</i>	282
IV.	A N. R.—Soneto.— <i>Antonio Ros de Olano</i>	312
V.	Juan Jorge Hamann.— <i>Rafel Montoro</i>	313
VI.	La cuestion de Oriente desde el punto de vista de los cris- tianos del Oriente.....	345
VII.	Muertos que viven.—Poesía.— <i>Manuel del Palacio</i>	364
VIII.	Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	366
XI.	Correspondencia de París.— <i>Charles Bigot</i>	374
X.	Crónica de Madrid.— <i>L. F. de C.</i>	379

30 DE NOVIEMBRE.

	Pesetas.
I. La locura del profesor Hoffmann.— <i>John Dangerfield</i>	385
II. El Nuevo drama del Sr. Echegaray.— <i>M. de la Revilla</i>	413
III. Gaspar Hausen.— <i>E. Barrington de Foublanque</i>	431
IV. Soneto.— <i>Gaspar Nuñez de Arce</i>	450
V. La economía política como salvaguardia de la democracia,	451
VI. Estudio sobre el origen é importancia de Barcelona.— <i>L. García del Real</i>	471
VII. Los Minnesingers.— <i>Vicente Ardila Sande</i>	490
VIII. Al siglo XIX.—Soneto.— <i>Rosario Acuña de Laiglesia</i>	499
IX. Crónica de Madrid.— <i>L. F. de C.</i>	500
X. Índice del año por orden alfabético.....	507

15 DE DICIEMBRE.

I. Toc... Toc... Toc...— <i>Ivan Tourguéneff</i>	513
II. Destellos.—Poesía.— <i>José Alcalá Galiano</i>	543
III. Del efectismo en el arte.— <i>R. Blanco Asenjo</i>	544
IV. Don Juan en los infiernos.—Poesía.— <i>Traducción de Ch.</i> <i>Baudelaire por N. Z.</i>	564
V. Gaspar Hauser.— <i>E. Barrington de Foublanque</i>	565
VI. La cuestión de Oriente desde el punto de vista de los cris- tianos del Oriente.....	587
VII. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	623
VIII. Crónica de Madrid.— <i>L. F. de C.</i>	632

30 de Diciembre.

I. La hija de Valenzuela.— <i>Jesús Murnais</i>	6
II. El materialismo de Lanje.— <i>Jules Soury</i>	6
III. Soneto.— <i>Luis Calvo Revilla</i>	690
IV. La filosofía del Sr. Nieto Serrano.— <i>Romero Blanco</i>	691
V. Ideas sobre organización militar.— <i>Emilio del Perojo</i>	708
VI. Tus ojos.—Madrigal.— <i>Jesús Cencillo</i>	720
VII. La Suiza.— <i>Juan Fastenrath</i>	721
VIII. La estatua de sal.— <i>R. Blanco Asenjo</i>	735
IX. Fragmentos del Fausto de Goethe.— <i>Teodoro Llorente</i>	736
X. Análisis y ensayos.— <i>Rafael Montoro</i>	741
XI. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	754
XII. Crónica de Madrid.— <i>L. F. de C.</i>	761

FIN DEL TOMO SEXTO.